LOGIN

¿Te atreves a entrar?

Elena Garralón

LOGIN

Elena Garralón

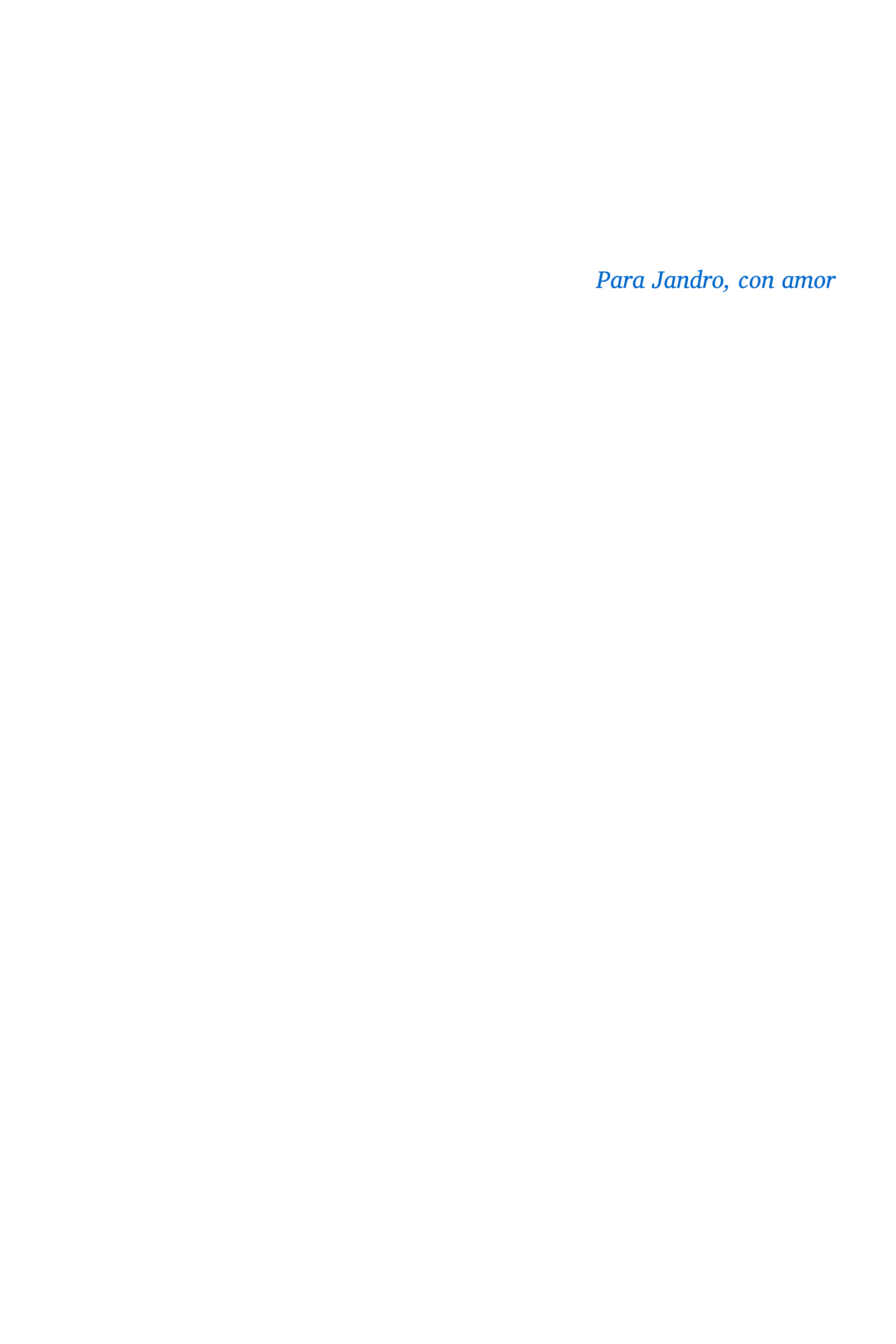
LOGIN

Fotografías de portada: Pixabay/tigerlily

Contacto: elenagarralon@gmail.com

www.facebook.com/elenagarralonescritora

@ElenaGarralon



Para Jandro, con amor

ÍNDICE

Día 11

Se encontraba agazapada bajo la mesa, intentando controlar su respiración. Tenía miedo de que él la oyera y descubriera su escondite. El corazón parecía brincar en su pecho, como si quisiera salírsele por la boca. Tragó saliva con precaución, intentando no hacer ruido, para contener una náusea. No se atrevía a moverse, a pesar de los calambres que sentía en las piernas.

Hacía un rato que no oía sus pasos furiosos recorriendo la casa de arriba abajo. Por un feliz momento pensó que quizá se había cansado de buscarla. Se permitió respirar hondo, y solo entonces se dio cuenta de que le faltaba el oxígeno. Inspiró también por la boca y disfrutó de la sensación que le brindó su abdomen al hincharse.

Entonces volvió a oírlo. Cerró los ojos y apretó las mandíbulas, aterrorizada. Tenía unas ganas inmensas de gritar y tuvo miedo de no poder contenerlas, así que se mordió la lengua hasta notar un regusto metálico en el paladar.

No estaba segura de cómo había comenzado todo. Él estaba muy cabreado, eso sí lo tenía claro. Se encontraba sentada a la mesa de la cocina con una taza de té caliente entre las manos cuando él entró con la cara desencajada y una mueca de incredulidad. «¡Tú!», había espetado, y ella lo había entendido enseguida. Sin darle tiempo a contestar, él abrió el cajón de los cubiertos y sacó el cuchillo más grande que tenían. A ella se le cayó la taza de las manos cuando la miró con aquellos ojos salvajes y esa arma en su mano. Absurdamente, recordó el rostro de Jack Nicholson en *El resplandor*. Instintivamente, echó a correr.

La casa era grande. Tenía multitud de recovecos que parecían buenos escondites. Sin embargo, en ninguno se había sentido segura. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que él había empezado a perseguirla, pero le parecían años. Ella había corrido de un lado para otro intentando despistarlo y él simplemente se había ido desplazando por las estancias de la casa a paso lento, siempre sin

alejarse de la puerta que daba acceso a la calle. Quizá si hubiera salido corriendo detrás de ella, no habría sentido tanto miedo; era su aparente tranquilidad lo que más la inquietaba. «¿No es así como actúan los locos?», pensó, «con esa calculada calma… ¿no?». Y era evidente que él había perdido la cabeza.

Por un angustioso momento, se preguntó si iba a morir aquel día. «De eso nada», intentó animarse, «voy a salir de esta». Cuando oyó sus inconfundibles pasos aproximándose lentamente al salón, donde ella se encontraba, se mordió el labio con desesperación. No tenía muchas alternativas: él ya estaba muy cerca. Si se movía, sin duda la vería.

Gatear hacia la puerta contraria no era una opción. Demasiado tarde. Demasiado tarde. Se maldijo por no haberse atrevido a dirigirse antes hacia la puerta principal. Era la única salida al exterior, ya que la puerta de atrás llevaba años atascada y nunca se habían ocupado de arreglarla. Nunca había hecho falta, pero hoy podría haberle salvado la vida. Es lo que tenía que haber hecho al salir de la cocina: llegar a la entrada y salir corriendo a la calle. Le daban ganas de abofetearse.

Los pasos sonaban pesados, aburridos, y cada vez más cerca. Desde donde estaba podía ver la parte inferior de la puerta por la que se aproximaban los pasos, que eran cada vez más lentos, más y más distanciados entre sí, como los de alguien que sabe que está llegando al límite del camino y se resiste a finalizarlo.

Pensó que era el momento idóneo para tener un infarto. Su corazón latía a mil por hora; cuanto más lentos los pasos, más acelerado aquel. Tuvo ganas de gritar hasta desgañitarse; sentía una rabia indescriptible al pensar que él estaba disfrutando del momento, sabedor de que sus movimientos tranquilos la estarían llevando al borde de la angustia. Se permitió un segundo de sentimentalismo al pensar cómo podía él estar haciéndole esto. Pero enseguida alejó de sí ese pensamiento, convencida de que no la ayudaría en esa situación.

Por fin, la puntera de un mocasín asomó por la puerta. Ella aguantó la respiración de nuevo y se clavó las uñas en la palma de una mano, mientras con la otra se tapaba la boca. El zapato se giró ligeramente hacia donde estaba ella, y seguidamente el compañero

hizo acto de presencia. Se preguntó si él podría verla allí acuclillada, totalmente humillada, y no pudo evitar un sollozo, que fue correspondido por una risita burlona.

—Te estoy viendo —dijo con una voz suave que tenía un matiz travieso, como si fuera un niño jugando al escondite.

Tuvo la absurda idea de que quizá fuera mentira, que en realidad no la estaba viendo y, que si no la veía, no podría hacerle nada. De eso se trataba. Mientras no la viera, todo estaría bien. Así que se encogió aún más, como si así pudiera desaparecer.

Los mocasines avanzaron en su dirección muy lentamente. Ella observaba su avance con los ojos muy abiertos, sin ser capaz de tomar una decisión. Le costaba respirar; de pronto se dio cuenta de que era su propia mano, con la que antes se había tapado la boca y que ahora también cubría su nariz, la que la estaba privando de oxígeno. La retiró y al coger aire hizo más ruido del que hubiera querido.

Pero daba igual, porque los mocasines, unos mocasines tan relucientes que parecían no encajar con la escena que estaba viviendo, se acercaban a ella sin pausa. Solo pudo mirar aterrada cómo se aproximaban cada vez más, sabedora de que aquel iba a ser su fin.

Lentamente desvió su mirada de aquellos zapatos y la dirigió hacia arriba, en parte ansiosa por verle la cara, en parte horrorizada por tener que hacerlo. Tragó saliva y a la vez notó una sensación húmeda y cálida en sus muslos. Por si la situación no fuera ya lo suficientemente ultrajante para ella, además se había orinado encima. Empezó a temblar mientras esperaba que el rostro del hombre que iba a terminar con su vida apareciera; el momento se le estaba haciendo eterno.

Comenzó a rezar. No recordaba haberlo hecho nunca antes, pero parecía un buen momento. Rezó porque fuera rápido. Rezó por dejar de tener tanto miedo.

Cuando el rostro del hombre apareció, instintivamente se cubrió el abdomen con los brazos, en una actitud defensiva. Él la miró con una mueca socarrona en los labios.

—¿Te has meado encima? —Lo preguntó con un deje de preocupación en la voz, que para nada se correspondía con sus ojos

burlones. A ella le sorprendió esa crueldad.

Quiso insultarlo, levantarse y hacerle frente, pero sus piernas no se lo permitieron; se le doblaron nada más forzarlas y quedó sentada sobre un charco de su propia orina.

—¡¿Cómo has sido capaz?! —aulló de repente él. La pilló desprevenida, pero en cierto modo hizo que se sintiera mejor. Aquello encajaba mejor en la situación. Quizá si él estallaba de esa forma, si se conformaba con gritar y se despojaba así de toda su rabia… tal vez tuviera alguna esperanza.

Miró hacia arriba con temor y deseó no haberlo hecho. Él se hallaba ligeramente inclinado hacia ella, con el cuchillo bien agarrado en su mano derecha, amenazándola con él. Instintivamente, alzó los brazos para protegerse.

—No, por favor… —susurró, agotada. La enorme tensión a la que había estado sometida le impedía moverse; las piernas no le respondían, y no solo porque tuviera fuertes calambres, sino porque el terror la paralizaba. Solo podía suplicar—. Por favor…

—¿Por qué lo has hecho? —La suavidad regresó a la voz masculina, parecía la de un profesor que reprende a un alumno de una forma amable.

Lo miró una vez más con los ojos llenos de lágrimas y contestó con un susurro:

—Por nosotros. Lo he hecho por nosotros.

Capítulo 1

Cassandra no estaba prestando especial atención a la conversación que mantenían sus compañeros. Oía sus risas y alboroto, pero su mente vagaba a kilómetros de distancia. Pensaba en Beatrice y en lo que le había confesado el día anterior entre hipidos y toneladas de lágrimas. Se había sentido furiosa y había tenido la tentación de golpear todo lo que se hallara cerca de ella. Pero se había contenido. No quería asustar a Beatrice más de lo que ya lo estaba. En cambio, la había estrechado entre sus brazos y le había prometido que todo saldría bien. La mentira salió de su boca con naturalidad: era lo que necesitaba su hermana. Alejarse de las preocupaciones, dedicar todos sus esfuerzos a recuperarse. Tenía un duro camino por delante, y quitarse pesos de encima era parte del proceso.

Sin embargo, cuando se había despedido de ella bien entrada la noche, una vez estuvo segura de que Beatrice no iba a hacer ninguna tontería, salió de su diminuto piso y se puso a correr. Sabía que no llevaba la indumentaria adecuada, pero no le importó; necesitaba quemar toda esa ira que se había apoderado de ella esa tarde y no tenía tiempo de pasar por casa a calzarse sus deportivas. Corrió con rabia, pisando con fuerza mientras sentía la tensión en sus gemelos. Recorrió el paseo marítimo un par de veces ante la mirada curiosa de las parejas que aprovechaban para dar un paseo romántico. No se había dado cuenta de que había empezado a llover con intensidad hasta que notó la ropa pegada al cuerpo, y no solo a consecuencia del sudor. Se paró y se inclinó, apoyando las palmas de las manos sobre las rodillas y sacudiendo la cabeza mientras intentaba recuperar el aliento. Así no se hacía: no se podía poner una a correr como un caballo desbocado sin estirar antes. Al día siguiente, sus piernas se quejarían.

Llegó a casa empapada y se regaló una ducha eterna durante la que se había permitido llorar con rabia. Había aporreado la pared con los puños sin importarle lo que su vecino, un cincuentón antipático

que siempre la miraba como si la desnudara con los ojos, pudiera pensar. Se había pasado media hora bajo el chorro del agua caliente, esperando que arrastrase parte de la furia que sentía. Cuando por fin se metió en la cama el reloj marcaba las tres de la mañana.

Al día siguiente tenía una clase a primera hora, así que a las siete estaba en pie. Como se había temido, sus piernas enseguida protestaron por el exceso que había cometido la noche anterior. Sin embargo, se sorprendió al darse cuenta de que la ira que había experimentado había dado paso a una tranquila y desconcertante tristeza. Desayunó un par de piezas de fruta y, tras darse otra ducha, rápida esta vez, y arreglarse, puso rumbo a la facultad, donde pasó toda la mañana en un estado de apatía extraño en ella.

Hasta que Paul pronunció el nombre de la misma ciudad a la que se había referido Beatrice la noche anterior. Es curioso cómo en algunas ocasiones nuestro cerebro presta atención a detalles que en otras circunstancias nos parecerían insignificantes. Cassandra normalmente no habría aguzado el oído al escuchar mencionar el nombre de aquel lugar en una conversación de la que ni siquiera estaba pendiente. Pero aquel día sí.

Miró a Paul sin escucharlo. Una palabra había sido suficiente para sacarla de la tristeza. Las animadas conversaciones que los alumnos mantenían en la cafetería en sus horas libres le taladraban el cerebro. Necesitaba pensar. Siempre había sido una mujer de acción, no era de las que se quedaban sentadas compadeciéndose de sí mismas. Siempre se había sentido la más fuerte de la familia. Por eso sabía que quedarse de brazos cruzados no era una opción.

De pronto notó que todos los que estaban sentados a su misma mesa la miraban, como si esperasen una contestación. Enarcó las cejas e hizo una mueca, como queriendo decir: «perdón, estaba en mi mundo». Paul se rió y repitió la pregunta que debía de haberle formulado:

—Estábamos hablando del examen del miércoles. ¿Qué tal lo llevas tú?

Cassandra asintió con la cabeza, pero enseguida se dio cuenta de que aquello no era una respuesta. En realidad, no tenía ninguna.

Cuando vio que los rostros seguían girados hacia ella, algunos con las cejas fruncidas, contestó:

—Bien, lo llevo bien. Bien.

Todos asintieron, pero clavaron los ojos en ella como preguntándose qué le ocurría. A Cassandra no le importó. Sorbió un trago de zumo natural de naranja que tenía sobre la mesa y que aún no había probado, y fingió que escuchaba la conversación, asintiendo con la cabeza y riendo en los momentos oportunos. Pero su mente se encontraba, de nuevo, lejos de allí.

En aquella ciudad.

Quedaba a tan solo una hora de tren. Podía intentarlo, no perdía nada. Tal vez aquella misma tarde, después de visitar a Beatrice. Esperaba que hubiera pasado bien la noche. Seguramente aún seguía durmiendo: desde que había conseguido que le concediesen una excedencia para recuperarse dormía bastantes horas. Sintió una oleada de afecto al pensar en su hermana. A pesar de ser la pequeña, Cassandra actuaba como si fuera la mayor. La fuerte, la inquebrantable, la que no se hundía jamás. Tampoco esta vez iba a hundirse, ni iba a permitir que nadie hundiese a Beatrice. Pensó que aquella tarde, si tenía suerte, tal vez encontrara a ese tipo en aquella ciudad. Y se dijo que si eso ocurría lo mataría con sus propias manos.

Día 1

Hacía días que apenas la miraba. Siempre parecía tener el pensamiento puesto en otro lado, a kilómetros de donde se encontraban. Incluso cuando no estaba encerrado en su despacho, inmerso en un nuevo capítulo de la novela que estaba escribiendo, su mente parecía seguir trabajando sin descanso.

Cuando lo había conocido, a Alina la había encandilado su faceta de escritor. Sonaba misterioso, indiscutiblemente *sexy*. Ya en sus años de universidad, Roberto dedicaba mucho tiempo a relatar cada historia que pasaba por su cabeza. Siempre había sido un rasgo de él que ella había adorado.

Hasta ahora. Últimamente tenía la impresión de que él pasaba más tiempo que de costumbre en su despacho y que cuando salía de él, parte de sí mismo se quedaba allí dentro. Jamás podían compartir un momento que fuera solo de ellos dos: él siempre parecía tener prisa por continuar con lo que fuera que estuviera escribiendo.

Incluso ahora, sentados a la mesa, comían en silencio. Alina dudó un momento. Estaba deseando darle la noticia, pero no encontraba el momento. Esperaba aunque fueran cinco minutos en los que Roberto pudiera dedicarle su atención completa, pero ese breve espacio de tiempo nunca llegaba. Miró a su marido y le dio la impresión de que la distancia entre ellos era infinita. Carraspeó, en un intento de llamar su atención, pero como no dio resultado, finalmente le preguntó con educación:

—¿Qué tal va esa novela que te tiene tan enfrascado?

Era una pregunta inocente, pero notó que él la miraba sobresaltado.

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo pretendía charlar un poco, ya sabes —contestó mientras revolvía con el tenedor en su plato de tortellini. No tenía apetito, pero se obligó a tomar otro bocado y, ante el silencio de su marido, insistió—: Aún no me has hablado de ella.

Durante sus primeros años de noviazgo, Roberto siempre había compartido sus ideas con ella. La consideraba inteligente y a veces le daba ideas que encajaban muy bien en sus historias. Poco a poco, fueron perdiendo esa costumbre, hasta el punto de que Alina ahora mismo no tenía ni idea de qué estaba escribiendo su marido.

—Estoy trabajando en ello —respondió él, escueto.

Alina asintió con la cabeza mientras miraba alrededor. Le gustaba su casa, era grande y acogedora. Cuando la habían comprado, recién casados, Alina había pasado mucho tiempo eligiendo la decoración, estudiando cientos de muestras y folletos, y cada vez que tomaba una decisión hacía una pequeña incursión en el despacho donde Roberto trabajaba, al que por entonces no le molestaban sus interrupciones porque siempre conllevaban alguna muestra de cariño. Estaban muy enamorados. Eran otros tiempos.

No podía negar que siguiera enamorada de él. Lo estaba. No como el primer día, por supuesto, pero lo amaba. La duda que la consumía era si él también la seguía amando. Se había vuelto infranqueable, no lograba llegar a él.

Suspiró con resignación, hecho que le pasó desapercibido a Roberto. Se preguntó qué había sido de ellos. Habían construido un buen hogar, habían sido una pareja feliz y enamorada a la que nunca había faltado nada. Y ahora, con ambos en la cuarentena, empezaban los problemas. Observó cómo él comía con inusitada rapidez, seguramente deseando escaparse de nuevo al despacho.

Cuando habían decidido que los ingresos que recibía por la publicación de sus novelas eran suficientes, aunque no nadaran en la abundancia, había dejado su trabajo de profesor de secundaria. Alina pensó que eso les brindaría la posibilidad de pasar más tiempo juntos, puesto que así solo tendría que dedicar una parte del día a escribir y ella, con su trabajo de horario intensivo, tenía mucho tiempo libre. Quizá al principio había sido así, ya no lo recordaba, pero hacía mucho tiempo que Roberto pasaba los días prácticamente enteros dedicados a su gran pasión. Había conseguido hacerse un hueco en el panorama literario actual y, aunque no era famoso a gran escala, sí que tenía un buen puñado de seguidores que siempre acudían a las

presentaciones de sus libros. Ahora que Alina trabajaba también desde casa, resultaba bastante irónico que fuera cuando menos tiempo pasaban juntos.

El timbre de su móvil, que tenía encima de la mesa, interrumpió sus pensamientos. Vio el nombre de su hermana reflejado en la pantalla y descolgó sin disculparse, aunque le parecía grosero atender una llamada en plena comida. Sin embargo, sabía que Ana estaba pasando por un mal momento y no quería hacerla esperar. Miró a Roberto, pero ni siquiera parecía haberse dado cuenta, lo que la hizo enfadar.

—¿Alina? —la voz llorosa de su hermana no la sorprendió.

—Hola, Ana —contestó con la voz tranquila—. ¿Qué ha pasado?

—Nos vamos a separar. —Tampoco eso la pilló desprevenida. Se veía venir desde hacía un tiempo—. Nos vamos a divorciar, Alina.

—Está bien, tranquila. Escucha, ya sé que va a ser duro, pero no vas a estar sola, ¿vale? Yo voy a estar contigo.

—¿Puedo quedarme con vosotros una temporada? —preguntó sin rodeos Ana. Tenían confianza, podía permitírselo—. Ya sabes, mientras lo arreglamos todo. No quiero estar ni un segundo más aquí con él, y él no parece tener la intención de largarse.

Alina miró de reojo a Roberto. Supuso que debería consultárselo antes, pero se sorprendió a sí misma contestando:

—Por supuesto que sí. Todo el tiempo que necesites.

Oyó un suspiro de alivio al otro lado de la línea y tras un instante de vacilación, Ana preguntó:

—¿No deberías preguntárselo a Roberto?

Miró de nuevo a su marido, que estaba a punto de terminar de comer.

—No hace falta. No hay ningún problema —le aseguró a su hermana.

—Voy para allá, ¿vale? En cuanto haga una maleta con lo imprescindible. —De pronto Ana parecía estar pensando racionalmente, una de las reacciones más curiosas de las personas en shock. Sabía que eso significaba que más tarde se hundiría, pero de

momento actuar de forma práctica la mantenía estable.

—Vale, cuando quieras, aquí te espero —se despidió Alina antes de colgar.

Con el móvil aún en la mano, miró a Roberto y sin ningún preámbulo le informó:

—Ana pasará unos días en casa. Va a divorciarse de Carlos.

No sabía cómo había esperado que reaccionara Roberto. Que ella supiera, él no estaba al tanto de la cantidad de veces que Ana había acudido en busca del consuelo de Alina al ver que su matrimonio se tambaleaba. Así que lo normal hubiera sido que se reflejara cierta sorpresa en su rostro, pero no la hubo.

—Vale —dijo.

—¿No te importa? —insistió ella. Casi deseaba que él se cabreara y le montara una escena por haber tomado una decisión que le influía sin haberle pedido su opinión.

Pero Roberto no tenía ninguna intención de protestar. Más bien al contrario, tuvo que disimular una sonrisa de satisfacción. Con Ana allí, Alina estaría más entretenida y no tendría que estar tan pendiente de ella. Últimamente le costaba esforzarse por tenerla contenta; a veces incluso le hacía el amor sin apetecerle realmente. Pero no quería que ella indagara, quería mantenerla tranquila y feliz, sin que se inmiscuyera en sus asuntos. Había notado que en los últimos días ella intentaba llamar su atención desesperadamente. Supuso que querría hablar del motivo por el que se estaban distanciando. Sí, él también se había dado cuenta, pero no le parecía mal. Quería a Alina, pero en estos momentos tenía otras cosas en mente, cosas que no quería compartir con ella.

—No me importa —contestó finalmente. Se levantó y besó a Alina en la mejilla—. Voy a trabajar otro poco.

Le dio la espalda a su mujer justo a tiempo para no ver la cara de reproche de ella. Una vez en su despacho, se acomodó en su silla, respiró hondo y abrió la tapa del portátil. Cuando vio la familiar pantalla de inicio se sintió excitado. Apenas podía esperar para seguir escribiendo. La palabra «LOGIN», con la que se le pedía su contraseña para acceder al equipo, le prometía un mundo donde todo era posible.

Un mundo que no incluía a su mujer. Sonrió al pensar en la visita de su cuñada. Lo cierto era que le venía de perlas. Así tendría mucho más tiempo para estar con *ella*.

Preso de un júbilo espontáneo, tecleó su contraseña mientras mostraba una amplia sonrisa.

Capítulo 2

Beatrice estaba borracha.

Cassandra había tenido que entrar en su piso con la llave de emergencia que su hermana le había confiado tiempo atrás. El pequeño salón era un vertedero de botellas vacías. Miró con tristeza a Beatrice, que presentaba un aspecto horrible: el pelo negro enmarañado y grasiento como si se hubiera pasado la noche tocándoselo con las manos pringosas, los ojos enrojecidos fruto del alcohol y de las lágrimas, la ropa arrugada como si la hubiera sacado de un vertedero. Y el olor. Ese olor a alcohol rancio que desprenden los alcohólicos.

«Dios, Beatrice, ¿qué has hecho?», se preguntó Cassandra, pero no lo dijo en voz alta. Se limitó a recoger las botellas vacías y a depositarlas en varias bolsas que más tarde bajaría al contenedor.

—¿Tienes más? —le preguntó a su hermana.

Ella se mordió el labio y se desplomó en el suelo, hundida. Cassandra enseguida corrió a acunarla en sus brazos.

—Tranquila —susurró—, tranquila. Estoy aquí, no pasa nada.

Dejó que su hermana llorase durante un buen rato. Le partía el alma verla así, pero no iba a ponerse a llorar ella también. Eso no ayudaría a Beatrice.

—¿Qué he hecho? —dijo finalmente su hermana con un tono de espanto en su voz—. ¿Cuánto tiempo llevaba sin beber, Cassandra?

—Eso no importa ahora. Empezaremos de nuevo. Pondremos el reloj a cero, ¿vale?

Ochenta y cuatro días. Eso había aguantado Beatrice sin beber. Había estado acudiendo a reuniones todas las semanas, había conseguido una excedencia en el trabajo que le permitía seguir cobrando una pequeña parte de su sueldo y así podía seguir pagando el alquiler de aquel cuchitril, contando también con la ayuda de su madre y de Cassandra, que había conseguido un trabajo a tiempo parcial que podía compaginar con sus estudios y le permitía pagarse el

alquiler de un piso en las proximidades de la universidad. No era el barrio más recomendable, pero era económico.

—¿Cómo? —preguntó Beatrice con la voz teñida de angustia—. ¿Cómo voy a hacerlo otra vez?

Cassandra se mordió el labio. Sabía cuánto le había costado a su hermana conseguirlo la primera vez. La había acompañado durante el síndrome de abstinencia y sabía que lo había pasado fatal. Ella también tenía sus dudas sobre si lograría hacerlo de nuevo. Sin embargo, se mostró positiva; lo contrario no servía de nada.

—Lo harás. Lo haremos. Yo estaré contigo.

Se preguntó cuánto habría bebido Beatrice. Ella había recogido por lo menos siete botellas, pero dado el aspecto que presentaba el piso, parecía que la mitad de su contenido había sido vertido por el suelo. Alcanzó a ver una foto enmarcada de su padre encima de una mesita. Apenas podía recordarlo; ella tenía solo meses cuando él murió. Beatrice, que tenía entonces cinco años, sí conservaba algún pequeño recuerdo, por suerte ninguno relacionado con su muerte o la tristeza que le debió de producir.

En sus brazos, su hermana empezó a convulsionarse y antes de poder evitarlo, vomitó encima de ella.

—¡Lo siento! —exclamó con la voz pastosa al darse cuenta de lo que había hecho—. Lo siento tanto… tanto…

—No te preocupes —respondió Cassandra con voz suave mientras contenía una arcada. Alargó la mano hasta alcanzar su bolso, del que sacó su teléfono móvil. Tenía apuntado el número de teléfono del padrino de Beatrice en Alcohólicos Anónimos y pensó en llamarlo. No le gustaba pedir ayuda, y menos a alguien al que conocía tan poco, pero por primera vez en su vida, no se veía capaz de manejar la situación. Se maldijo por su debilidad, por no saber qué tenía que hacer para ayudar a su hermana, y se odió por tener que pedir ayuda, pero marcó el número con dedos temblorosos.

—¿John? —le urgió con la voz en cuanto él contestó—. Es Beatrice, ha bebido. No sé qué hacer. ¿Puedes venir, por favor?

No estaba acostumbrada a pedir nada a nadie; normalmente era ella la que cargaba con todo. Pero sabía que su hermana confiaba en

aquel tipo. Sabía que llamarlo era lo que tenía que hacer para ayudar a Beatrice.

Media hora más tarde su hermana se había quedado dormida entre sus brazos y Cassandra apenas notaba ya el agrio olor del vómito. Había tenido treinta minutos para que los sollozos de su hermana alimentaran su ira y la enfocaran en un único objetivo. Había tenido tiempo para echar cuentas y llegar a la conclusión de que lo que su hermana le había confesado la noche anterior era lo que la había empujado a beber años atrás.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Con delicadeza, dejó a Beatrice tumbada en el suelo y corrió a abrir la puerta para encontrarse con un hombre alto, unos diez años mayor que ella y muy atractivo. Se saludaron con la cabeza y Cassandra le hizo pasar.

—Gracias por venir —dijo mientras se arrodillaba al lado de su hermana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó John, mirando a Beatrice.

—No lo sé. —Cassandra sacudió la cabeza, haciendo que sus rizos pelirrojos bailaran, un gesto que a John le pareció adorable incluso en esas circunstancias—. Llegué y estaba borracha. Anoche estuvimos juntas y me habló de algo que la tenía muy alterada. —Hizo una pausa y se mordió el labio—. Debería haberme quedado a pasar la noche.

—No te castigues, no sabías que pasaría esto.

—No me castigo, estoy pensando en voz alta. Cuando me marché ella estaba tranquila. Algo disgustada, cosa bastante normal después de lo que me acababa de contar, pero… estaba tranquila. Estaba bien. Me pareció positivo que confiara en mí.

John la miraba y asintió con la cabeza.

—¿Te contó lo de Gerard?

Cassandra lo miró con sorpresa.

—¿Tú lo sabes?

El hombre asintió con la cabeza. Cassandra se sintió dolida por un instante, antes de recuperar la lógica y admitir que el padrino de un alcohólico probablemente sabía muchas más cosas de esa persona

que su propia familia. Lo aceptó en silencio, aunque notó cómo la sensación se quedaba prendida en ella.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió, impaciente.

—Primero dejar que duerma la borrachera —respondió John mientras cogía en brazos a su hermana y la llevaba hasta la habitación. A Cassandra le sorprendió que supiera dónde debía dirigirse exactamente. Se preguntó si tendrían algún tipo de relación romántica antes de darse cuenta de que probablemente no era muy aconsejable que eso ocurriera y que John habría sido lo suficientemente responsable como para haber solicitado un cambio de padrino en caso de que su sospecha fuera correcta.

Cuando Beatrice estuvo instalada en su cama, Cassandra insistió:

—¿Y ahora qué?

—Ahora esperamos.

Cassandra se impacientó.

—¿Pero es una recaída?

—Creo que lo mejor sería que pasara una temporada en la clínica de desintoxicación.

Ella sacudió la cabeza y sus mejillas se sonrosaron de furia, escondiendo sus pecas.

—No, de eso nada. Puedo tomarme el trimestre libre. Estaré con ella las veinticuatro horas del día si es necesario.

—Tú no la puedes ayudar —dijo John.

Cassandra se quedó con la boca abierta. Era la primera vez que alguien le decía eso. Siempre era al contrario: siempre era ella a la que la gente acudía a pedir ayuda. Tragó saliva mientras intentaba asumir lo que John acababa de decir. Tenía sentido y, al mismo tiempo, era una locura.

—No puedes ayudarla —repitió el hombre.

De pronto, se sintió muy cansada y se sentó con delicadeza en la cama donde descansaba su hermana.

—Necesita profesionales, Cassandra, ¿puedes entenderlo?

—Pero la otra vez lo hicimos las dos. Estuve con ella aquí, en su casa. No fue necesario ingresarla en ningún sitio.

Él la miró con sus ojos verdes teñidos de preocupación.

—Lo sé. Pero tienes que reconocer que no fue plato de gusto.

—No, por supuesto que no lo fue. Pero lo importante es que salió bien.

—No te quito la razón en que lo hiciste bien, Cassandra. —La tomó de las manos con delicadeza—. Lo hiciste muy bien, pero hubiera sido más fácil si Beatrice hubiera estado en la clínica. Hubiera sido menos duro. Más sencillo para ella, ¿comprendes?

Cassandra tragó saliva. En su fuero interno, siempre lo había sabido. Ayudar a la gente era lo que mejor se le daba. El simple hecho de no haber sido capaz de ayudar a la persona que más quería tanto como hubiera deseado la llenaba de frustración. Por eso siempre había desechado esa sensación y la había apilado en el montón de cosas sobre las que no debía pensar. Pero ahora aquel hombre le estaba diciendo claramente que no podía darle a Beatrice todo lo que necesitaba para mejorar.

—¿Entiendes lo que te digo, Cassandra? —preguntó John con un tono suave, casi hipnótico.

Ella se perdió en sus ojos profundos antes de asentir con la cabeza.

Día 2

Roberto tenía ganas de dar por terminada la conversación que estaba manteniendo con su cuñada por puro compromiso. Nunca le había caído bien aquella mujer, pero siempre se había mostrado amable por el bien de su matrimonio.

Se consoló pensando que Alina no podía tardar mucho en preparar el café, y asintió con la cabeza por enésima vez en la conversación sin saber realmente qué estaba diciendo Ana. Sus pensamientos estaban puestos en otra cosa muy distinta. Casi sonrió al pensar que en cuanto lograra deshacerse de Ana podría volver a su despacho.

Ana lo miró fijamente, con esa expresión en la cara que demuestra que estás esperando una respuesta. Roberto enarcó las cejas inquisitivamente en un acto reflejo; en realidad, le daba igual cuál fuera la pregunta.

—Te preguntaba qué tal el trabajo —dijo Ana, con una mueca de extrañeza. No es que Roberto la hiciese mucho caso normalmente, pero siempre se había mostrado educado por lo menos. Llevaba hablando diez minutos sin parar y él no se había esforzado nada en seguir la conversación. Esperaba que Alina no tardase en regresar con el café. Normalmente no le agradaba mucho Roberto, aunque fingía para no disgustar a su hermana, pero ese día en concreto aquel hombre le resultaba más antipático de lo habitual.

—Bien, como siempre, ya sabes —respondió Roberto.

Ella asintió con la cabeza. Como si le importara. Decidió que no iba a esforzarse más en darle conversación; no se encontraba cómoda estando en silencio con él, pero no se le ocurrían ya más temas que tratar. A Roberto, por su parte, no le molestaba el silencio; es más, lo adoraba porque era tiempo que podía dedicar a pensar en *ella*, en cómo ayudarla, en cómo guiar sus pasos.

—Aquí traigo el café —interrumpió sus pensamientos su mujer con voz cantarina. Entró en la salita con una bandeja sobre la que

había una cafetera, una lechera y tres tazas con sus correspondientes platitos y cucharillas. Sonrió a su hermana, posó la bandeja en la mesita y acto seguido se sentó junto al sitio que ocupaba Ana en el sofá. Miró a Roberto y dio unas palmaditas en el asiento de al lado, invitándolo a sentarse.

—Tengo que trabajar, Alina —rechazó Roberto la invitación.

Las cejas de su mujer se fruncieron apenas perceptiblemente, pero el detalle no le pasó desapercibido a Ana.

Cuando oyeron cerrarse la puerta del despacho con suavidad, Ana susurró:

—¿Es siempre así?

Alina sirvió el café en las dos tacitas y le entregó una a su hermana mientras sacudía la cabeza en un gesto que decía a las claras: «no lo sé». Se encogió de hombros.

—Lleva una temporada trabajando mucho —le disculpó en un murmullo.

Ana tomó un sorbo de café y la miró con suspicacia.

—La verdad es que últimamente no me hace mucho caso —confesó finalmente—. Debe de estar muy enfrascado con la novela que esté escribiendo.

Permanecieron calladas unos minutos. Ana no quería presionar a su hermana; sabía que si quería hablar terminaría haciéndolo, pero cuando ella quisiera. En eso habían salido iguales. Sin embargo, Alina sí tenía la costumbre de preguntar, así que no se extrañó cuando lo hizo.

—¿Y tú vas a contarme qué ha pasado con Carlos? Ya sé que estabais pasando una mala temporada, pero aún no sé por qué.

Ana dejó la taza en su platito y se levantó.

—¿Tienes pastas? —preguntó. Era su forma de zanjar la conversación, su manera de decir: «ahora no quiero hablar del tema».

Alina asintió con la cabeza.

* * *

Roberto sintió la punzada habitual de excitación al escribir su contraseña. Tenía mucho trabajo por delante. Era cierto que estaba un

poco preocupado por cómo estaban saliendo las cosas, pero sabía que lograría encauzar el camino y lograr que todo saliera bien. Ella no podía confiar en nadie más, y Roberto estaba dispuesto a hacer todo cuanto estuviera en su mano por ayudarla. Por protegerla. Le ponía nervioso pensar en cómo la miraba aquel tipo. No quería que ella confiase en nadie más, quería ser el único que la protegiese. Quería que ella se diera cuenta de su presencia y decidiera voluntariamente entregarse a él. No quería obligarla, pero si no tenía más remedio que hacerlo, lo haría.

Apoyó las manos en el teclado y comenzó a escribir.

Capítulo 3

Su madre siempre la ponía de mal humor. Esa indiferencia hacia todas las cosas, como si no le importase nada, le resultaba muy frustrante. Cassandra sabía, porque alguna vez lo había mencionado su abuela antes de morir, que su madre había desarrollado esa actitud a raíz de la muerte de su padre, pero no por ello dejaba de molestarla.

—¿Entiendes lo que te digo? —preguntó, apretando con rabia el móvil contra su oreja.

John y ella habían pasado la noche prácticamente en vela, esperando a que Beatrice despertara. Cassandra se había tumbado al lado de su hermana y John se acomodó en el pequeño sofá del salón. Sin embargo, ella no fue capaz de conciliar el sueño más que un par de horas, y podía oír al hombre dando vueltas sin encontrar la postura.

Cuando los primeros rayos de sol se colaron por la ventana, Cassandra observó cómo dormía su hermana. La expresión de su rostro reflejaba toda la angustia pasada la noche anterior y a Cassandra le inspiró una profunda ternura e hizo renacer la rabia que había conseguido mitigar un poco con el paso de las horas.

—Sí, te he oído —respondió su madre, interrumpiendo sus pensamientos.

Cassandra se quedó callada. «¿No piensa decir nada más?», se preguntó. No debería extrañarle, pero la cabreaba.

—¿No vas a decir nada más? —preguntó en voz alta.

—¿Qué quieres que diga?

—Te acabo de decir que Beatrice está ingresada en una clínica, mamá. ¿No tienes nada que decir?

Silencio.

Cassandra respiró hondo, intentando contenerse. Apretó con tanta fuerza el móvil que le dolieron los dedos.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Estaría bien que demostrases tu preocupación!

—Por supuesto que me preocupo, Cassandra, cómo no me voy a preocupar.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué no lo demuestras, eh?

De nuevo se hizo un silencio al otro lado de la línea. Le dieron ganas de estampar el teléfono contra la pared, pero lo único que hizo fue colgar sin despedirse. Por supuesto, no esperaba que su madre la llamara. Probablemente en esos momentos se estaría preguntando qué mosca le había picado a su hija pequeña.

Había dejado pasar el día entero antes de llamar a su madre; sabía que ella reaccionaría de esa forma tan desapasionada y que eso la iba a disgustar. Siempre era lo mismo: sabía lo que podía esperar de su madre y, sin embargo, se enfadaba igualmente. Era algo absurdo, pero no podía evitarlo.

De pronto tomó una decisión: era el momento propicio para coger el tren e ir a aquella ciudad. La tarde que había pensado hacerlo no había sido posible dado el estado en el que se encontraba Beatrice, y el día siguiente se había saltado las clases para acompañarla a la clínica y por la tarde tenía turno en el trabajo. Hasta la semana siguiente no le permitirían visitar a Beatrice, así que aquel era un momento perfecto.

Cogió una chaqueta ligera y salió de su piso dando grandes zancadas. A paso rápido apenas tardó media hora en llegar a la estación de tren. Tuvo que contenerse para no ponerse a correr como la noche en que Beatrice le contó su secreto, pero su paso era tan ligero que terminó sudando igualmente.

Cuando montó en el tren se acomodó en su asiento y cerró los ojos, intentando relajarse, pero no lo consiguió. A su mente acudía una y otra vez el recuerdo de su hermana llorando cuando John y ella le sugirieron que lo mejor sería que ingresara en la clínica. Intentó sacudirse la sensación de culpabilidad. Aunque finalmente Beatrice había coincidido con ellos en que era lo mejor para ella, Cassandra jamás olvidaría aquella mirada llena de terror y reproche. Por un segundo, se preguntó si realmente había hecho lo que era mejor para su hermana, pero no tenía otra opción que confiar en el criterio de John. Pensó en llamarlo para que él reafirmara su convicción, pero

decidió no hacerlo. Nunca había dependido de nadie para salir adelante; no iba a empezar ahora.

El viaje duró algo menos de una hora y cuando bajó del tren se sorprendió por el cambio de temperatura que había en dos ciudades tan próximas. Se arrepintió de no haber cogido una chaqueta más gruesa. Observó a la gente que había bajado en la misma parada que ella: todos caminaban con prisa, en la típica actitud de quien lleva puesto el piloto automático y no se fija en lo que está haciendo. Se dejó llevar por la marea de gente hasta la salida de la estación y una vez allí, caminó hacia el este sin rumbo fijo.

Llevaba media hora caminando, fijándose en cada hombre que veía, cuando pensó que quizá no lo reconociera aunque lo viera. En realidad sólo lo había visto alguna vez de pasada, y de aquello hacía unos cuantos años. Sin embargo, se convenció de que sabría que era él si estuviera cerca de ella.

Pasó el resto de la tarde caminando por aquella pequeña ciudad sin fijarse en realidad en ella. Hacía unos años había sido el lugar preferido por los jóvenes de los alrededores para salir de fiesta, pero ahora había otras opciones. Beatrice, años atrás, cuando Cassandra aún era pequeña para las salidas nocturnas, acudía allí cada fin de semana. Y un buen día esa época había terminado y Beatrice pasó mucho tiempo sin salir por la noche. Ahora Cassandra sabía por qué.

A las nueve se dio por vencida. Había sido una tontería ir allí. ¿Qué esperaba? ¿Encontrarse cara a cara con él por casualidad? Ni siquiera sabía si seguiría viviendo allí. Sabía que algunas veces Beatrice había pasado la noche en casa de él para no tener que coger el tren de madrugada, pero habían pasado muchos años de eso, y tal vez él viviera ahora en otro lugar.

De pronto frenó con brusquedad y exclamó en voz alta:

—¡Joder!

¿Cómo no lo había pensado antes? ¿A quién se le ocurría buscar a alguien recorriendo las calles de la ciudad donde había vivido hacía años? ¿En qué coño estaba pensando?

Se permitió una pequeña sonrisa triunfal: sabía exactamente dónde debía buscarlo.

Día 3

Alina miró a su hermana con interés. No había escogido el mejor momento para sincerarse, pero pensó que Roberto tampoco se daría cuenta de que la hora de la comida se estaba retrasando; llevaba toda la mañana encerrado en su despacho, como de costumbre.

Estaban sentadas en los taburetes altos de la cocina y Ana sostenía una copa de vino blanco en la mano.

—Ya te había dicho que últimamente Carlos y yo no nos soportábamos. —Miró a Alina, como esperando su aprobación, y cuando esta asintió con la cabeza, continuó—: La verdad es que estuve una temporada pasando algo por alto. Quiero decir, lo sabía, pero fingía que no estaba ocurriendo.

Alina tragó saliva. La entristecía ver a su hermana pasarlo mal, pero se alegraba de que al menos se estuviera desahogando con ella.

—Tiene una amante —concluyó con cierto tono de sorpresa en la voz, casi como si lo estuviera preguntando.

—Oh, Dios, cielo, lo siento mucho. —No se acercó a ella; sabía que Ana rechazaría un abrazo en aquel momento.

Observó cómo su hermana se terminaba de un trago lo que le quedaba de vino y le sirvió un poco más.

—Qué estúpida soy, ¿no? —interrumpió el silencio Ana—. Una patética de libro. Una de esas de las que siempre me he burlado.

—Ana…

—No, ¡es verdad! Tenía las evidencias delante de mis narices y aún así me hice la ciega. Pasaron meses, Alina, meses sin que me tocara siquiera, y yo me preguntaba por qué. Me resultaba más fácil pensar que quizá tenía mucho estrés en el trabajo, o que estaba pasando por una etapa algo apática… Imaginarte a tu marido follando como un loco con una jovencita hija de puta no refuerza mucho la autoestima de una, ¿sabes? —Hizo una pausa para beber otro sorbo de vino mientras le hacía un gesto con el dedo a Alina para indicarle que aún no había terminado de hablar—. Era como en las típicas películas

malas de sobremesa: la esposa esperando a su maridito en casa, vestida con un picardías que ya no le quedaba tan bien como antes, deseando que él llegue para sorprenderlo y tener por fin una noche romántica. Y mientras tanto, él…

Dejó la copa encima de la barra y por fin empezó a llorar. Alina sabía que ese era el momento en el que ella le permitiría acercarse para consolarla, y así lo hizo. Se fundieron en un largo abrazo durante el cual Alina acarició la espalda de Ana en silencio. Cuando se separaron, Ana sonrió con tristeza.

—Y esa es mi historia —concluyó—. ¿Qué piensas?

—Qué cabrón —dijo Alina simplemente. Sabía que era la respuesta correcta, y se lo confirmó la espontánea risita de su hermana.

Se miraron unos segundos en silencio, que Alina rompió para preguntarle:

—¿Lo admitió? Que tuviera una amante, quiero decir.

—Sí. No le quedó más remedio, en realidad. Me lo negó durante meses y meses, hasta el punto que yo pensaba que me estaba volviendo paranoica. Decía que tenía mucho trabajo, que tenía que quedarse hasta tarde en la oficina, que llegaba muy cansado a casa. Bueno, ya sabes. —Alina asintió para animarla a continuar—. Hasta que un día lo seguí. En una cosa sí fue sincero: pasaba todo el día en la oficina.

—¿Es una compañera de trabajo?

—¡Una becaria! —exclamó Ana con sarcasmo—. Una puta niña, ¿te lo puedes creer?

Alina sí podía creérselo, sin lugar a dudas. Si su hermana no era consciente de lo mujeriego que siempre había sido Carlos, ya no era el momento de decírselo.

—Me pasé el día entero en el coche, esperando a que saliera para ver a dónde iba. Durante unas horas, incluso pensé que me estaba diciendo la verdad y que se quedaba trabajando todos los días en su oficina. —Sonrió con desprecio—. Casi me largo a casa, avergonzada por haber sospechado de mi perfecto maridito. Estaba metiendo la llave en el contacto cuando los vi salir del edificio y

caminar en mi dirección. Por un segundo tuve miedo de que me vieran y que quedase como una tía histérica y paranoica que se dedica a perseguir a su perfecto marido que lo único que hace es trabajar.

Alina de pronto sintió una náusea, pero la contuvo.

—Llegaron al coche que supongo que es de la zorrita y se pararon delante. No estaban muy lejos del mío, aunque como ya era de noche pasaba más desapercibido. Aún pensé que entraba dentro de lo normal que Carlos acompañase a una compañera hasta la seguridad de su coche al salir tarde del trabajo. Casi estaba convencida, y me estaba sintiendo muy tonta y aliviada, cuando de repente se pusieron a besarse como si no hubiera un mañana. —Hizo un gesto de asco y sacudió la cabeza, como queriendo alejar aquella imagen de su mente. Pero no podía dejar de pensar en ello: la forma de Carlos de agarrar las nalgas de aquella jovencita, la manera en que sus cuerpos se pegaban el uno al otro como si no pudieran vivir sin tocarse la había trastornado muchísimo—. Salí del coche como una loca y me planté delante de ellos. El resto te lo puedes imaginar.

—¿Qué hiciste?

—Montar una escena. Al final quedé igualmente como una histérica. ¿Sabes qué fue lo primero que dijo Carlos?

Alina negó con la cabeza, pero probó suerte:

—«¿Esto no es lo que parece?».

—¡Justo! ¿Te lo puedes creer?

También esto se lo podía imaginar Alina sin mucho esfuerzo.

—Así que le puse de vuelta y media, y a ella también. La tía estaba acojonada, eso sí, creo que pensó que me la iba a cargar en ese mismo momento.

—Seguro que ganas no te faltarían.

—Y tanto —suspiró Ana.

—¿Y después qué pasó?

—Me marché a casa. Carlos no volvió aquella noche. Al día siguiente me pidió disculpas.

—¿Se disculpó? —preguntó Alina con sorpresa. Eso sí que no se lo esperaba de su cuñado.

Ana asintió con la cabeza y una lágrima rodó por su mejilla.

—Se disculpó… Y de eso hace ya cuatro meses. Fue cuando te conté por primera vez que las cosas no iban muy bien entre nosotros. Nunca pude perdonarlo, a pesar de que me explicó una y otra vez que había sido un error, que me quería y que quería estar conmigo.

Alina arqueó las cejas.

—No puedo volver a confiar en él —explicó Ana—. Y no puedo evitar estar muy cabreada. Intento discutir con él a todas horas. No podía estar más tiempo en esa casa.

Alina asintió. Lo comprendía, aunque le parecía que el que debería haberse largado de casa era Carlos, no su hermana. No obstante, él no tenía familia en la ciudad, mientras que Ana podía refugiarse en la casa de Alina.

—Puedes quedarte aquí tanto tiempo como quieras, ya lo sabes.

—Y yo te lo agradezco mucho, pero en unos días empezaré a buscar otro sitio para quedarme hasta que decidamos qué vamos a hacer con la casa. No quiero molestaros.

—No nos molestas, tonta.

Ana se encogió de hombros.

—Puede que a ti no, pero… —señaló con la cabeza en dirección al despacho de Roberto.

—No creo ni que se esté dando cuenta de tu presencia. Vive encerrado ahí dentro.

—¿No has pensado…? —empezó a decir Ana, pero se interrumpió.

—¿Qué?

—Nada, déjalo, era una tontería.

—No, quiero que me lo digas —exigió Alina.

—Está bien. Pero no te enfades, ¿eh?

Su hermana arqueó las cejas, exigiendo saber qué iba a decir.

—¿No me dijiste ayer que Roberto estaba muy distante contigo últimamente?

Alina entrecerró los ojos. Sabía a dónde quería llegar su hermana.

—Oye, Ana, sin ofender, pero que Carlos te haya hecho esa putada no significa que Roberto también…

—Piénsalo —insistió la otra mientras la miraba fijamente—. ¿No estás pensando las mismas excusas que pensé yo? ¿Que está trabajando? ¿Que simplemente está a sus cosas?

Alina miró a la mujer que tenía enfrente. Como le pasaba de vez en cuando, se sorprendió de lo distintas que eran físicamente. Mientras que Ana tenía el pelo rubio y liso y los ojos claros, Alina presumía de una melena oscura y rizada y unos ojos negros y enormes. Ana era alta y muy delgada, lo que le daba un aspecto algo desgarbado; Alina, en cambio, era más baja pero estaba muy bien proporcionada. Lo único en lo que se parecían físicamente era en la piel clara y suave.

—Dios, Ana, se pasa el día entero en casa.

—¿No has oído hablar de Internet o qué?

—Creo que estás exagerando —opinó Alina. Pensó que en esos momentos su hermana sí que estaba viendo cosas donde no las había, aunque también era lógico después del engaño al que había sido sometida.

—Tú simplemente tenlo en cuenta. Investiga un poco. Yo tampoco podía creerme que Carlos pudiera tener un secreto así, pero… En realidad, nadie sospecha de los secretos tan increíbles que tiene la gente. Apenas nos conocemos los unos a los otros, ¿te das cuenta?

Alina asintió. Era cierto, todo el mundo tenía secretos. Pensó en el suyo, el que llevaba días queriendo compartir con Roberto. Se dijo que iba a tener que sacarlo de aquel despacho cuanto antes para contárselo y sonrió.

Capítulo 4

Hoy en día, todo el mundo está en Facebook. Le bastaron tres cuartos de hora para encontrarlo. Cuando lo reconoció en su foto de perfil, sonrió.

Había salido a correr antes de acometer aquella tarea, pensando que le llevaría más tiempo y terminaría por ponerse nerviosa; pero no fue así. Solo tuvo que hacer memoria para recuperar los nombres de los amigos con los que por entonces solía salir Beatrice. El resto fue fácil: saltó de perfil en perfil, con la suerte de que muchos de ellos eran absolutamente públicos, hasta encontrarlo. Gerard Montgomery. No recordaba el apellido, pero ahora que lo leía, sí que le sonaba.

Ahora, con la mirada fija en aquel rostro que le resultaba conocido y odioso a partes iguales, se lamió los labios, disfrutando de la sensación. «Cazador cazado», pensó, y se dispuso a curiosear en las publicaciones de aquel tipo. Justo cuando se dio cuenta de que la mayoría tenían configuradas la máxima privacidad y, por tanto, no podía verlas, su móvil empezó a zumbar. Molesta por la interrupción, echó un vistazo a la pantalla para saber quién la llamaba, y respondió enseguida.

—Hola, John —saludó, preocupada sin saber muy bien por qué. Se le pasó por la cabeza que tal vez le hubiera ocurrido algo a su hermana y le hubieran avisado a él.

—Hola, Cassandra. Tranquila, no pasa nada —se apresuró a decir, posiblemente porque había notado inquietud en la voz de ella —. Solo llamaba para ver qué tal estabas. Sé que es duro para ti también.

Ella meditó un momento. Sí que era duro. Sin embargo, el plan que tenía en mente estaba ayudándola a tener la mente ocupada en algo práctico.

—Lo es —respondió finalmente—. Pero menos de lo que me había imaginado, la verdad.

—Me alegra oírte decir eso. Estaba preocupado por ti.

Cassandra frunció el ceño. John apenas la conocía.

—Agradezco tu preocupación, John. Y también lo que hiciste por nosotras. No sé qué hubiera hecho sin ti, la verdad.

—Seguro que hubieras hecho lo correcto. Eres una persona muy inteligente, Cassandra.

—Gracias —musitó ella, incómoda. No le gustaban los halagos, y menos cuando venían de un desconocido. Aún así, tuvo que reconocer que aunque no lo conociera gran cosa, John no era en absoluto un desconocido: era el hombre que ayudaba a Beatrice a mantenerse sobria. Eso creaba una estrecha unión.

—¿Irás a verla la semana que viene?

—En cuanto me lo permitan, sí. Estoy esperando impaciente la llamada.

En la clínica les habían dicho que no podrían visitar a Beatrice hasta pasados unos días.

—A mí también me apetece verla.

Cassandra asintió con la cabeza. Pasaron unos segundos en silencio, durante los que ella echó un vistazo furtivo a la página del ordenador que tenía abierta. Le llamó la atención una publicación de Gerard de hacía escasos minutos. Sonrió con malicia.

—Cassandra, ¿te apetecería que tomásemos un café un día de estos, tú y yo?

Ella se sobresaltó. Eso no se lo esperaba. John era el padrino de su hermana. Andaba cerca de la treintena, y ella solo tenía veinte. No le pareció adecuado, y se sintió incómoda con la proposición.

Él debió de interpretar su silencio de la forma adecuada, puesto que se apresuró a añadir:

—Oh, no me malinterpretes… —Soltó una pequeña carcajada incómoda—. No pretendía… ya sabes, no estaba proponiéndote una cita. Solo un café, charlar sobre Beatrice. Puede que tengas preguntas y puede que yo te pueda orientar.

Al momento, Cassandra se sintió aliviada. «Qué tonta eres, Cassandra», se dijo, «pues claro que no estaba invitándote a salir». Pensó que le haría bien hablar con alguien sobre su hermana y ya que no parecía que su madre estuviera por la labor, John parecía la

persona más indicada.

—Está bien —contestó finalmente—. Quizá un día de estos, después de las clases. O una tarde que no trabaje.

—Genial. Cuando tengas un hueco llámame.

—Lo haré. Gracias por todo, John.

—De nada. Hasta luego.

Cuando hubo colgado, deslizó la rueda del ratón curioseando las publicaciones que sí podía ver, intentando hacerse una idea de la clase de persona que era Gerard. Sin embargo, no encontró nada útil. Supuso que sus publicaciones más personales solo estarían visibles para sus contactos, así que no pudo sacar mucho en claro, a excepción de unas cuantas fotografías que no revelaban grandes misterios sobre su vida y algunas publicaciones compartiendo artículos de periódicos. Pudo ver que le preocupaba especialmente el medio ambiente. Resopló. *Le preocupaba el medio ambiente*. Las personas, no. Sabía que era una conclusión fruto de su rabia, pero dejó que la sensación de enfado la invadiera. Sintió deseos de bajar de nuevo a correr. No recordaba desde cuándo tenía aquella vía de escape, pero le parecía que desde toda la vida. Cuando las personas tendían a rendirse o mostrarse sumisas en situaciones críticas, cuando trataban de escapar, ella *salía corriendo* literalmente. Hizo una mueca ante su ocurrencia. Pero ella no corría para escapar, corría para centrarse, para quemar la energía que le sobraba y pensar después con claridad.

Sin embargo, no era el momento de correr. Un par de minutos antes tenía la mente fría y sabía exactamente lo que quería hacer. Así que eso es lo que haría. Cogió su teléfono y, fijándose en el número que añadía la primera publicación que había leído, la que tanto le había llamado la atención, lo marcó con parsimonia. Respiró hondo mientras esperaba los tonos de llamada.

—¿Dígame? —contestó una voz grave al otro lado de la línea.

Ella cerró los ojos como si le hubieran dado un puñetazo en la cara. Llenó de nuevo sus pulmones de aire y, fingiendo una voz animada y amistosa, exclamó:

—¡Hola, buenas tardes! Llamo por lo del anuncio.

—¡Ah, genial! ¿Dónde lo has visto?

Cassandra tragó saliva. No había pensado en eso. Mierda. No podía decirle que lo había visto en Facebook, de ese modo podría llegar a atar cabos.

—Pues… en realidad me ha dado el teléfono una conocida, no sé de dónde lo ha sacado —mintió. Estaba acostumbrada a mentir, al menos acerca de sus sentimientos; eso le había proporcionado práctica

—Bueno, a saber, debe de haber colgados cartelitos en todas partes.

Cassandra suspiró aliviada. Por lo visto, ni se le había pasado por la cabeza que lo hubiera podido ver en su perfil de Facebook.

—¿Entonces tienes experiencia cuidando niños?

—Tengo tres hermanos pequeños. —Esa respuesta sí la tenía preparada—. A veces es una locura.

Se enfadó al darse cuenta de que Gerard le resultaba simpático. Pero no podía dejarse engañar; ella sabía lo despreciable que era en realidad. Sin embargo, era esencial caerle bien: era el método más seguro para acercarse a él. Tenía que conseguir aquel trabajo, tenía que conseguir acercarse a la hija de Gerard. Ahora que conocía su punto débil, sólo tenía que llegar hasta él.

Día 4

Se despertó sobresaltado y sudoroso. Se incorporó en la cama respirando agitadamente y sacudió la cabeza, intentando deshacerse de la angustia que le había creado aquella pesadilla. A su lado, Alina dormía plácidamente.

Se frotó los ojos para borrar la escena que se había quedado grabada en su mente. A pesar de que sabía que todo había sido un mal sueño, le estaba costando recuperar la tranquilidad. Solo podía pensar en aquel precioso rostro, al que la sangre que lo bañaba tapaba las pecas que él tanto adoraba. Sacudió de nuevo la cabeza, pero la imagen seguía resurgiendo una y otra vez en su cabeza.

Sintió miedo. Sabía que ella se estaba metiendo en una situación que podía llegar a ser peligrosa. Su fortaleza y fuerza de voluntad, las características que más le gustaban de ella, estaban a punto de ponerla en una situación comprometida. De repente, sintió un horror indescriptible al pensar en que podía perderla. No podía consentirlo, tenía que hacer algo; jamás se perdonaría si la dejaba escapar sin luchar.

Esos pensamientos sirvieron para relajarlo un poco. Pero enseguida acudió a su mente otra idea que lo volvió a intranquilizar, y este no había sido un sueño. Pensó en aquel tipo, en cómo la había invitado a salir sin ninguna vergüenza. Tal vez ella se hubiera tragado el anzuelo; a pesar de su madurez, aún le faltaba experiencia. Pero él sabía que aquel tipo mentía. Por supuesto que era una cita. Se imaginó intentando besarla al acompañarla a casa, sugiriéndole tomar un último café, y se enfureció. ¿Qué se había creído aquel gilipollas? Apretó los puños y los dientes y resopló.

—Hijo de puta —susurró, y al momento se giró para ver si había despertado a Alina, pero seguía tumbada respirando con tranquilidad.

Sin embargo, Alina solo fingía dormir. La había despertado la respiración agitada de Roberto y se había quedado escuchándolo

farfullar entre dientes. No entendió nada de lo que decía, excepto aquel «hijo de puta» final. Decidió no demostrar que estaba despierta; no quería enfrentarse a él: tenía miedo de su respuesta. Pensó que tal vez Ana tuviera razón al fin y al cabo. En el momento, había descartado la idea de su hermana, pero ahora no le parecía tan descabellada. En realidad, ella no tenía la certeza de que Roberto se dedicara tan solo a escribir todo el tiempo que pasaba encerrado en el despacho. Hoy en día, las relaciones vía Internet no son nada infrecuentes. Se preguntó si sería su caso, si serían uno de esos matrimonios a los que la rutina les pasa factura con los años. Le entraron ganas de llorar, pero se contuvo; no quería que él la oyera, no quería hablar de aquello en ese momento.

Sintió que Roberto volvía a tumbarse y, tras dejar pasar unos minutos, se removió en la cama fingiendo que seguía durmiendo y lo abrazó. Se sintió aliviada cuando él no se separó.

En ese momento decidió que tenía que averiguar si su marido estaba teniendo una aventura. Y sabía cómo hacerlo.

Capítulo 5

Llegaba demasiado pronto, así que intentó caminar más despacio. Había comprobado en *Google maps* la dirección que le había dado Gerard y le había parecido que no quedaba lejos de la estación de tren, pero estaba más cerca aún de lo que había pensado. Aún quedaban veinticinco minutos para la hora de la entrevista y se preguntó en qué podía emplearlos: llegar demasiado pronto a una cita era tan descortés como hacerlo tarde.

Decidió investigar los alrededores. Así, en caso de conseguir el empleo, sabría a qué lugares podría llevar a la niña. Según la publicación de Gerard, necesitaba la canguro durante unas pocas horas cada día y solo de forma temporal.

Enseguida apareció ante sus ojos un gran parque que prometía ser la delicia de todos los niños. Observó a algunos padres jugando con sus pequeños, o charlando con otros padres sin perder de vista a sus hijos.

«Sin embargo», pensó Cassandra, «basta apartar los ojos un instante para que tu pequeño desaparezca. O confiárselo a la persona equivocada».

En realidad, no tenía muy claro cuál iba a ser su plan una vez consiguiera el trabajo. Solo sabía que la mejor manera de vengarse de aquel cabrón era a través de su hija.

«A través de su hija… ¿te estás oyendo, Cassandra?», le preguntó una voz desde lo más profundo de su mente. Intentó desecharla. No quería hacerle daño a la niña, por supuesto que no. Ella ni siquiera tenía que enterarse de nada. El único que sufriría, fuese como fuese, sería Gerard.

«¿Y cómo lo vas a hacer?», insistió la fastidiosa voz. «¿Acaso vas a secuestrar a la niña y hacerle creer que simplemente pasará una temporada contigo? ¿En qué estás pensando?».

«No, por supuesto que no», se contestó a sí misma. Aquella era una idea absurda, se avergonzaba incluso de que se le hubiera pasado

por la cabeza. Pero encontraría la manera. Gerard no se iba a ir de rositas.

Sorprendida, se dio cuenta de que apenas quedaban cinco minutos para la hora en que él la había citado, y apresuró el paso, esta vez preocupada por la idea de llegar tarde.

A la hora en punto, apretaba el timbre del telefonillo de un edificio de cinco plantas situado justo enfrente de la estación de tren. Un alegre zumbido le indicó que podía empujar la puerta, y cuando lo hizo se encontró en el interior de un portal minúsculo y no demasiado limpio. Era uno de esos edificios antiguos mal conservados, que, por supuesto, no tenían ascensor, por lo que se dispuso a subir los cuatro pisos por las viejas escaleras de madera que crujían a cada paso que daba.

Cuando por fin llegó a la cuarta planta, vio que el descansillo estaba a oscuras, solo tenuemente iluminado por la luz que salía a través de la abertura de una puerta abierta a medias. En cuanto el sonido de sus tacones avisaron a Gerard de su llegada, él abrió la puerta por completo y le tendió la mano, con una sonrisa de oreja a oreja.

Cassandra lo miró fijamente. De pronto, tuvo miedo de que él la reconociera, aunque sabía que no era probable. Solamente se habían visto un par de veces y muy de pasada; él no le había prestado la más mínima atención. Además, entonces ella era apenas una niña. No creía que fuera a atar cabos.

Su primera impresión hubiera sido positiva de no haber sabido lo que él le había hecho a su hermana, a la que ahora no le quedaba más remedio que estar ingresada en aquella clínica intentando recuperar la normalidad. Contuvo sus ganas de arrancarle los ojos a aquel malnacido y también tendió su mano para estrechar la de él, con un poco de retraso según el protocolo. Se forzó a sonreír y, fingiendo una voz desenfadada, se presentó:

—Buenas tardes, soy Adele.

* * *

—Creo que a Colette le has encantado —dijo Gerard con una

sonrisa mientras le tendía una infusión, al tiempo que echaba una mirada rápida a su hija.

Cassandra sonrió. Colette era un encanto.

«Eh, frena», se increpó a sí misma, «no estás aquí para hacer amigos, ¿vale?».

Suspiró antes de dar un sorbo a la infusión: estaba demasiado dulce para su gusto.

—A mí también me ha encantado —convino, y lo decía en serio.

«No te vayas a encariñar, Cassandra», se aconsejó.

De pronto, no supo qué estaba haciendo allí. Todas las ideas macabras que habían pasado por su mente en los últimos días se estaban desvaneciendo. En ese preciso momento, la situación le parecía surrealista. Allí estaba ella, en la entrevista de un trabajo que no necesitaba, fingiendo llamarse de otra manera, con la firme intención de hacer daño al hombre que tenía sentado justo enfrente. No tenía ningún sentido.

O sí.

—¡Mira, Adele, ya he terminado! —Colette se acercó corriendo para mostrarle una lámina mal coloreada.

—¡Está muy bien, Colette! —la felicitó Cassandra con una gran sonrisa.

—Papi, ¿Adele va a cuidar de mí mientras la abuela está malita?

Gerard puso cara de estar metido en un compromiso. Sonrió incómodo, mirando a Cassandra.

—Aún no lo sé, cariño, apenas nos ha dado tiempo a conversar.

—¡Me gusta! —exclamó la niña, mirando a Cassandra—. ¡Me gustan sus pecas y su pelo rojo!

Gerard se echó a reír y Cassandra lo imitó, un poco temerosa de que esos detalles hicieran algún contacto en la memoria de Gerard. Pero no mostró señal alguna de haberla reconocido.

—Venga, cariño, sigue dibujando otro ratito, ¿vale? —dijo con dulzura Gerard, una dulzura que a Cassandra no le cuadraba con el retrato que se había hecho de él en la cabeza. No obstante, se obligó a

no dejarse llevar: los peores tipos son siempre los más encantadores.

Cuando Colette se separó de ellos en dos zancadas para seguir pintando, él se dirigió a Cassandra.

—Bueno, Adele, como te adelanté por teléfono, este trabajo sería solo por una temporada, mientras mi madre se recupera de la operación.

Cassandra asintió con la cabeza. Por lo visto, era la que se hacía cargo de Colette mientras Gerard trabajaba. Esto le hizo preguntarse si la madre de la niña habría muerto, pero no lo preguntó. No quería que aquel hombre le inspirase lástima; no quería convencerse de que ya había pagado su castigo.

—Me dijiste que tienes tres hermanos pequeños, ¿no? Así que tienes cierta experiencia cuidando niños.

—Así es. —Cassandra cogió la taza de nuevo y antes de dar otro sorbo, añadió—: Mucha experiencia. Tres diablillos de cinco, siete y diez años.

Gerard silbó, como queriendo decir: «¡vaya!».

—Debe de ser una locura.

—Lo es.

—Como te comenté, yo necesitaría tus servicios algunas tardes. No todas, y no la tarde entera. Depende un poco de Johanna.

Cassandra asintió con la cabeza, aunque se estaba preguntando si Johanna sería la madre de Colette.

—Desde el divorcio tenemos los dos unos horarios un poco complicados. Pero nos apañamos —dijo con una sonrisa que Cassandra, obedientemente, le devolvió.

Así que no había ninguna esposa muerta. Mejor.

—Creo que, avisándome con un día de antelación, no habría problema —dijo ella, pensando en los turnos de su trabajo; al menos seguiría teniendo las mañanas libres para ir a clase.

—Bueno, pues por mi parte… no tengo mucho más que añadir. Me has dado buena impresión, y a Colette le has encantado, así que si lo quieres, el trabajo es tuyo.

Cassandra tragó saliva. Por un momento pensó en decir que no, pero decidió que lo que la estaba amedrentando era la niña. Se sentía

incapaz de irrumpir en la vida de esas personas para destruirlas.

«No la vida de Colette», se corrigió, «solo la vida de Gerard. Se lo merece. Lo sabes. La niña ni siquiera tiene que enterarse de nada».

—¿Qué me dices? —insistió Gerard con amabilidad.

—Acepto —dijo finalmente mientras estiraba su mano.

—¡Bieeeeeeen! —chilló Colette, que había estado espiando toda la conversación mientras fingía estar concentrada en sus dibujos. Se puso en pie, corrió con rapidez hacia Cassandra y casi la derriba de un abrazo.

Cassandra sonrió con pesar y se mordió el labio.

Día 5

—¿Alguna idea de cuál puede ser la contraseña? —susurró Ana, con las manos apoyadas en el teclado, dispuesta a escribir en cuanto su hermana le diera alguna idea.

—Quizá la fecha de nuestro aniversario. O su cumpleaños. O el mío. Qué sé yo —contestó Alina, e hizo un gesto con la mano para que Ana no hablase. Aguzó el oído y, tras comprobar que el ruido del agua cayendo en la ducha seguía sonando, se relajó un poco.

Habían aprovechado la ducha matutina de Roberto para acceder a su ordenador, pero no habían contado con que el equipo les exigiese una contraseña. A Ana le había parecido muy concluyente, pero Alina pensaba que era normal que su marido protegiese sus escritos de miradas indiscretas.

La brillante palabra «LOGIN» parecía burlarse de ellas. Tan cerca y a la vez tan lejos…

«Te lo tienes bien merecido, Alina», pensó para sus adentros, «por espiar a tu marido. ¡Vamos! ¿No te fías de él? ¡Es Roberto, por el amor de Dios!».

Tragó saliva mientras Ana tecleaba la fecha del cumpleaños de Roberto. Se debatía entre dos emociones contradictorias: por una parte, se sentía culpable por violar de ese modo la intimidad de Roberto; pero, por otra, tenía un miedo inmenso a que él de verdad la estuviese engañando. No podía ser. No ahora. Tenía que saberlo. *Necesitaba* saberlo, maldita sea.

Ana negó con la cabeza y se dispuso a teclear la fecha de cumpleaños de Alina.

«¿Cuánto tiempo ha hecho falta para que Ana te convenciera de que Roberto te estaba engañando? ¿Esa es toda la confianza que depositas en él? ¿En esto quedan resumidos todos estos años juntos?».

Se sentía como si tuviera un diablillo hablándole desde un hombro, y un angelito desde el otro.

«Sí, pero si no tiene una aventura, ¿a qué vienen tantos secretos

últimamente? ¿Por qué apenas me mira? ¿Por qué apenas me toca, y si lo hace, parece estar a mil años de distancia?».

Ana la miró, chasqueando la lengua.

—Nada —dijo, frustrada.

—No creo que deba hacer esto —murmuró Alina.

Su hermana la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás loca? ¡Por supuesto que debes hacerlo, Alina! Las señales *están* ahí, no las ignores como hice yo, por favor.

Sabía que Ana no estaba siendo imparcial en aquel momento, que su propia situación le estaba haciendo ver las cosas desde una perspectiva injusta. Aún así, Alina admitía que su hermana podía estar en lo cierto. Quizá las probabilidades fueran escasas, por no decir nulas, pero ¿no merecería la pena intentar averiguarlo?

—Tampoco vas a hacer nada tan terrible —insistió Ana—, solo echar un vistazo en su ordenador. Por el amor de Dios, todas las parejas comparten su ordenador.

Alina se mordió el labio. No debía de quedarles mucho tiempo; las duchas de Roberto no se caracterizaban precisamente por su brevedad, pero ya debían de haber pasado al menos ocho minutos.

—La fecha de nuestro aniversario. Prueba con ella —dijo finalmente.

Ana hizo un ruido como queriendo decir: «¡ni por casualidad vas a acertar!», pero le preguntó cuál era y la tecleó con rapidez antes de darle al intro. Abrió los ojos, sorprendida, cuando la palabra «LOGIN» dio paso al escritorio del ordenador.

Alina sonrió. «Ahí lo tienes», pensó, «¿qué clase de persona usaría la fecha de vuestro aniversario como contraseña si lo que quiere ocultar es una infidelidad?».

—No significa nada —dijo Ana, como si le leyera la memoria, mientras paseaba por la pantalla el cursor con el ratón.

—Bien, ¿y ahora qué? —preguntó Alina. Tenía que reconocer que su hermana tenía razón: la contraseña no significaba nada. Podía haberla puesto hacía años, cuando todo iba bien, y cuando la tecleaba ahora ni siquiera era consciente del significado que tenía.

De pronto, el sonido del timbre hizo que ambas pegaran un

pequeño brinco.

—¡Mierda! —susurró Ana—. ¡Qué susto!

—Sal de la sesión —dijo Alina. Casi al mismo tiempo que había sonado el timbre, el ruido de la ducha había cesado también—. Venga, deprisa.

Notó que le temblaban un poco las piernas y absurdamente pensó que no tenía madera de ladrona.

—Voy, voy… ¡qué mala suerte, ya casi lo teníamos!

Alina le hizo un gesto con la mano para que se diera prisa.

—¡Venga, corre! Y déjalo todo como estaba.

—Sí, sí, tranquila —siseó Ana.

Salió de la sesión, se levantó apresuradamente de la silla, la dejó colocada como estaba y ambas salieron del despacho en unas rápidas y silenciosas zancadas.

* * *

Cuando Alina abrió la puerta, se sorprendió al ver allí plantado al marido de su hermana. Echó un vistazo al interior, preguntándose si Ana ya lo habría visto.

—Hola, Alina —la saludó Carlos en voz baja, empleando un tono de disculpa.

Ella lo saludó con la cabeza sin sonreír.

—¿Está Ana?

—No creo que quiera verte.

—¿Por qué no se lo preguntas al menos?

Ella sopesó la respuesta. En parte, Carlos tenía razón. Ana tendría que verlo en algún momento, y no le correspondía a Alina decidir cuándo.

—¿Qué quieres? —sorprendió Ana a ambos acercándose a la puerta.

La expresión de Carlos al verla fue de profundo sufrimiento. A pesar de que aquel hombre nunca le había caído bien, Alina sintió lástima por él. Era cierto que siempre fue bastante mujeriego, pero no podía negarse que siempre había tratado a Ana como a una reina.

—Vuelve a casa, por favor —suplicó Carlos con los ojos

húmedos de lágrimas.

Alina se alejó de la puerta para dejarles intimidad, no sin antes darle un apretón en la mano a su hermana en señal de apoyo.

—¿Vas a volver a casa? —insistió Carlos.

—No.

—¿Nunca?

Ana lo miró a los ojos. Dios, lo amaba tantísimo que no podía creerse lo que había ocurrido. En parte, envidió a Alina porque aún no tenía la certeza de que Roberto la estaba engañando. Podía fingir que todo iba bien, que su vida seguía siendo maravillosa, que Roberto solo tenía ojos para ella… pero, ¿por cuánto tiempo? Cuanto más tiempo pasara, peor sería la caída. Engañarse era estúpido; ella ya había cometido ese error, no dejaría que Alina también lo hiciera.

—Tú rompiste tu promesa —dijo—. Me mentiste.

—Lo sé, cielo, lo sé, y lo siento tantísimo… De verdad, no puedes hacerte una idea de lo muchísimo que lo siento. Te quiero tanto…

—No puedo perdonarte —dijo ella sin mirarle a los ojos, porque tenía miedo de que si lo hacía, terminaría echándose en sus brazos.

—Cariño, por favor. Dame una oportunidad… por nosotros, por todos los años que hemos pasado juntos.

Ella notó que las lágrimas amenazaban con traicionarla y decidió zanjar la conversación. Empujó la puerta con intención de cerrarla, pero él puso su mano y, mirándola fijamente, le dijo:

—Te amo, Ana.

Ella sacudió la cabeza y empujó la puerta hasta cerrarla. Acto seguido, se echó a llorar en silencio.

Capítulo 6

Cassandra apretó los puños.

Como siempre, la enervaba la presencia de su madre, y cuando se enervaba tendía a reprocharse cosas.

Como su debilidad del otro día. Había estado a punto de perder la perspectiva por la presencia de la niña, y eso era algo que no se podía permitir.

Durante toda su vida, Cassandra había cuidado de su familia. Siempre había sido la fuerte, la que no dudaba, la que parecía sostener el peso del universo en sus hombros, la persona a la que siempre se acudía cuando se tenía algún problema, con la esperanza de que ella supiera qué había que hacer. No era el momento de mostrar debilidad; no podía dejar que la presencia de Colette la distanciara de su objetivo.

Se mordió el labio mientras miraba a John. Habían recorrido el camino hasta la clínica en silencio. No le extrañaba lo más mínimo viniendo de su madre, pero intuía que para John había debido de ser incómodo respetar ese silencio; no hay mucha gente a la que la falta de conversación le resulte agradable.

Cassandra estaba nerviosa. No sabía qué podía esperar de aquella visita; tenía miedo de que su hermana pensara que la había abandonado a su suerte. John debió de notar la duda en su mirada, porque le dirigió una sonrisa tranquilizadora que la animó a subir los peldaños que los separaban de la entrada de la clínica.

Por fuera, era un lugar precioso; nadie diría que en su interior habitaban decenas de personas desesperadas por recuperarse de sus adicciones. Más bien parecía un sitio idílico donde poder pasar un apacible fin de semana lejos de la rutina. Subió los escalones lentamente, sabedora de que tras aquellas puertas de cristal su percepción del lugar cambiaría.

Una vez dentro, una amable recepcionista con el pelo recogido en una coleta los atendió. John los presentó y le indicó a quién iban a

visitar. La mujer sonrió y comentó:

—Beatrice ya está en la sala con otro visitante.

John y Cassandra intercambiaron una mirada de extrañeza. Nadie más sabía que Beatrice estaba allí ingresada.

La recepcionista los guio hasta una sala grande donde Beatrice estaba sentada en una silla acolchada en compañía de un hombre que Cassandra no reconoció. No obstante, su hermana parecía bastante feliz, así que supuso que era una visita bienvenida.

Cuando Beatrice se dio cuenta de su presencia, se levantó enseguida para abrazar a su hermana, mientras la recepcionista se alejaba para respetar su intimidad.

—¡Cassandra! —exclamó su hermana, ya en sus brazos.

—¡Hola, cariño! —respondió con la voz ahogada por la efusividad del abrazo.

Cuando se separaron, Beatrice le regaló una amplia sonrisa y le acarició ambas mejillas. Acto seguido, se volvió a John y le dio un abrazo, este menos intenso. En último lugar, se acercó a su madre y apenas le rodeó la cintura con un brazo, cosa extraña porque Beatrice no parecía tener tanto resentimiento hacia su madre como su hermana.

Cassandra observó algo distinto en su madre, algo que no había visto antes en su mirada. No supo descifrarlo, pero advirtió que sus ojos no se despegaban del hombre que acompañaba a Beatrice. Si tuviera que describir en una palabra lo que su madre transmitía, sin duda diría «odio». Frunció el ceño, preguntándose a qué venía aquello.

Como si Beatrice hubiera adivinado sus pensamientos, se dirigió a aquel hombre y lo cogió por el brazo para acercarlo a los recién llegados. En un tono seco que nunca había empleado con su madre, se dirigió a ella diciendo:

—Creo que tú ya sabes quién es, ¿no?

Cassandra intercambió una mirada con John, que arqueó las cejas como diciendo: «yo tampoco sé de qué va todo esto». Acto seguido, miró a su madre, que observaba a aquel hombre y a Beatrice sin contestar a la pregunta que le habían hecho. Sin embargo, Cassandra se dio cuenta de que le temblaban los párpados y de que

sus mejillas estaban crispadas. Por segunda vez en el mismo día, sus rasgos por lo general inexpresivos mostraban un atisbo de emoción; eso era nuevo para Cassandra. Se quedó con la boca abierta, queriendo saber y al mismo tiempo no queriendo. Intuía que estaba a punto de pasar algo que escaparía a su control, como le había ocurrido con Colette. Se sintió perdida. Hasta ahora, siempre había sabido lo que había que hacer en cada situación: la vida era un camino lleno de constantes superaciones; había que buscar las bifurcaciones adecuadas. Pero sus recientes dudas sobre sus pretensiones la hacían sentir débil; no creía estar preparada para afrontar otra situación que la hiciera dudar de lo que había que hacer.

Todos miraban a su madre, esperando una respuesta que nunca llegaría.

—Hola, Meg.

Por un momento, pensó absurdamente que hacía mucho que no oía a nadie llamar a su madre por su nombre; siempre le había parecido irónico que llevase el mismo nombre que la mayor de las hermanas en «Mujercitas», un personaje al que Cassandra siempre admiró porque se había ocupado del cuidado de sus hermanas pequeñas; justo lo contrario de lo que había hecho su madre. No merecía llamarse Meg.

La voz de aquel hombre la había descolocado. De pronto, sintió una profunda angustia retorciéndose en su estómago. John la miró inquisitivamente, pero ella no supo qué contestar. Aunque su parte subconsciente había atado cabos con rapidez, Cassandra aún no podía contestar a esa pregunta.

Entonces Beatrice rompió a llorar y antes de que Cassandra pudiera acercarse a consolarla, el hombre la tomó en sus brazos. La pelirroja se acercó en dos zancadas a su hermana y apartó a aquel tipo de ella.

—¡No, Cassandra! —exclamó Beatrice—. ¡Es papá!

Sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. El dolor hizo que se encogiera. Apretó los dientes para soportarlo, y cuando el hombre hizo el intento de ayudarla, lo rechazó con fiereza.

—¡Papá está muerto! —exclamó, mirando a Beatrice con los

ojos muy abiertos. Después, desvió su mirada hacia aquel impostor y añadió—: No sé quién eres ni lo que quieres, pero te sugiero que te largues de aquí cuanto antes.

El hombre dio un par de pasos hacia atrás, pero Beatrice lo agarró del brazo de nuevo.

—No, escúchame, Cassandra, es papá de verdad. De verdad.

Por eso su madre lo miraba de esa manera. Beatrice decía la verdad, pero Cassandra no quería aceptar tal cosa. Sacudió la cabeza, como si así pudiera dar marcha atrás en el tiempo.

—Papá está muerto —susurró—. Siempre lo ha estado. Está muerto.

Reafirmó lo dicho con la cabeza y finalmente se incorporó de nuevo. Sin embargo, al mirar a su madre, sus ojos húmedos se lo confirmaron. Sintió la necesidad de salir de allí cuanto antes, parecía que la habitación se hacía más pequeña a cada segundo y le faltaba el aire. Alguien le estaba tocando el brazo con delicadeza, pero se zafó y se dirigió a la salida con rapidez.

* * *

Caminó con las zancadas más grandes y rápidas que fue capaz de dar con aquellos tacones. No es que fueran muy altos, pero Cassandra estaba acostumbrada a llevar zapatos planos. Notó que el nudo que se le había hecho en el estómago no se desharía con aquello, así que se quitó los zapatos y con ellos en la mano echó a correr.

—¡Cassandra! —oyó la voz de John gritando a lo lejos, pero la ignoró.

Sentía la tierra y las pequeñas piedras clavándosele en la planta de los pies, pero no le importó; necesitaba liberar su cuerpo para pensar con claridad. Era lo que hacía siempre, eso no cambiaría. Necesitaba desesperadamente recuperar el control de la situación, y esa era la forma de hacerlo. Después de unos kilómetros, pensaría con más claridad.

Se dedicó a recorrer el parque en el que había comenzado aquella carrera de principio a fin, una vez y otra. En cada una de sus vueltas veía a John sentado en el mismo banco, mirándola,

seguramente esperando a que terminase. Cuando por fin se sintió lo suficientemente cansada y tranquila, se dirigió a un banco para calzarse los zapatos. Al ver las plantas de sus pies llenas de sangre, le dieron ganas de echarse a llorar. Entonces notó que el banco cedía un poco bajo el peso de alguien que se había sentado a su lado.

—Deberías ir a casa y darte una ducha —opinó John.

Ella asintió con la cabeza. Una ducha le sentaría bien.

—¿Quieres que te lleve? Tengo el coche aparcado aquí al lado.

Normalmente, Cassandra hubiera rechazado aquella propuesta. Pero esta no era para nada una situación normal. Ni siquiera era una situación que ella pudiera controlar de alguna forma. Sin embargo, no quería lastimar más sus ya malogrados pies.

—Tal vez hubiera sido mejor que corrieras en tacones —bromeó John, pero ella no sonrió.

—Estaba muerto —dijo en cambio, sin haberlo pensado antes. No tenía intención de abrirle su corazón a nadie, y menos al padrino de su hermana, pero las palabras salieron de su boca sin permiso.

—Lo sé.

—¿Dónde tienes el coche?—preguntó ella con amargura mientras se mordía los labios.

John señaló un aparcamiento que estaba a tan solo un par de minutos. Cassandra asintió con la cabeza y dijo:

—Quiero ir a casa.

John se incorporó y le tendió la mano para ayudarla a hacer lo mismo, pero ella lo ignoró y se levantó por su propio pie.

Día 6

Roberto llevaba toda la mañana encerrado en su despacho. Ni siquiera había salido para ir al cuarto de baño.

Estaba enfadado. Aquel tipo se estaba acercando demasiado a ella, y no quería permitirlo. Quería ser él quien guiara sus pasos, necesitaba que ella confiara en él y por fin le abriera su corazón.

Suspiró, pensando en su olor. Era una fragancia afrutada que le recordaba a los albaricoques maduros y le hacía pensar en un picnic en el bosque. Pensó en su pelo, con aquellos rizos rojos cayéndole con gracia sobre los hombros mientras achinaba los ojos al sonreír. «Has sido muy amable», le había dicho mientras se ruborizaba. Cerró los ojos e hizo acudir a su mente una y otra vez aquel pensamiento. «Has sido muy amable». «Has sido muy amable». Sonrió. Su respiración se agitó. Deseó estar cerca de ella, abrazarla y decirle todo lo que le tenía que decir. Quería pedirle disculpas, que ella las aceptara y así poder formar parte de su vida. Los dos juntos para siempre.

Pero aquel tipo amenazaba con interponerse en su camino. No podía permitirlo. Ella era su objetivo, y tendría que eliminar cualquier obstáculo que le impidiera acercarse a ella.

Decidió que tenía que alejarla de aquel tal John.

* * *

—Ni siquiera pude mirarlo a los ojos —dijo Ana con tristeza mientras guardaba el último tenedor en el armario correspondiente. Dejó el paño con el que había estado secando los cubiertos en la encimera de la cocina y se sirvió una copa de vino mientras le preguntaba a Alina—: ¿Quieres?

Alina negó con la cabeza.

La comida ya estaba preparada, solo faltaba que Roberto por fin se dignara a salir de su despacho para acompañarlas. Había dicho que serían unos minutos, pero ya había pasado media hora. Sin embargo,

no se atrevía a volver a molestarlo: su primera interrupción le había costado una respuesta seca.

—Empecemos a comer —dijo con un suspiro—. Ya comerá él después.

Su hermana asintió con la cabeza, conforme, y se sentó junto a ella.

—¿Estás bien?

Alina se llevó el tenedor a la boca e hizo un gesto afirmativo.

—Sigue con lo que estabas diciendo.

—No sé qué hacer con Carlos. Ayer estuve a punto de echarme en sus brazos. Bueno, también estuve a punto de pegarle un puñetazo. —Suspiró—. No sé qué me pasa. Estoy demasiado enfadada con él, pero aún lo quiero, ¿sabes?

—Por supuesto que aún lo quieres, no se deja de querer a alguien de la noche a la mañana, por mucho daño que te haya hecho —razonó Alina, y al momento se preguntó si estaba hablando de Ana o de sí misma.

—Lo sé, pero… ¿qué puedo hacer, Alina? No creo que pueda perdonarlo nunca.

Su hermana la miró y le dirigió una sonrisa triste.

—Pero no creo que vaya a olvidarme de él nunca. ¡Es el amor de mi vida! Llevamos juntos siglos.

Alina se preguntó si su hermana sería consciente de que, probablemente, aquella no hubiera sido la primera vez que Carlos le fuera infiel. No dudaba que aquel hombre quisiera a su hermana, pero tenía muy claro que no era una persona fiel por naturaleza. Intentó señalárselo con delicadeza:

—¿Esta ha sido la primera vez que has tenido la sensación de que algo no iba bien entre vosotros?

—¿Qué quieres decir?

—Pues… no sé, ¿nunca antes has tenido la impresión de que había otra mujer?

Ana apuró el vino de un trago y se sirvió otra copa generosa. Alina la miró con envidia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó de nuevo, enfadada—.

¿Insinúas que no es la primera vez que tiene una aventura?

Al momento, Alina se arrepintió de sus palabras.

—Olvídalo. Era solo…

—Oye, ya sé lo que todos pensáis de Carlos, no soy tonta —espetó su hermana—. Pero estáis muy equivocados.

Alina tragó saliva.

—Vale, lo siento. No debería haber dicho nada.

—No, es que… estoy cansada de que siempre estés contra él, Alina.

Ella enarcó las cejas, sorprendida. Su hermana estaba en su casa porque Carlos tenía una aventura. ¿Y aún no aceptaba que su marido siempre había sido un mujeriego?

—No estoy en contra de él, Ana, estoy de tu lado. Siempre.

No sabía por qué motivo había pensado que Ana se iba a mostrar más receptiva con el tema de Carlos que de costumbre. Aquello era algo que siempre había querido hacerle ver, pero su hermana nunca lo había aceptado. Había ignorado todas las señales y había decidido que aquella parte de la forma de ser de Carlos no le convenía y simplemente había optado por ser ciega a ello. Hasta ahora. Y aún así, no terminaba de ver las cosas como eran. Alina se preguntó si le estaría ocurriendo lo mismo a ella con Roberto. Nunca había notado nada raro en él, pero ¿y si estaba haciendo lo mismo que Ana y simplemente se negaba a ver la realidad? Por eso había decidido volver a fisgonear en su ordenador. Tal vez Ana no se lo hubiera aconsejado solo porque la reciente traición de Carlos la hubiera vuelto especialmente desconfiada, sino porque veía algo en Roberto que Alina no era capaz de ver.

—¿Entonces por qué siempre cargas contra él? —exigió saber Ana.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí que quiero.

—Está bien. Pero no quiero que te enfades conmigo.

Ana suspiró.

—De acuerdo. Dispara.

—Porque no te das cuenta de cómo es en realidad. Estás

enamorada de la persona que tú piensas que es, no de la persona que en realidad es. Tú ves lo encantador que es, lo bien que te trata, lo mucho que os divertís juntos. Pero no ves que es un hombre que necesita cambiar de mujer de vez en cuando. Y eso no estaría mal si no fuera porque no es lo que tú buscas en un hombre.

—Haces que parezca un animal.

—No es mi intención.

—Vale, le gusta llamar la atención de las mujeres, ¿y qué? ¿A quién no le gusta gustar a los demás?

—En eso tienes razón. Pero Carlos va más allá, como te acaba de demostrar.

—Ha cometido un error. No es para tanto.

—¿De verdad no es para tanto, Ana? Mírate: estás destrozada.

Ana asintió con la cabeza.

—Lo estoy, porque lo amo y no puedo estar con él.

Alina iba a añadir: «y porque te ha traicionado», pero se contuvo al darse cuenta de que su hermana había llegado al límite de lo que podía tolerar. Bastante había sido el poder decirle aquello que durante años no había podido ni mencionar sin que su hermana le retirase la palabra. Aquel siempre había sido un tema tabú entre ambas, el único motivo que podía hacer que se distanciaran, y aquella conversación que acababan de mantener debía de haber sido muy dura para Ana. Hacía apenas tres días que su hermana se había culpado a sí misma por lo tonta que había sido al no darse cuenta de las señales que le enviaba Carlos. Había dicho que se había convertido en una de esas mujeres que son las últimas en enterarse, siempre disculpando y encontrando explicaciones de lo más variopintas a cualquier detalle revelador. Y hoy, Ana volvía buscar aquellas excusas. Sin embargo, Alina sabía que no era el momento de hacérselo ver.

Como para confirmar lo que Alina estaba pensando, su hermana se apresuró a cambiar de conversación.

—Esta tarde podíamos ir de compras. Como en los viejos tiempos.

—Me vendría muy bien. La verdad es que tengo que mirar algunas cosas.

—¿Sí? Genial. ¿Ropa? ¿Muebles? ¿Zapatos?

—En realidad, más bien cunas, cochecitos de bebé, esas cosas.

El tenedor que Ana se estaba llevando a la boca se quedó a medio camino y miró a su hermana con los ojos muy abiertos. Alina asintió con la cabeza y se le escapó una lágrima. Habría querido compartirlo con Roberto antes, pero él nunca estaba disponible. No había planeado confesárselo aún a su hermana, pero ya no había vuelta atrás.

Ana se levantó y se acercó a ella para rodearla con sus brazos.

—Oh, Dios mío, es maravilloso. Felicidades, Alina, me alegro muchísimo.

—Gracias —respondió, mientras se frotaba suavemente el abdomen—. Ha sido una sorpresa.

Y tanto que lo había sido. A los veinte años, le habían dicho a Alina que era estéril, y aquí estaba, pasados los cuarenta, embarazada.

—¿Lo sabe ya Roberto? —preguntó Ana, bajando la voz.

Alina sacudió la cabeza.

—Todavía no. No he encontrado el momento.

—Madre mía, va a flipar.

—Lo sé, teníamos asumido que nunca tendríamos hijos.

Roberto había aceptado muy bien la esterilidad de Alina. En realidad, nunca habían hablado mucho sobre ello. Alina siempre había temido que en algún momento de sus vidas Roberto se diera cuenta de que deseaba tener hijos, pero hasta entonces no se había dado esa situación, o bien no se lo había dicho a ella.

Ana dio otro sorbo de vino mientras se preguntaba si aquella sería una buena noticia para su cuñado.

Capítulo 7

—¿Te gusta, Adele? —La voz de la pequeña Colette la sacó de su ensimismamiento.

Cassandra se había acostumbrado demasiado rápido a que la niña la llamara Adele, quizá porque aquel era el nombre que hubiera escogido para sí misma.

—Es precioso —sonrió. Colette le estaba mostrando su último dibujo. A aquella niña le encantaba dibujar.

Era el primer día que hacía de canguro y el tiempo, caprichoso, había decidido que se quedaran en casa. Llevaban toda la tarde oyendo el repiqueteo de la lluvia en la ventana, lo que, en unión de sendas tazas de chocolate caliente, les había resultado muy hogareño.

Había aprovechado para curiosear un poco en la vida de Gerard, pero no había encontrado nada fuera de lo común. «¿Qué esperabas?», se había recriminado a sí misma, «¿Qué exponga en un marco su lista de delitos o qué?». Colette le había enseñado fotos de su madre, una mujer muy guapa, y le había explicado casi como si fuera un adulto que sus papás ya no vivían juntos y que pasaba una temporada con cada uno. Lo contaba como si no tuviera importancia, como si para ella fuera lo más natural del mundo y eso alegró a Cassandra. Le alegró más de lo que quisiera, porque se daba cuenta de que estaba empezando a coger cariño a aquella pequeña demasiado rápido. Cassandra no se encariñaba fácilmente con nadie, se mostraba siempre dura e inaccesible, pero por lo visto con los niños era distinto. Jamás había tenido un contacto demasiado estrecho con ninguno, y Colette dejaba muy claro que iba a ser un obstáculo en su idea sobre hacerle pagar a Gerard lo que le hizo a Beatrice.

El corazón le dio un vuelco al acordarse de nuevo de la visita posterior que le había hecho a su hermana, cuando ya se habían marchado sus otros visitantes. Acarició la cabeza de Colette con cariño y la alentó a seguir dibujando. Mientras la observaba, rememoró la conversación que había tenido con Beatrice.

—¿Pero cómo puedes estar segura de que es papá? —le había preguntado Cassandra.

—Lo he reconocido. Me han venido recuerdos a la mente… ¡es él, Cassandra!

—No… no lo entiendo. No entiendo nada.

Se había dejado caer en una silla con la cabeza entre las manos, presa de una terrible jaqueca.

—Ha venido a ayudarme.

—¿A ayudarte? ¿Ayudarte a qué?

Beatrice había hecho un gesto con el brazo, abarcando la habitación.

—Con esto. Con mi… problema. —Se le había quebrado la voz, pero se recompuso y, con más seguridad, dijo—: con mi rehabilitación.

Cassandra enarcó las cejas.

—¿Y cómo…? ¿Dónde…?

Las preguntas se agolpaban en su mente y no era capaz de expresar cada una a su tiempo.

—Él también era alcohólico —explicó Beatrice, aunque aquello no despejaba todas las dudas.

—¿Y cómo se ha enterado de que tú…? —Cassandra sacudió la cabeza, intentando pensar con claridad.

—Papá era alcohólico y mamá decidió alejarnos de él, a las tres.

—¿Y luego nos dijo que estaba muerto? —se sorprendió Cassandra. Y a su vez se extrañó de que le sorprendiese algo relacionado con su madre.

Beatrice asintió con la cabeza.

—Lo hizo por nuestro bien —dijo, conciliadora. Ya no había rastro de aquella amargura con la que Beatrice se había dirigido a su madre durante la visita. Cassandra supuso que su hermana había tenido tiempo para pensar; siempre se había mostrado paciente y comprensiva con su madre.

—¿Por nuestro bien? ¿Decirnos que nuestro padre había muerto?

—Piénsalo, Cassandra, éramos muy pequeñas.

Se mordió el carrillo, dubitativa.

—¿Y cuando crecimos? ¿No nos lo podía haber dicho entonces? ¿Qué coño de mentira es esa? ¡Llevamos toda la vida pensando que nuestro padre está muerto! —Cuando se dio cuenta de que estaba subiendo la voz, se obligó a calmarse; probablemente aquello no ayudaría a Beatrice.

—Supongo que tuvo miedo.

«¿Supones?», habría querido preguntarle. ¿Es que después de que ella se marchase de la clínica su madre no había dicho ni una palabra? ¿Ni una explicación? ¿Ni una disculpa? ¿Ni siquiera en un caso así iba a ser capaz de decir cuatro palabras seguidas?

—Papá consiguió rehabilitarse —dijo Beatrice, como si estuviera concluyendo su historia— y ha venido a ayudarme.

¿Un padre desaparecido durante toda la vida y que de pronto aparece para ayudar a una de sus hijas? ¿En serio? Cassandra no lo dijo en voz alta porque no quería alterar a su hermana, pero nada en aquella historia le cuadraba. Era absurdo.

—¿Y cómo sabía él que tú estabas aquí?

—Ahora se dedica a ayudar a la gente que tiene el mismo problema que él. Trabaja en centros de rehabilitación.

—¿Trabaja aquí? —Cassandra abrió mucho los ojos, y Beatrice sacudió la cabeza.

—No, ni siquiera vive aquí. Pero en las bases de datos alguien reconoció mi apellido y se lo dijo.

Cassandra hacía un esfuerzo por juntar las piezas que le iba entregando su hermana. No quería expresarlo en voz alta, pero se preguntaba por qué, de ser cierta toda aquella historia, aquel hombre no había intentado contactar con ellas; habían pasado muchos años. Joder, llevaba toda su vida pensando que su padre estaba muerto. Y ahora aparecía así, sin más, con la promesa de ayudar a Beatrice…

Notó que la furia comenzaba a invadirla. ¿Quién coño se creía aquel hombre que era? Jamás había ejercido de padre, y no iba a empezar ahora. Ella siempre se había ocupado de Beatrice, y aquella no sería una excepción. No lo necesitaban para nada; habían pasado

toda su vida sin él, podrían seguir así sin ningún problema. ¿Quién se creía para irrumpir de esta forma en sus vidas? Beatrice debió de percibir su turbación, porque le dijo con suavidad:

—Está aquí para ayudar, Cassandra. Es nuestro padre.

Ella asintió con la cabeza, aunque en realidad no lo creía.

—Prométeme que por lo menos lo pensarás, ¿vale?

Miró a su hermana. A pesar de ser mayor que ella, le pareció pequeña e indefensa. Por segunda vez en poco tiempo, fue consciente de que no era ella sola la que cargaba con el peso de los problemas, y eso la inquietaba. ¿Dónde quedaba ella en todo esto si Beatrice ya tenía a John y a aquel hombre para ayudarla? Por un momento, se le pasó la imagen de Gerard por la cabeza. Sí, aquel tipo necesitaba una lección. Debía proteger a su hermana, eso es lo que debía hacer. Quizá no dispusiera de los conocimientos necesarios para ayudarla con su rehabilitación, pero desde luego sí disponía de las agallas para hacer sufrir a aquel Gerard.

Exhaló ruidosamente. Ahora, mirando cómo dibujaba Colette, tenía dudas sobre si sería capaz de cumplir con aquel cometido. Se sentía muy frustrada, porque nunca se había quedado a mitad de lo que quería hacer, y menos por sentimentalismo. Sabía que no debía dejarse arrastrar por la ternura que aquella niña le inspiraba, pero era como si una fuerza misteriosa la arrastrase en la dirección contraria a la que pretendía ir. No entendía qué le estaba ocurriendo, de pronto todo parecía írsele de las manos: estaba perdiendo el control y eso la hacía sentir perdida.

Al salir de la clínica, con un montón de preguntas bulléndole en la cabeza, había llamado a su madre, que contestó al cuarto tono.

—¿No tienes nada que decir? —espetó, sin más, y no le sorprendió el silencio al otro lado de la línea. Continuó—: ¿Nos has estado mintiendo todo este tiempo de verdad? ¿No se te cae la cara de vergüenza, mamá?

No podía estar al cien por cien segura de que su madre no hubiera contestado nada, porque había colgado con aquel «mamá» temblándole en la boca y acto seguido había estampado su móvil contra el suelo con rabia.

Ahora, el timbre del teléfono le hizo dar un respingo. Dado que su *smartphone* había quedado inservible tras su ataque de furia, había recuperado el modelo anterior que, si bien no era muy rápido, le servía para lo básico. Pensó que sería de nuevo Gerard, preguntando qué tal les estaba yendo la tarde -tenía que reconocer que aquel tipo se preocupaba por su hija, lo cual no la ayudaba precisamente a recrear en su mente lo mucho que se merecía sufrir- pero se sorprendió al ver un número desconocido. Como había perdido gran parte de sus contactos y solo se sabía de memoria los números de Beatrice y de su madre, contestó.

—Hola, Cassandra, llamaba para ver qué tal estás.

Reconoció la voz de John y suspiró. No entendía por qué seguía llamándola. Hasta ella se había dado cuenta de que había sido bastante desagradable con él. ¿Qué coño estaba buscando aquel tío? ¿Intentaba aprovecharse de su vulnerabilidad?

—Estoy bien, gracias —respondió con sequedad.

—Me alegro. —Notó sorpresa en su voz. Seguramente se esperaba una disculpa o algo parecido, pero no se la iba a dar. No quería acercarse a aquel tipo. Que se dedicara a ayudar a su hermana, ya que por lo visto ella no podía; Cassandra se manejaba muy bien sola, no necesitaba que nadie cuidara de ella—. Bueno, pues… ¿has sabido algo más de Beatrice?

Iba a darle una respuesta cortante, cuando se recordó que era el padrino de su hermana.

—Puedes llamarla y que te cuente ella. —Fue lo más amable que pudo decir. No le apetecía explicarle su vida.

—Sí, si ya más o menos me ha contado… Oye, creo que es una buena noticia. Por lo visto, tu padre es un hombre con mucha experiencia, estoy seguro de que a Beatrice le vendrá bien tenerlo a su lado.

Genial. Así que ya estaba al tanto.

—Bueno, pues si ya lo sabes todo… —comenzó a decir, con ganas de colgar, pero él la interrumpió.

—Quiero que sepas que me he informado sobre él, Cassandra, y creo que puedes estar tranquila.

—¿Te has informado? ¿Qué quieres decir?

—A través de la clínica, conocidos, ya sabes. En este mundo todos han oído hablar de todos.

Cassandra sonrió con tristeza. «En este mundo», un eufemismo como una casa.

—Ya. Bueno, tengo que colgar.

—Vale, sí, te dejo, no te molesto más. Estamos en contacto, Cassandra.

—Vale, hasta luego —contestó ella, y colgó. Se daba cuenta de que estaba siendo demasiado maleducada con John, pero no lo podía evitar. No le gustaba que la gente se acercase tanto a ella.

No le había dado tiempo de dejar el teléfono en la mesa cuando volvió a sonar: otro número desconocido.

—¿Sí? —respondió.

—¿Cassandra? —Una voz de hombre que reconoció al instante hizo que frunciera el ceño.

—Eres tú —dijo, sin más. Hubiera colgado sin muchas contemplaciones, pero había decidido que alejarse de él supondría alejarse también de Beatrice.

—Me has reconocido —dijo él, aliviado—. Y no me has colgado, como dijo Beatrice que harías.

Cassandra no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Su hermana la conocía bien. A pesar de aquella impresión que causaba de estar demasiado metida en sus propios problemas para hacer mucho caso a los demás, la conocía.

—No es que no me falten ganas de colgar —dijo con la voz agria.

—Sí, me lo puedo suponer.

—¿Qué quieres? —Cassandra echó un vistazo a Colette, que seguía concentrada en su dibujo, y se levantó con lentitud para alejarse un poco y que la pequeña no escuchase la conversación.

—Quería saber si estás bien.

—Lo estoy. Gracias por tu interés —dijo ella con sarcasmo.

—Oye, Cassandra, necesito que entiendas lo que ocurrió.

—Lo entiendo —lo interrumpió ella—. Nos abandonaste y

ahora vienes a hacerte el héroe. Fin de la historia.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—No fue así exactamente.

—Escucha, no sé qué quieres de mí —siseó Cassandra—. Puede que hayas engañado a Beatrice, pero conmigo no lo vas a conseguir. ¿Dices que vas a ayudarla? Hazlo. Y luego sal de nuestras vidas.

—Quiero ayudaros a las dos. Las dos sois mis hijas.

Cassandra ahogó un grito de rabia.

—¿Y lo dices después de veinte años? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Lo siento. —El hombre parecía sinceramente apenado, pero a ella no le importaba. Veinte años de ausencia no se compensaban con un par de disculpas.

—No lo sientas. Ayuda a Beatrice y luego lárgate. Continúa con tu vida como has hecho hasta ahora.

—Deberíamos hablar, Cassandra. En persona.

—No me apetece. Oye, estoy muy ocupada.

—¿Qué piensas hacer con Gerard? —La voz denotaba ansiedad.

Cassandra se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo dices?

—Beatrice me lo ha contado.

Tuvo ganas de golpear algo, pero se aguantó para no asustar a Colette. ¿Aquel hombre aparecía en sus vidas de la noche a la mañana y su hermana le confesaba algo que había tardado tantos años en contarle a ella?

—Tiene miedo de que hagas algo drástico. Algo que pudiera meterte en problemas.

—¿Y a ti qué coño te importa? —espetó.

El hombre eligió la respuesta adecuada, la que pondría a funcionar a Cassandra en la dirección correcta:

—Le importa a Beatrice. Me dijo que no se había atrevido a contártelo antes porque sabía que necesitarías hacer algo al respecto. Tenía miedo. Y ahora tiene miedo de que te pase algo.

Por un momento, Cassandra tuvo ganas de llorar. Pero llorar no servía de nada, así que se contuvo. Se preguntó por qué esto no se lo

había dicho su propia hermana, y luego cayó en la cuenta de que, en realidad, no había tenido oportunidad de hacerlo.

—Di, ¿qué tienes pensado?

—Nada —mintió. Aquel no era asunto de ese hombre. Pensaba seguir adelante con aquello, fuese lo que fuese, y no descansaría hasta ver a Gerard pagar por lo que le hizo a Beatrice.

—¿No piensas hacer nada? ¿Simplemente te la envainas y dejas que el mundo siga su curso? —Aquel hombre conocía a sus hijas más de lo que ellas pensaban. Que su exmujer no le hubiera dejado acercarse a ellas incluso cuando había conseguido rehabilitarse no significaba que él no hubiera acudido a otras fuentes para saber de ellas—. Puedo ayudarte.

Cassandra entrecerró los ojos y apretó más el móvil contra su oreja.

—Pensaba que Beatrice quería que evitases que me metiera en un lío —contestó, sarcástica.

—Y es lo que quiero hacer. Puedo ayudarte a que le des una lección a ese tipo sin mancharte las manos.

—¿Y eso por qué? ¿Crees que así tú y yo vamos a ser una familia feliz? Puedes irlo olvidando. Para mí, mi padre está muerto.

—¿Y tú crees que yo me voy a quedar de brazos cruzados sabiendo lo que ese tío ha hecho? Mira, Cassandra, sé que no me conoces, pero ten por seguro que no voy a consentir que se vaya de rositas. Pero si a la vez puedo conseguir que no te metas en problemas, habré matado dos pájaros de un tiro.

Cassandra no necesitó pensarlo; no estaba dispuesta a consentir que aquel hombre metiese las narices en sus asuntos.

—No quiero nada de ti.

Día 7

Alina se había levantado en mitad de la noche con mucho cuidado de no despertar a Roberto. No podía dormir: cada vez que cerraba los ojos recordaba que aún no había sido capaz de contarle lo de su embarazo, y acto seguido recordaba los días enteros que Roberto se pasaba encerrado en su despacho. Decidió que tenía que averiguar lo que estaba ocurriendo.

Se encontraba frente a la pantalla de Login. Mientras colocaba las manos en el teclado, tuvo la certeza de que su marido habría cambiado la contraseña y no lograría entrar en su ordenador. Pero cuando la tecleó y pulsó el *intro*, el equipo se desbloqueó y dio paso al escritorio.

Sintiéndose un poco culpable, empezó por abrir el historial del navegador: nada que le llamara la atención especialmente, ninguna página de chats o algo similar. Claro que hoy en día los chats ya no se usaban, ¿o sí? No lo sabía, estaba bastante desconectada de la tecnología últimamente. Abrió la página de Facebook de su marido y pasó un rato leyendo los mensajes que le enviaban sus seguidores. Nada fuera de lo común: palabras de felicitación dirigidas a él, y palabras de agradecimiento de vuelta. Pasó casi una hora revisando la actividad de Roberto en aquella red social, pero no encontró nada raro. Acto seguido, abrió su cuenta de Twitter, con idéntico resultado.

Alina suspiró, aliviada.

Después revisó los archivos del ordenador. Roberto era extremadamente ordenado y puntilloso: cada carpeta tenía el título adecuado, y el nombre de cada archivo daba una idea muy clara de lo que se encontraría en él. Por si acaso, Alina los abrió todos. Todo era documentación sobre sus novelas, tal como rezaban los títulos. En aquel ordenador su marido no tenía ningún contenido que no estuviera relacionado con su trabajo.

Observó la carpeta más reciente, supuso que su última novela. La abrió y encontró dos archivos, uno titulado «Venganza» y otro

llamado «Apuntes Venganza». Le picó la curiosidad y comenzó a leer la novela. Antes, Roberto siempre compartía sus escritos con ella, incluso antes de tenerlos terminados, pero aquella vez no lo había hecho. A Alina le encantaba cómo escribía Roberto y no le importaba leer una y otra vez sus escritos para darle su opinión. Estaba tan acostumbrada a su forma de escribir que podría plagiarlo sin pestañear. Enseguida quedó atrapada con la historia de Cassandra, un personaje que quería transmitir fuerza e independencia, pero que dejaba entrever una necesidad de cariño y confianza que no estaba dispuesta a admitir.

Durante aquel rato se olvidó de todo. Cuando llegó al último capítulo que había escrito Roberto, se quedó con ganas de saber el resto de la historia. Por curiosidad, abrió el otro archivo, el de «Apuntes Venganza». Quería saber, como había podido hacer con otras novelas de su marido, cómo había llegado a hilar toda la historia, cuál había sido el punto de partida, cómo habían evolucionado los personajes hasta llegar a ser lo que eran. Sin embargo, se quedó boquiabierta con lo que vio.

Aquellos no eran unos apuntes normales. Entremezclados con el guión de la obra, había insertados comentarios que Alina no terminaba de entender: «TENGO que alejar a ese cabrón de Cassandra», «Ella solo puede confiar en mí». Alina los leía con rapidez, sin creerse lo que veían sus ojos: «DEBO lograr que se acerque a mí», «Solo me tiene a mí», «Debo protegerla», «Me gustaría tanto poder abrazarla, JODER, NECESITO abrazarla ya».

Tragó saliva con dificultad. ¿Qué demonios era aquello? ¿Formaba parte de la obra? ¿Era la forma que tenía Roberto de meterse en la historia? Ella no era escritora, pero conocía la forma de trabajar de su marido. O, al menos, creía que lo hacía. Aquellos comentarios le hacían dudar. Eran apuntes desordenados, muy lejos de la línea en la que trabajaba Roberto. Inspiraban desasosiego y descontrol.

Locura.

«No seas exagerada, Alina», se dijo, «todos los escritores están un poco locos, ya sabes. Si no, ¿de dónde salen todas esas historias?».

Sus ojos recorrían el archivo de texto con una rapidez inusitada. Al final de la primera página, en distintos tamaños, colores y tipos de letra, y ocupando seis líneas, podía leerse el nombre de Cassandra escrito decenas de veces sin espacios: «CASANdracasANDRAcAsAnDrAcasandraCASANDRA». Al pasar de página, se dio cuenta de que ese mismo patrón se repetía en las dos páginas siguientes y, a continuación, más comentarios similares a los que había leído anteriormente: «necesito oler su pelo, su dulce fragancia, estrecharla entre mis brazos y permanecer así por siempre», «CASANDRA, no te abandonaré, confía en mí, por favor».

Alina cerró el archivo, asustada. No sabía interpretar lo que acababa de ver. ¿Acaso Roberto estaba perdiendo la cabeza? ¿Se había enamorado de aquel personaje? Se preguntó si eso solía ocurrir, si a los escritores les da por enamorarse de sus personajes. ¿Era algo fuera de lo común o estaba exagerando? Tal vez era algo que le servía para inspirarse, para identificarse con algún personaje, algo que le hacía meterse mejor en la historia.

Alina había oído hablar de casos de personas que se enamoraban de personajes de videojuegos, pero siempre había pensado que se trataba de personas desequilibradas, no de alguien tan normal y corriente como Roberto. Sacudió la cabeza, intentando sacudirse de encima la sensación de estupor que tenía. No sabía cómo encajar aquello, ni cómo hablarlo con él.

El sonido de unos vacilantes pasos en el pasillo la empujó a apagar el ordenador con rapidez. Se le pasó por la cabeza que quizá no haría falta que pensara en cómo abordar el tema: si la pillaba en su despacho, a buen seguro que saldría el tema. Intentó respirar con normalidad, pero sus pulmones le exigían más oxígeno. No sabía qué podría responder si la sorprendía allí. Nunca entraba en su despacho, era *su* lugar de trabajo; sabía que él sentiría violada su intimidad si la encontraba allí.

Tragó saliva, expectante, y se levantó de la silla. Al menos si la encontraba de pie, podía decir que había oído un ruido y había entrado a echar un vistazo. Caminó con suavidad en dirección a la puerta cerrada, aguzando el oído. Los pasos eran ahora aún más lentos

y dubitativos, pero sin duda se acercaban al despacho. Alina contuvo la respiración.

Otro paso más cerca.

Y otro.

Y otro más.

Notaba el bombeo de su corazón resonando en los oídos.

—¿Hola? —susurró la voz de Ana en el exterior.

Alina exhaló ruidosamente y abrió la puerta con cuidado.

—¡Qué susto me has dado! —susurró mientras salía, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Y tú a mí! —protestó Ana en voz baja, y adivinando lo que había estado haciendo su hermana, añadió—: ¿Por qué no me has avisado? ¿Has encontrado algo?

Alina no tenía ganas de hablar de ello. No en ese momento. Tenía que pensar en lo que acababa de ver para darle la importancia justa.

—Nada importante —mintió.

Ana entrecerró los ojos, suspicaz.

—Vete a dormir, anda —le sugirió Alina.

—Tenía razón, ¿verdad? —la ignoró Ana.

—No, no la tenías. Venga, vayamos a dormir.

—Lo sabía. Había algo raro.

Alina se giró por completo hacia ella y la miró a los ojos.

—Te digo que te vayas a la cama, Ana, por favor.

Su hermana la miró.

—De acuerdo. Pero estoy aquí, ¿vale? Para lo que necesites.

—Lo sé, gracias —respondió Alina, y empujó con delicadeza a Ana en dirección a la habitación de invitados.

Se dirigió a la cocina, agradecida de que, por una vez, su hermana no hubiera insistido. Se preparó una taza de té y se sentó a la mesa de la cocina para pensar con tranquilidad en todo lo que había visto.

Capítulo 8

Beatrice tenía mejor cara, eso tenía que admitirlo. Se resistía a creer que aquel tipo tuviera algo que ver, pero sospechaba que así era. No podía entender cómo su hermana lo había aceptado con tanta facilidad, aunque intuía que su adicción tenía algo que ver. Tal vez los alcohólicos sentían una empatía entre ellos que les hacía crear un vínculo especial. «Un vínculo en el que nadie más puede entrar», pensó con amargura, pero desechó ese pensamiento con rapidez porque no resultaba nada práctico.

Observó las mejillas arreboladas de Beatrice y contestó a su pregunta:

—No, apenas hemos hablado.

Su hermana se cruzó de brazos.

—Sé que es duro para ti, Cassandra, pero ¿no podrías darle una oportunidad?

Cassandra no tenía ganas de desperdiciar el escaso tiempo que le permitían visitar a su hermana hablando de aquel hombre, pero tampoco quería disgustarla. Sin embargo, no pensaba mentir.

—No entra en mis planes tener contacto con él, Beatrice, lo siento.

Su hermana suspiró y se puso en pie.

—Te estás equivocando. Es un buen hombre.

«Sí, un buen hombre que no ha dado señales de vida a sus hijas en veinte años», pensó Cassandra, pero se mordió la lengua.

—Estaba enfermo, Cassandra. Como yo —dijo, mirándola a los ojos con tristeza.

Ella sabía que aquello era un chantaje emocional, pero viniendo de su hermana, lo dejó pasar.

—No tiene nada que ver. Tú no eres como él.

—¿Y cómo lo sabes? Casi no le has dado oportunidad de explicarse.

—Hay cosas para las que ninguna explicación es satisfactoria.

—Eres demasiado dura con él.

Cassandra miró a Beatrice fijamente. Había cuidado de ella lo indecible; había estado con ella en todos los malos momentos; la había protegido como si fuera una hija. Sus palabras le sentaron como una bofetada. Era su vida la que había dedicado a su familia, sus años de adolescencia los que no había aprovechado por intentar suplir las figuras paternales que tanto necesitaba Beatrice. Y resulta que ahora estaba siendo demasiado dura con el hombre que las abandonó.

Una vez más, se mordió la lengua. Solo hacía esas concesiones con Beatrice, y en estos momentos más que nunca, atendiendo a su rehabilitación.

—¿Y qué me dices de mamá entonces? —quiso saber. De verdad le interesaba saber qué pensaba Beatrice de todo aquello. Si su padre era un alcohólico y su madre las había alejado de él, ¿quién tenía la culpa según Beatrice?

—Cometió un error. Hizo lo que pensó que era mejor para nosotras.

Cassandra cerró los puños y se arañó las palmas de las manos. Odiaba cómo Beatrice siempre encontraba la manera de disculpar cualquier comportamiento de su madre. Daba igual lo que hiciera: siempre estaba justificado. Y ahora estaba adquiriendo la misma dinámica con su padre. Pero algunas cosas no tienen justificación. Para Cassandra, ninguno de los dos la tenía.

—¿Y tú? ¿Qué piensas tú? —le preguntó Beatrice.

«Si te dijera lo que de verdad opino», pensó Cassandra, «tardarías menos de un minuto en desear beber unos cuantos tragos». Se encogió de hombros.

El timbre de su móvil la salvó de la situación. Se dispuso a contestar, pero al ver el nombre de John parpadeando en la pantalla cambió de opinión y silenció el tono.

—Bueno, cuéntame qué tal estás tú —dijo, cambiando de tema—. ¿Qué tal te encuentras?

—Estoy muy bien —respondió con una gran sonrisa—. Creo que esta vez es la definitiva, Cassandra. Creo que esta vez lo conseguiré.

—Pues claro que sí —respondió, y le acarició el pelo con cariño—. Lo estás haciendo muy bien. Estoy muy orgullosa de ti.

Sin previo aviso, Beatrice la abrazó.

—Muchas gracias por todo, Cassandra.

—No hay de qué, cariño, ya lo sabes. Siempre estaré aquí para ti.

El abrazo se prolongó durante un largo rato, durante el que Cassandra se permitió relajarse. Todo iba bien: Beatrice estaba entre sus brazos, sana y salva; feliz incluso. Si su hermana estaba bien, todo estaba bien. El mundo le pareció de pronto un lugar menos horrible.

Pero cuando Beatrice se separó de ella, de pronto se acordó de Gerard. No todo estaba bien. Aunque su hermana lograse recuperarse, aquella era una de esas cosas que te persiguen toda la vida. Su imaginación se puso en marcha y, como le había ocurrido alguna de aquellas noches en las que no lograba conciliar el sueño, se imaginó a Gerard encima de su hermana, y a Beatrice intentando resistirse, susurrando un apagado «no, por favor, no».

—¿Estás bien? —le preguntó Beatrice—. Te has puesto pálida de repente.

Cassandra se esforzó por asentir con la cabeza.

—Sí, es que hace mucho calor aquí.

Y no mentía. Se había puesto a sudar pensando en la fuerza que debió de haber hecho Beatrice para quitarse a Gerard de encima, sin conseguirlo. Oyó perfectamente el trino de los pájaros que le había descrito su hermana, que tanto la había impactado. «Me pareció irreal que afuera el mundo siguiera su curso, que los pájaros siguieran piando mientras él se abría paso en mi cuerpo a la fuerza. Por un momento pensé que solo era una pesadilla, una pesadilla macabra de la que me despertaría en cualquier momento… Pero aún no me he despertado, Cassandra, todos los días se repite la misma pesadilla», le había confesado aquella noche. La noche en la que volvió a beber. Beatrice había guardado silencio durante siete largos años, en los que había encontrado consuelo en su fiel amiga la botella. Y Cassandra siempre había estado a su lado, pero en realidad no sabía nada. Ahora que lo sabía no podía quedarse de brazos cruzados.

En ese momento, aquel hombre apareció por la puerta.

—¡Papá! —exclamó Beatrice, mirando de reojo con preocupación a Cassandra—. No sabía que vendrías hoy.

Él miró a Cassandra como disculpándose.

—No sabía que estarías aquí —dijo.

Cassandra sacudió la cabeza, haciendo bailar sus rizos pelirrojos. No pensaba montarle una escena; no delante de Beatrice.

—En realidad ya me iba.

Se acercó a su hermana y le dio un breve abrazo. Cuando pasó al lado del hombre para salir de la sala, se despidió secamente:

—Adiós, Robert.

Día 8

Roberto dio un puñetazo furioso a la mesa.

—Mierda —masculló.

Le dieron ganas de aporrear el teclado contra la pared, pero se contuvo; sabía que así no arreglaría nada.

Por un momento, cuando Cassandra había ignorado la llamada de John, había sentido un ramalazo de júbilo. Por fin le estaba poniendo en su lugar. Pero después, cuando ella había salido de la sala sin mostrar ni un ápice de interés en él, se había cabreado mucho. ¿Por qué no lograba que confiara en él? ¿No se daba cuenta de que solo quería protegerla? ¿Que quería verla feliz y tranquila, sin tener que aguantar el peso del mundo sobre sus hombros?

Se levantó y dio unos pasos nerviosos por su despacho. No sabía qué debía hacer a continuación. Solo tenía claro que debía ayudar a Cassandra aunque ella no quisiera. Y, por lo visto, no podía obligarla. Aquel personaje estaba tomando vida propia, no era capaz de dominarla. Normalmente, él era el que controlaba sus historias, no al revés. Pero Cassandra siempre actuaba como quería, no como él deseaba. Cuando deslizaba sus dedos por el teclado, intentando describir la escena que tenía en mente, de repente salían otras palabras distintas a las que quería decir. Cassandra tomaba el control y guiaba la historia, pero no se daba cuenta de que de esa forma él no podía hacer nada por ayudarla.

Roberto paró en seco y se mordió la uña del pulgar, pensativo. De pronto, entrecerró los ojos y esbozó una leve sonrisa mientras asentía con la cabeza. Sí, tal vez eso pudiese servir. No había nada que Cassandra pudiera hacer para evitarlo.

Ensanchando la sonrisa, Roberto regresó a su escritorio.

* * *

Alina estaba sentada sobre la cama, untándose crema de manos,

cuando Roberto entró en la habitación sonriendo, después de haberse lavado los dientes y preparado para dormir. El corazón le dio un vuelco. No sabía cómo empezar la conversación, así que carraspeó. Como no consiguió llamar la atención de su marido, probó a hacerlo más fuerte. Roberto la miró con curiosidad y ella se bloqueó. Tragó saliva mientras lo miraba y se frotaba las manos con fuerza, como si no hubieran absorbido ya toda la crema.

—Roberto… —empezó a decir mientras su marido apartaba las sábanas de su parte de la cama para meterse en ella.

—Dime.

—Últimamente estoy algo preocupada por ti —susurró. Apenas le salía la voz. Tenía miedo, aunque no sabía muy bien de qué. Como Roberto no contestó, continuó con timidez—: Estás muy distante y se te ve siempre muy preocupado…

Lo miró y sintió un ramalazo de cariño. Aquel era Roberto, su marido, por el amor de Dios. Antes se lo contaban todo, y ahora sacar cualquier tema le costaba un gran esfuerzo. No entendía qué había ocurrido con ellos, con su matrimonio, con su vida perfecta, ni cuándo había ocurrido. ¿Había sido de un día para otro como le parecía a ella, o había habido un montón de indicios que había pasado por alto?

—¿Quieres contarme qué te ocurre? —insistió. Le cogió de la mano con suavidad, como hacían antes. Como siempre que alguno de los dos tenía alguna preocupación, y el otro le cogía de la mano y lograba sacarle las palabras, y entonces el asunto en cuestión pasaba a formar parte de los dos, y luchando ambos contra ello la victoria estaba asegurada.

Roberto debió de sentir algo parecido, porque contestó:

—Sí que estaba preocupado, cariño. Pero creo que las cosas por fin van a encauzarse.

Alina tuvo que contenerse para no ponerse a llorar; no recordaba la última vez que se había referido así a ella. Tal vez, después de todo, todo fueran imaginaciones suyas; tal vez él estaba demasiado centrado en su trabajo y no se había dado cuenta; ahora lo arreglarían, como siempre habían arreglado cualquier obstáculo que se les hubiera interpuesto en el camino, y volverían a ser felices. «Los

tres», pensó con una sonrisa, «tengo que decírselo en cuanto resolvamos lo que le preocupa».

—¿Y por qué lo estabas? —le preguntó mientras le acariciaba la mano.

—Porque tengo que ayudar a alguien que no quiere mi ayuda, y esa persona… esa persona corre el peligro de hundirse si no deja que la ayude, ¿sabes?

—¿Y qué clase de ayuda necesita? —Alina deseó que él fuera más explícito.

—Necesita que la proteja. Solo me tiene a mí.

Al instante, Alina se acordó de aquellas palabras escritas en los apuntes de Roberto: «Debo protegerla. Solo me tiene a mí». Se mordió el labio, pensando cómo abordar la cuestión sin delatar su incursión al ordenador de su marido.

—¿De quién se trata? —preguntó con cautela.

—Se llama Cassandra.

Ella tragó saliva. No podía ser la misma Cassandra, ¿verdad? Se le ocurrió que tal vez Roberto estuviese buscando un consejo para su novela lo más realista posible; y no había mejor forma que conocer la opinión de alguien que pensase que estaba hablando de una persona real.

—Y… ¿qué le ocurre exactamente?

Roberto retiró su mano de repente, y a Alina se le cayó el alma a los pies. El instante de acercamiento había pasado. De pronto, su marido había vuelto a poner distancia entre los dos. Mucha distancia. Con un muro de hielo entre ambos. Sin embargo, contestó a su pregunta:

—Tiene miedo.

Alina no pudo evitar arquear las cejas. ¿Miedo? ¿Acaso no tenemos todos miedo? ¿Qué mierda de problema era aquel? Un instante después, se mofó mentalmente de sí misma. Lo importante no era el problema de aquella Cassandra, sino el de su marido. A Alina le parecía evidente que algo no iba bien en él. ¿Qué clase de persona habla de un personaje imaginario como si fuera real? ¿Hacían todos los escritores lo mismo? En todos estos años, ella nunca le había oído

hablar de esa manera. Por supuesto que hablaba de sus personajes con cariño, con orgullo, con devoción incluso, pero esto era distinto. Algo no iba bien.

Debió de tardar demasiado en continuar la conversación, porque su marido se dio media vuelta en la cama, dándole la espalda, y se arrebujó bien bajo la ropa, señal inequívoca de que iba a tratar de conciliar el sueño. Alina sintió como si hubiera recibido una bofetada. No solo no había podido contarle que estaban esperando un bebé, sino que se había quedado muy preocupada. Pensó en confesarle que había estado fisgando en su ordenador para así poder poner las cartas sobre la mesa, pero sabía que aquello solo los separaría más. Sin embargo, era cuestión de tiempo: antes o después tendría que salir el tema. Aquello no era una simple excentricidad, era extraño y desde luego no le hacía ningún bien a Roberto.

Añadió aquello a la lista de cosas que contarle a su marido.

Capítulo 9

La mujer, desde el umbral, le dirigió una fugaz mirada de extrañeza, pero enseguida puso cara de entender.

—Oh, debes de ser la canguro. —Su voz era tan aguda que a Cassandra le chirrió en los oídos. Era una de esas personas que le caía mal en la primera impresión.

—Adele —confirmó, sin poder evitar fijarse en las ojeras que surcaban su rostro.

La mujer asintió y miró hacia el interior de la casa con nerviosismo.

—Siento no haberte llamado. Bueno, la verdad es que ni siquiera tengo tu teléfono. Qué demonios, ni siquiera sabía tu nombre hasta ahora; Gerard siempre se refiere a ti como «la canguro». —Hablaba atropelladamente, con mucha rapidez y sin demasiado sentido. Soltó una risotada nerviosa y añadió—: Ni siquiera me he presentado, qué desastre. Soy Johanna, la madre de Colette. —Le tendió una mano que Cassandra aceptó con desagrado, y retiró la suya enseguida, asqueada al percibir el sudor.

—¡Adele! —De repente, Colette apareció como de la nada—. ¡Estás aquí! ¡Papá está malito en el hospital!

Cassandra no pudo evitar arquear las cejas, sorprendida.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Johanna, pero fue Colette quien respondió:

—¡Se cayó por la calle! Dice que fue por ir corriendo por ahí como pollo sin cabeza, como yo. —Se rió y añadió—: Ahora debo tener más cuidado, ¿sabes?

Cassandra le dirigió una sonrisa a Colette y a continuación una furtiva mirada de extrañeza a Johanna, que se encogió de hombros.

—¡Pero dice que enseguida estará bien! Solo está allí porque así los médicos le pueden curar mejor, pero enseguida volverá a casa. ¡Y le estoy haciendo un montón de dibujos para cuando llegue! ¡Voy a enseñártelos! —Y salió corriendo de nuevo al interior de la casa.

Las dos mujeres guardaron silencio unos instantes hasta que Johanna lo rompió al decir con voz temblorosa:

—Le han dado una paliza. Casi lo matan.

Cassandra tragó saliva. ¿Una paliza? ¿Cuáles eran las probabilidades de…?

—¡Mira, Adele! ¿Te gustan?

Colette sostenía frente a ella tres dibujos, mostrándoselos muy orgullosa. Se recompuso y logró fingir entusiasmo al exclamar:

—¡Vaya! ¡Están muy bien, Colette! Estoy segura de que a tu papá le gustarán mucho.

—¡Lo sé! Estoy deseando que vuelva. No me dejan ir a verle, ¿sabes? Dicen que soy muy pequeña —dijo, haciendo un puchero de desdén.

—Bueno, Adele, siento mucho que hayas venido para nada. Te pagaré. —Johanna buscó en su bolsillo, distraída—. ¿Cuánto te paga Gerard?

Absurdamente, Cassandra se preguntó si aquella mujer seguía enamorada de Gerard o simplemente se encontraba en estado de shock. «Qué más da», pensó. Sacudió la cabeza.

—No importa, no pasa nada.

Johanna asintió con la cabeza; no se encontraba con fuerzas para insistir.

—Le diré a Gerard que te llame cuando regrese a casa, ¿vale? —le dijo, cerrando ya la puerta.

—De acuerdo —contestó Cassandra, asintiendo con la cabeza. Y, dirigiéndose a la pequeña, añadió—: ¡Nos vemos, Colette!

—¡Adiós, Adele! —exclamó la niña con una sonrisa.

Johanna le hizo un gesto con la cabeza y cerró la puerta.

Cassandra pasó un par de minutos parada ante la puerta que acababa de cerrarse, pensativa. Después dio media vuelta y mientras bajaba los escalones sacó su móvil del bolso. Buscó entre las llamadas recibidas hasta dar con el número que le interesaba y lo marcó. Caminó con rapidez para alejarse lo antes posible de aquella casa. Cuando Robert contestó, sin ni siquiera saludarlo, espetó:

—¿Por qué coño lo has hecho? Te dije que no quería tu ayuda.

—Buenas tardes, Cassandra —respondió él con sarcasmo—. Te dije que yo tampoco me quedaría de brazos cruzados.

—Te dije que no te metieras.

—Y yo que no dejaría que te metieses en líos.

—No tenías derecho a hacerlo.

—¿Y qué pensabas hacer tú? ¿Eh, Cassandra? Dime, ¿cuál era tu plan?

Ella se quedó callada unos instantes. Él tenía razón: aún no tenía ningún plan, pero no era eso lo que estaban discutiendo.

—Se me ocurriría algo. Eran mis asuntos, no los tuyos, joder.

—Todo lo que tenga que ver con mis hijas es asunto mío, ¿no te parece?

Cassandra soltó una carcajada despectiva.

—¿En serio? ¿Ahora somos asunto tuyo? Hasta ahora lo hemos hecho muy bien sin tu ayuda, muchas gracias.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué hiciste? ¿Contratar a unos matones? ¿De esos que debiste de conocer en tu época de borracho?

Robert suspiró, dolido. Cassandra no se equivocaba demasiado. Cuando uno toca fondo conoce a gente poco recomendable. Gente que hace cualquier cosa por un poco de dinero que le permita pagarse una botella o un chute de cualquier porquería.

—Mira, Cassandra, lo he hecho por ti. No quería que…

—No quiero que hagas nada por mí —lo interrumpió ella, hablándole con voz dura—.No quiero nada de ti. No te quiero en mi vida. Para mí no existes, ¿entiendes?

Robert tragó saliva. Iba a decir algo, pero el tono del teléfono indicando que su hija había colgado lo dejó con la palabra en la boca.

Cassandra arrojó el móvil dentro del bolso, cabreada. Aquel hombre le había privado del placer de vengarse de Gerard. Había metido sus estúpidas narices en sus asuntos, y eso la enervaba.

—Joder —susurró mientras apretaba el paso—. Joder, joder, joder.

De pronto, se paró en seco y buscó dentro de su bolso hasta sacar el móvil de nuevo. Hizo una búsqueda en *Google* y se llevó el

aparato a la oreja. Cuando contestaron, dijo:

—Buenas tardes. Quería saber si una persona se encuentra ingresada en ese hospital.

* * *

Gerard parecía muy vulnerable tumbado en aquella cama de sábanas ahora grisáceas. Tenía la cara hinchada y amoratada, y uno de sus brazos estaba escayolado. Cassandra sintió cómo una sensación de perverso placer le recorría el cuerpo. Él le dirigió una mirada de curiosidad en cuanto ella cruzó el umbral de la puerta, como si le sonara su cara pero no consiguiera recordar de qué.

—¡Adele! —exclamó finalmente. Frunció ligeramente el ceño y a continuación añadió—: ¿Qué haces aquí?

Cassandra no respondió. Lo miró mientras se acercaba con lentitud a la cama. Él frunció el ceño, extrañado, y de pronto en su rostro asomó un gesto de comprensión.

—¡Oh, mierda, es verdad, hoy tendrías que cuidar de Colette! Siento no haberte llamado… —Se le apagó la voz a medida que terminaba la frase; probablemente se había dado cuenta de que no tenía mucho sentido disculparse por eso en aquellas circunstancias. Después añadió—: No hacía falta que vinieras.

Cassandra sonrió. Oh, sí que hacía falta, ya lo creía que sí.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con voz melosa, y pudo ver cómo Gerard se sorprendía.

—Me dieron una paliza.

Ella enarcó las cejas y asintió con la cabeza, sin mostrar ningún asomo de asombro. Gerard, confuso, añadió:

—Casi me matan.

—¿Y se sabe quién ha sido? —preguntó Cassandra mientras acariciaba con un gesto estudiadamente casual el borde de la cama.

Él empezó a negar con la cabeza, pero luego volvió a fruncir el entrecejo, en una pregunta sin formular en voz alta. Cassandra le devolvió la mirada, abriendo mucho los ojos.

—¿No tienes ni idea de quién ha podido ser? —insistió con fingida inocencia. ¿Qué sentido tiene darle una paliza a alguien sin

que sepa por qué? ¿Acaso pensaba Robert que Gerard era adivino o qué? Sintió su respiración acelerarse. Aquel hombre no solo se había metido en sus asuntos, sino que además no lo había hecho nada bien.

Gerard se sintió incómodo. No entendía muy bien qué estaba ocurriendo. Sin embargo, optó por ser cordial.

—No se sabe nada, no —dijo en tono neutro.

—Tal vez tengas enemigos por ahí —sugirió Cassandra, retorciendo un mechón de pelo rojo con sus dedos.

—Escucha, Adele, te agradezco la visita, pero estoy muy cansado…. Me gustaría descansar un poco.

Ella observó cómo la mano de él se acercaba lentamente al timbre con el que se avisaba al servicio de enfermería.

—¡Vale, te dejo descansar! —exclamó con alegría, y le dio la espalda para dirigirse hacia la puerta.

A medio camino se giró y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—-Beatrice.

Una vez más, Gerard frunció el ceño.

—¿Qué?

—Vamos, ¿ni siquiera la recuerdas?

—Oye, Adele, no sé de qué va esto, pero…

—Te refrescaré la memoria —lo interrumpió Cassandra—. Salíais juntos de marcha. A ella le gustabas, se podría decir que érais amigos. Y un día la violaste. —Tragó saliva al decir esto último.

—¡¿Qué?! —exclamó Gerard tras unos segundos de silencio. Cassandra se dio cuenta de que su sorpresa era fingida.—. ¿De qué estás hablando?

—Hablo de que esto —abarcó la habitación con un gesto del brazo— es lo que ocurre cuando le haces daño a alguien.

—¿Estás loca? —insistió él—. ¡No sé de qué cojones me estás hablando!

—¿Cómo puedes haberla borrado de tu mente, sin más? —Cassandra cerró los puños.

—¡No! ¡Por supuesto que me acuerdo de Beatrice! ¡Pero jamás le hice daño! Ella… un día dejó de responder a mis llamadas. Nunca supe por qué.

—No te creo —espetó Cassandra.

—Lo que te digo es cierto —insistió él—. Llevábamos meses tonteando y cuando por fin… —tragó saliva, confuso— cuando por fin nos acostamos, me ignoró.

—¡Mientes! —exclamó ella, cabreada. Su mentira se podía oler a kilómetros de distancia. Era el típico delincuente que limpia su conciencia a base de convencerse de su verdad inventada. El típico violador que se convence de que en realidad ella sí quería, y que sus negativas formaban parte del juego.—. ¡Eres un puto mentiroso!

—¿Tú has hecho que me dieran una paliza? ¿Y quién coño eres, a todo esto?

Cassandra meneó la cabeza.

—No, por desgracia no he tenido el placer de ser yo quien te diera esa paliza, pero no me das ninguna pena. Ojalá te hubieran matado.

—Mierda —dijo de pronto Gerard, palpando la mesita que había al lado de la cama—. ¡Colette!

—Nunca le pondría la mano encima a Colette, puedes estar tranquilo —dijo Cassandra en voz alta, y después se inclinó sobre él hasta susurrarle al oído—: sin embargo, vas a tener que andarte con mucho ojo a partir de ahora.

—¡Estás loca, tía! ¡Aléjate de nosotros! ¡Ni se te ocurra volver a acercarte a Colette, ¿me has oído?!

—Cuídate las espaldas, Gerard —se despidió ella mientras se dirigía a la puerta.

—¡Cassandra! —exclamó de pronto él, lo que hizo que ella se quedase parada un segundo, aunque inmediatamente siguió andando como si no lo hubiera oído—. Eres tú, ¿verdad? Quizá seas tú la que deba vigilar sus espaldas.

Cassandra se giró y clavó su mirada en él.

—No me das miedo —afirmó con tranquilidad. Y lo decía en serio: en aquel momento no sintió ningún temor.

—Pues deberías —contestó él con el mismo tono de voz que había empleado Cassandra: pausado y carente de toda emoción.

* * *

Salió del hospital con el pulso acelerado. Por una parte, estaba muy cabreada con Robert. Lo había hecho todo mal. Sí, muy bien, Gerard estaba en una cama de hospital, pero ¿y qué? ¡Si ni siquiera sabía por qué, por Dios! Sintió ganas de gritar y prácticamente trotó todo el camino hasta la estación de tren.

Durante todo el viaje llevó las uñas clavadas en las palmas de sus manos, intentando contener su ira. ¿Cómo podía aquel tío negar lo que le había hecho a Beatrice? Se le pasó por la mente que su sorpresa parecía haber sido auténtica, pero rechazó ese pensamiento automáticamente.

De nuevo tuvo la incómoda sensación de que todo estaba escapando a su control y eso le hizo sufrir un pequeño ataque de ansiedad en la última parte del trayecto. Logró controlarlo a duras penas concentrándose en su respiración y en el dolor que sentía en sus carrillos y las palmas de las manos. Cuando por fin el tren entró en la estación en la que debía bajarse, se levantó con decisión de su asiento, y tras una última sacudida del vagón, salió y dirigió sus pasos a la casa de su madre.

* * *

La recibió como siempre, con un rostro carente de emoción y un «a mí qué me importa» pintado en sus ojos. Ni siquiera se molestó en saludarla.

—¿Por qué no nos dijiste nada? —siseó, amenazante.

Como respuesta, únicamente recibió la mirada de su madre, en la que creyó detectar una mezcla de miedo y curiosidad.

—¿Cómo pudiste engañarnos todo este tiempo? ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

Recorría a grandes zancadas el recibidor, dibujando círculos alrededor de su madre, como un animal acechando a su presa. Su madre agachó la cabeza y dejó de mirarla.

—¡¿No vas a decir nada, joder?! ¿Ni siquiera en estas circunstancias tienes nada que decir?

Se paró frente a ella y la miró directamente a los ojos. La mujer los cerró. Cassandra la cogió de los hombros y le exigió:

—¡Habla! ¡Joder, habla, dime algo, comunícate!

No obtuvo respuesta. La mujer permanecía con los ojos cerrados, sin moverse. Cassandra sintió su corazón golpeándole el pecho. La ansiedad se abrió paso por todo su cuerpo y empezó a temblar.

—¡Joder, di algo! ¡Di algo! —gritó, escupiendo sin querer en la cara de su madre—. ¡Que digas algo! —Empezó a zarandearla casi sin darse cuenta, mientras gritaba como si fuera un mantra—: ¡Que digas algo, joder! ¡Que digas algo!

Entonces vio una lágrima rodando por la mejilla de su madre y levantó la mano para abofetearla. Una puta lágrima, eso era todo lo que tenía en su interior. Una mierda de lágrima.

Su mano se detuvo a escasos milímetros del rostro de su madre. Cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer, se quedó sin respiración. Bajó el brazo muy despacio, con todo el cuerpo temblándole, y tragó saliva.

De nuevo había perdido el control. Todo se estaba desmoronando a su alrededor. Se pellizcó el muslo hasta que fue capaz de serenarse un poco y miró a su madre, que seguía teniendo los ojos cerrados y estaba encogida como si esperase la bofetada que nunca llegó.

Cassandra se dio la vuelta y se marchó sin pronunciar ni una palabra. Bajó los cuatro pisos trotando por las escaleras y cuando llegó a la calle echó a correr.

Día 9

Roberto cerró los ojos y se los cubrió con las manos. Aquello, desde luego, no era lo que él quería. Pensaba que Cassandra le agradecería que se hubiese ocupado de Gerard por ella, pero había sido todo lo contrario. La había empujado a un abismo del que podría saltar en cualquier momento. Joder, no entendía cómo aquello podía habérsele ido tanto de las manos.

Cerró el archivo y entró en el navegador para abrir su perfil de Facebook. De vez en cuando publicaba alguna que otra actualización para mantener el interés de sus seguidores, pero casi siempre que entraba en aquella red social era para ver el perfil de Cassandra. Ella le había enviado una solicitud de amistad después de la firma de libros en la que se conocieron, y él la había aceptado, como hacía con todos sus seguidores. Durante la firma de libros no le había llamado especialmente la atención; siempre se ponía nervioso en aquellos acontecimientos y su pensamiento solía estar puesto en salir de allí cuanto antes. Sin embargo, cuando desde la comodidad de su despacho había visto su fotografía de perfil, no había tenido ninguna duda. Ese pelo rojizo, las pecas que salpicaban su rostro, la expresión pícara de sus ojos… todo era tal y como lo recordaba. Por si fuera poco, su apellido no dejaba lugar a ninguna incertidumbre. Entonces hizo memoria y trajo al presente el momento en el que le había firmado el libro. Ella había sonreído agradecida y, mientras recogía su libro, le había dicho: «has sido muy amable».

Desde entonces, Roberto había querido acercarse a ella, pero se lo estaba poniendo muy difícil. Quién iba a pensar que aquel ángel de fragancia afrutada que tan amablemente le había agradecido su libro dedicado iba a convertirse en aquella fierecilla indomable. Quién iba a pensar que le iba a costar tanto abrirse paso hasta su corazón. Roberto necesitaba que ella le perdonase todos aquellos años de ausencia, pero las cosas no estaban saliendo como él había pensado.

Suspiró y con sus dedos pegados a la pantalla, recorrió el óvalo

del rostro de la fotografía de perfil de Cassandra. Seguidamente, curioseó sus últimas publicaciones; nada fuera de lo común: un par de fotografías con aspecto de no tener importancia. Pero Roberto sabía que cada fotografía que se colgaba en Internet proporcionaba detalles importantes de la vida de las personas. Incluso la foto más inocente puede contener cantidad de información que en realidad no se quiere transmitir.

Por detalles así tenía un montón de información sobre Cassandra, y lo agradecía, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que cualquiera podría usar esa información con fines no deseables.

«*Has sido muy amable*». Saboreó las palabras en su memoria y sonrió. De una forma o de otra, terminaría llegando a ella.

* * *

—¿Qué tal estás? —le preguntó Ana, dándole un pequeño apretón en el hombro.

Alina se giró y sonrió con tristeza.

—Bien —mintió.

Ana se sentó a su lado en el sofá y quitó el volumen a la televisión.

—¿Se lo has contado? —preguntó, aunque intuía la respuesta.

Su hermana sacudió la cabeza con pesar.

—No he encontrado el momento.

Ana la miró con dulzura. Le dolía ver a Alina pasándolo mal.

—Lo encontrarás, no te preocupes.

—Debería haber llegado ya.

Ana tragó saliva y se retorció los dedos de la mano antes de preguntar:

—Pero no estás preocupada solo por eso, ¿verdad?

Su hermana cerró los ojos, intentando apartar de su mente los pensamientos que la acechaban.

—Encontraste algo en su ordenador, ¿no es así? —insistió la otra, pero no obtuvo contestación.

Alina recordó la impresión que le produjo ver todo aquello en el ordenador de Roberto, pero desde entonces había logrado

convencerse de que formaba parte de su oficio de escritor.

—Nada fuera de lo común —respondió, deseando que su voz sonara más convencida—. Apuntes sobre su novela, ese tipo de cosas.

Ana se dio cuenta de que su hermana no la miraba a los ojos mientras le respondía, señal inequívoca de que la estaba mintiendo. Sin embargo, decidió no insistir. En cambio, se sinceró con Alina:

—He quedado esta tarde con Carlos.

Su hermana abrió mucho los ojos y la miró asombrada. Por su reacción, Ana supo que la noticia no le gustaba nada, pero intentó disimular.

—¡Vaya!, ¿y eso?

—La visita del otro día… me hizo pensar.

Ana se abstuvo de soltar un comentario irónico. Pensaba que Ana iba a cometer un error.

—Solo vamos a charlar, ya sabes. Se equivocó, pero todos merecemos una segunda oportunidad, ¿no?

Alina no pensaba contestar a aquella pregunta. De todas formas, su hermana no esperaba que lo hiciera; simplemente estaba pensando en voz alta. O, más bien, convenciéndose a sí misma en voz alta.

—Carlos es una de las mejores personas que conozco —continuó—. No tiene sentido arruinar nuestro matrimonio por un traspiés. Me podría haber pasado a mí también. Le podría ocurrir a cualquier persona. —Cuando dijo esto, miró a Alina con curiosidad. Se preguntaba si su hermana habría encontrado pruebas de una infidelidad de Roberto en el dichoso ordenador. Pero no había forma de que soltara prenda.

De pronto, abrazó a su hermana y la besó en la frente.

—Necesitas estar tranquila —le dijo mientras le acariciaba el vientre.

Alina asintió con la cabeza y sonrió.

—Lo estaré. En cuanto se lo cuente a Roberto.

—¿Quieres que vaya a buscarlo a su despacho?

Su hermana sacudió la cabeza.

—Iré yo misma.

Capítulo 10

Estaba sentada en el suelo de su habitación, con la espalda apoyada en la cama, los brazos rodeando sus piernas encogidas y la cabeza escondida entre las rodillas. Se sentía muy perdida y no podía dejar de reprochárselo constantemente. Recordó cuando, hacía años, siendo apenas una niña, había descubierto a Beatrice escondida en su habitación, en la misma postura que ahora mismo había adoptado ella. Beatrice estaba llorando muy desconsolada, y su cuerpo temblaba sin control. Cassandra se había acercado a ella y en vez de ver a una hermana mayor, vio a una niña asustada que necesitaba una protección que su madre no le proporcionaba.

—¿Qué te pasa? —le había preguntado con delicadeza.

Beatrice la miró como si la viera por primera vez, como si ella también se hubiera percatado del cambio de papeles que se estaba produciendo entre ambas.

—Echo de menos a papá —confesó con la voz llorosa.

Cassandra la abrazó y no dijo nada; dejó que llorase en su regazo durante horas, y en ese tiempo había tomado una decisión: ella se ocuparía de todo. No soportaba ver a su hermana sufrir de aquella manera, así que ella tomaría el mando. Si su madre no podía hacerlo, Cassandra lo haría. Siempre protegería a su hermana, pasara lo que pasase. Se lo prometió en silencio.

Ahora, en su propia habitación, Cassandra esbozó una sonrisa irónica. Estaba incumpliendo su promesa, se estaba dejando arrastrar por los acontecimientos en vez de tenerlos bajo control, como siempre había hecho. Aquello no estaba bien. Y por primera vez en su vida, notaba que perdía el control sobre su comportamiento, y aquello era algo que no se podía permitir. Sacudió la cabeza, desesperada. No sabía qué hacer a continuación.

Un sonido en su móvil hizo que abriera los ojos. Echó un vistazo y vio que tenía un mensaje nuevo en Facebook. Le llamó la atención porque no solía mantener conversaciones con nadie por

aquel medio. Cogió el móvil mientras con la otra mano se restregaba los ojos hinchados y vio que no conocía al remitente. El mensaje decía: «*¿Qué tal está Beatrice?*». Extrañada, pinchó en el nombre del usuario para ver su perfil, pero estaba vacío. No había nada, ni fotografías, ni publicaciones. Era evidente que era un perfil recién creado, solo para enviarle aquel mensaje. Volvió a la ventana de chat y escribió: «*Quién eres*?». No apartó los ojos de la pantalla mientras la persona escribía una respuesta. Se mordió los carrillos con nerviosismo. Aquella era otra prueba de que todo se le estaba escapando de las manos. Cuando al fin llegó la respuesta, la leyó con ansia: «*Me he enterado de que está ingresada. Es una pena, pero espero que se recupere. No le deseo ningún mal, ni tampoco a ti, a pesar de nuestras diferencias*». Enseguida se dio cuenta de que aquellas palabras, en apariencia amables, escondían una amenaza.

Gerard, pensó Cassandra. Recordó las palabras que él pronunció mientras salía de la habitación del hospital, después de decirle que no le tenía miedo: «*pues deberías*». Notó que le temblaban las manos y buscó una buena respuesta en su cabeza, pero no lograba encontrar ninguna. Sin embargo, se negaba a dejar que ese cabrón pensara que sus palabras le habían causado alguna conmoción. Deslizó con rapidez los dedos por la pantalla y escribió: «*vete a la mierda. No te tengo miedo*».

Notó que una lágrima se le escapaba del ojo y corría por su mejilla, y se apresuró a limpiarla. Ella nunca lloraba, no se lo podía permitir. Llorar era solo para la gente débil que no podía encontrar la manera de encarrilar su vida y optaba por venirse abajo. Cassandra nunca se lo había permitido y no iba a empezar ahora. Furiosa, frotó su mejilla con fuerza, como si así además de la lágrima pudiera borrar la vergüenza que le producían sus sentimientos. En el fondo, sabía que sí tenía miedo, pero no lo iba a admitir, porque si lo admitía corría el peligro de hundirse del todo.

La respuesta llegó con rapidez: «*No entiendo por qué dices eso. Creo que te has equivocado de destinatario. Yo solo te preguntaba qué tal está Beatrice y si puedo hacer algo para ayudaros. Ya sabes, si quieres que vaya a hacerle compañía o algo así*».

Cassandra sintió que otra lágrima se deslizaba por su mejilla y de nuevo se apuró a hacerla desaparecer. Se frotó la cara hasta que le empezó a escocer y luego no paró; encontraba cierto alivio en el dolor que le producía. Entonces llegó otro mensaje: «*Por cierto, dale recuerdos a tu padre de mi parte*». Ella tecleó una respuesta apresuradamente y, acto seguido, tiró el móvil lejos de ella. Volvió a abrazarse las piernas y clavó las uñas en su carne con fiereza.

Día 10

Aquella palabra parpadeaba ante sus ojos, como si se burlara de ella. *LOGIN*… Cada día, Roberto veía aquel vocablo iluminado en su pantalla, y acto seguido metía su contraseña y se introducía en aquel mundo imaginario que le estaba separando de ella.

La tarde anterior no había conseguido hablar con él. Había llamado a la puerta cerrada del despacho pero no había tenido contestación. Insistió un par de veces, imaginando que Roberto estaría tan concentrado en aquella puñetera historia que no se estaba percatando de sus toques en la puerta, y a la tercera abrió la puerta sin más. Aquello sí llamó la atención de su marido, que la miró con fastidio.

—¿Qué quieres? —había preguntado con la voz cortante.

—Quería hablarte de algo —dijo Alina, entrando en el despacho.

—No es buen momento. Estoy en mitad de un capítulo.

Entonces ella se había enfadado. Ya estaba bien. Llevaba esperando días para contarle que estaba embarazada, por el amor de Dios. ¿En qué clase de matrimonio podía ocurrir una cosa así? Era una noticia maravillosa, una noticia que él habría tenido que saber desde el primer día, y deberían haberse dedicado a celebrarlo, a curiosear catálogos de puericultura entre risas y besos, más unidos que nunca.

Pero no, había sido todo lo contrario: ella había tenido que perseguirle por toda la casa mendigando una pizca de atención. Pero él solo había mostrado interés en aquella puta novela que le tenía sorbido el coco.

—Es importante —dijo con sequedad.

Roberto hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Más tarde.

—No. Ahora —dijo Alina, sorprendiéndose a sí misma. Notó que también había sorprendido a Roberto, aunque de nuevo insistió:

—Después. Es importante que termine este capítulo.

Alina perdió la paciencia.

—¿Ah, sí? —exclamó—. ¿Es importante que termines el capítulo? ¿La novela entera, quizá? ¿Es más importante que tu propia vida?

Roberto la miró con extrañeza y contestó, como si fuera lo más evidente del mundo:

—Es que *esta* es mi vida, Alina.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Esa es tu vida? ¿De verdad? ¿Y dónde quedo yo en todo esto, dime?

Roberto chasqueó la lengua con fastidio y echó un vistazo fugaz a la pantalla. Cassandra estaba a punto de derrumbarse. Definitivamente, no era un buen momento.

—Ahora no, Alina, podemos hablar de ello después.

—¡Estás loco! —gritó ella—. ¡Estas jodidamente chalado! Lo único que te importa últimamente es esa mierda de novela… y yo… ¿dónde quedo yo?

Roberto la miró y un atisbo de preocupación asomó a su rostro. No entendía qué le ocurría a su mujer. Era cierto que últimamente estaba dedicándole más tiempo a su novela, pero era lógico. Era su vida, por el amor de Dios, y debía ayudar a Cassandra. Fuera lo que fuera lo que quisiera decirle Alina, podía esperar unos minutos. En cambio, Cassandra estaba a punto de hundirse y debía evitarlo. ¿Es que no era evidente?

—¡Estoy hasta las narices de esto! ¿Me oyes?

Roberto asintió con la cabeza.

—Te oigo, Alina, pero de verdad tengo que terminar esto. Es muy importante, ¿vale? Luego hablamos.

Ella abrió la boca para protestar, pero finalmente sacudió la cabeza como si no se pudiera creer lo que estaba oyendo. Se dio la vuelta y abrió la puerta para salir mientras murmuraba:

—Estás loco.

Agradeció que Ana estuviera en la ducha preparándose para su cita con Carlos y no pudiera preguntarle qué tal le había ido, porque

no sabía qué podría responder. Además de cabreada, estaba preocupada por Roberto. Sabía que su comportamiento no era normal. Por mucho que hubiera intentando engañarse, estaba claro que algo iba mal en él. Debía hacer algo para ayudarlo, pero no sabía qué. De pronto, se sintió muy sola. Sin embargo, evitó a su hermana hasta que se marchó porque no le apetecía hablar.

Roberto debió de perder la noción del tiempo, o simplemente no le interesó salir a su encuentro para charlar, porque pasó el resto de la tarde y toda la noche en su despacho. Ella no le volvió a interrumpir y aprovechó para pensar qué podía hacer para que entrase en razón. Tampoco tuvo que vérselas con Ana, que le envió un mensaje diciendo que pasaría la noche fuera y que todo iba bien, que no se preocupase. Aunque Alina se preocupó igual porque pensaba que su hermana se estaba precipitando. Hacía apenas unos días tenía claro que no podía estar con Carlos, y ahora barajaba la posibilidad de volver con él. Entendía que su hermana amaba a Carlos, aunque estuviera enfadada con él, pero pensaba que estaba cometiendo un error.

A media tarde, Roberto había salido de su despacho y se había dirigido directamente a la ducha, sin cruzar palabra con ella. Seguidamente había desaparecido en su habitación y Alina no había vuelto a saber de él. Hacía media hora había entrado con sigilo y había comprobado que estaba durmiendo; debía de haber pasado la noche en blanco, encerrado en aquel despacho.

Alina suspiró. Hizo una mueca de disgusto y escribió la contraseña que le dio acceso a los documentos de Roberto. Se le había ocurrido esa idea cuando vio que su marido dormía profundamente. Era un buen momento para curiosear en su ordenador sin peligro. Tal vez encontrara algo nuevo que le diera una pista sobre lo que debía hacer. Abrió de nuevo la novela en la que su marido trabajaba con tanto ahínco y leyó los capítulos que había añadido desde la vez en que ella había abierto aquel archivo.

Cuando terminó, se le ocurrió algo. Su marido estaba obsesionado con aquel personaje, Cassandra, hasta el punto de tener la convicción de que de verdad debía ayudarla. ¿Y si…? No, era una

locura. Pero… ¿y si funcionaba? ¿No dicen que muerto el perro, se acabó la rabia? ¿Acaso no era todo aquello una locura ya de por sí? ¿Qué perdía por intentarlo?

Tragó saliva y se mordió los carrillos, nerviosa. Miró a la pantalla y asintió con la cabeza para darse ánimos. Después apoyó las manos en el teclado y empezó a escribir.

Capítulo 11

Cassandra notaba la camiseta pegada al cuerpo por el sudor. Su respiración era agitada y sus piernas le pedían clemencia. Llevaba dos horas corriendo sin parar, dando vueltas a aquel parque abandonado, rodeando una y otra vez la zona de columpios herrumbrosos que hacía años que no visitaba ningún niño. De pronto se dio cuenta de que ya había oscurecido. Pensó que era hora de regresar a casa y le dio la impresión de que sus músculos estarían muy agradecidos, pero su mente opinaba otra cosa.

Decidió dar la última vuelta y encaminó sus pasos de nuevo hacia la zona de los columpios. De pronto, escuchó unos pasos acompasados a los suyos a su lado y miró por el rabillo del ojo para descubrir a un hombre unos diez años mayor que ella que le sonreía.

—No es fácil seguirte el ritmo —comentó a modo de saludo.

Cassandra lo ignoró y aceleró el paso, pero el sobreesfuerzo que ya llevaba a sus espaldas le impidió coger su ritmo acostumbrado. Le fastidiaban esas personas que querían entablar conversación con desconocidos, y esperaba haberle dejado claro que no estaba interesada en charlar mientras corría. Bueno, ni mientras corría ni en ninguna otra circunstancia. Lo que quería es que la dejaran en paz.

Sin embargo, el hombre volvió a ponerse a su altura y, por algún motivo que Cassandra no alcanzaba a entender, se presentó.

—Soy Simon —dijo con la voz entrecortada.

Ella ni siquiera se dignó a mirarle y se concentró en su respiración. Intentó cambiar el ritmo a uno más pausado con la idea de que él la dejase atrás, pero por lo visto aquel tal Simon tenía la intención de correr a su lado.

—Prefiero correr sola, gracias —espetó. A veces la sutileza no funciona con determinadas personas.

Aceleró y por un momento se sintió más relajada al dejarlo atrás. Por un momento, porque enseguida las palabras de Gerard empezaron a resonar en su mente y volvió a sentir aquello que la

había paralizado antes: miedo. Lo sintió fuerte y poderoso, y tuvo que reconocer que llevaba ganado la mitad de su pulso particular. Pero no, no se dejaría vencer.

No obstante, aguzó el oído para determinar a qué distancia se encontraba aquel tipo. Estaba cerca, muy cerca. Tan cerca que Cassandra pensó que con solo estirar el brazo podría tocarla. No le gustaba la sensación de sentirse intimidada por alguien, pero era obvio que seguir corriendo por aquel parque no era buena idea. Recorrió el parque con su mirada: no había ni un alma. Si ya durante el día aquel sitio no estaba nada frecuentado, por la noche era un auténtico horror.

«*Vale, cálmate*», se dijo en silencio, «*simplemente sal de este parque*».

No quería darle el gusto a aquel hombre de demostrarle que estaba asustada, pero cuando aceleró el paso pudo oír que él hacía lo mismo y se le escapó un jadeo de miedo.

Tuvo claro que no era tampoco una buena idea correr hacia su piso, así que decidió correr en dirección a la comisaría. Faltaban pocos metros para salir del parque. A su alrededor la oscuridad era completa, pero allí, al final de aquel camino por el que corría cada vez más deprisa, podía ver las luces de las farolas que iluminaban las calles. Oía el sonido de los coches al pasar a escasos metros de allí. Por un segundo quiso gritar: tal vez hubiera alguien cerca que pudiera ayudarla.

«*No te precipites*», se regañó, «*ni siquiera sabes si este tipo te está siguiendo de verdad*». Probablemente no era más que un tío de estos raros a los que nadie hace caso, un pervertido que seguramente ahora estaba aprovechando para admirar su cuerpo. Nada más. Un cerdo, pero un cerdo inofensivo. Lo oía correr a escasa distancia de ella y se preguntó qué ocurriría si decidía frenar de golpe, si decidía plantarle cara. Tal vez era eso lo que tenía que hacer: no huir como una niña miedosa, sino plantarle cara a aquel tipo, demostrarle que nada de lo que hiciera conseguiría asustarla.

«*No le deseo ningún mal, ni tampoco a ti*». La velada amenaza de Gerard se paseó de repente por su cabeza y le hizo perder velocidad.

Quizá aquel tipo que la perseguía fuera uno de sus amigos, tal vez tenía la intención de darle un pequeño susto.

«*O quizá va en serio*», pensó, «*quizá va en serio y este tío quiere hacerme daño de verdad*». La respiración se le aceleró, lo cual no era bueno para el *sprint* final que pensaba hacer.

«*Déjate de gilipolleces, Cassandra*», se riñó de nuevo, «*es solo un pobre pervertido que no tiene nada más interesante que hacer en su vida que perseguir chicas mientras corren. Probablemente esté disfrutando de lo lindo mirando tu culo. Seguro que por la noche piensa en ti mientras observa con lascivia su cama vacía…*». Ese pensamiento la enervó y le hizo pararse de golpe y echarse con rapidez a un lado con la intención de hacerle frente a aquel desgraciado.

Pero no tuvo tiempo.

El hombre reaccionó con rapidez, como si estuviera esperando aquello de Cassandra, y frenó justo a su lado. Antes de que a ella le diera tiempo de abrir la boca, la cogió de ambas muñecas y, aprovechando su momento de desconcierto, se acercó mucho a su cara y, casi rozándole los labios, susurró:

—Cassandra, ¿no?

Al instante, ella se dio cuenta de que se había equivocado. Aquel tío sabía su nombre, y solo había una forma de que lo supiera: Gerard.

Tras un momento de desconcierto, reaccionó y levantó su pierna para darle un rodillazo en la entrepierna, pero él fue más rápido y la rechazó con su muslo. Cassandra notó la musculatura de aquel tío; estaba claro que no era un tirillas que salía a correr de vez en cuando; aquel hombre debía de dedicar muchísimas horas al gimnasio.

Supo que estaba perdida y se recriminó a sí misma su estupidez mientras intentaba zafarse de las manos que le atenazaban las muñecas, sin resultado. Aquel tío era como un bloque de hormigón. Si se hubiera fijado antes, si le hubiera mirado dos veces para ver con quién se medía, probablemente había acelerado su ritmo y ahora mismo estaría en una calle iluminada camino de la comisaría.

—¿Tienes miedo? —le preguntó él, casi con suavidad.

Ella sacudió la cabeza y lo miró asqueada.

—Dile a Gerard que no, cabrón —dijo, sin saber muy bien cómo, porque la realidad era que sí que estaba aterrada.

Él sonrió. Notaba su aliento muy cerca, rozándole la cara, y sintió asco.

—Ya me dijo que no eras una princesita precisamente.

Sus labios prácticamente rozaban los suyos, y Cassandra, en un acto reflejo, le escupió. Él la miró durante un segundo y ella le sostuvo la mirada, desafiante. Ya no sonreía. Cassandra vio su escupitajo cayendo desde el borde del labio inferior del hombre, y este le soltó una de las muñecas para limpiárselo con el dorso de la mano. Ella aprovechó el momento para clavarle las uñas en la otra mano, pero era como arañar una pared. El hombre se limpió los labios con parsimonia, sin dejar de mirarla a los ojos y después, en un movimiento tan rápido que Cassandra ni siquiera lo vio venir, la abofeteó con tanta fuerza que, después de oír un crujido que indicaba bastante a las claras que le había roto algún hueso, cayó hacia atrás. Sin embargo, como él aún tenía aferrada una de sus manos, no llegó al suelo y sintió que algo se desgarraba en su muñeca. Gimió de dolor y vio que él se reía en silencio. Recuperó el equilibrio y quedó de nuevo enfrentada a él. Entonces, de repente, sintió un dolor agudo en el pómulo, sin duda fruto de la bofetada, pero que había sobrevenido unos segundos después. Absurdamente, pensó en un paquete de guisantes congelados.

El hombre estaba quieto, simplemente la observaba mientras ella trataba de controlar su respiración. Ahora tenía sus dos muñecas agarradas con una sola mano, y con la otra pasaba su dedo índice por la frente de Cassandra, acariciándola. Ella sintió náuseas. Por un segundo se preguntó si la iba a violar y decidió que no lo haría sin luchar. Aquel tipo cometería un descuido en algún momento, y entonces ella aprovecharía para escapar.

El dedo del hombre recorrió el borde de su rostro con delicadeza, deleitándose en el hoyuelo que tenía en la barbilla mientras la miraba de un modo obsceno con una media sonrisa. Ella intentó poner su mejor cara de póquer, pero no estaba segura de que

lo estuviera consiguiendo. Entonces el dedo del hombre subió por su mejilla dolorida y al llegar al pómulo roto apretó, lo que hizo que Cassandra se retorciera de dolor y espetara:

—Hijo de puta.

El hombre apretó más y ella contuvo la respiración. Intentó revolverse, pero aquel hombre, con una sola mano, la tenía paralizada.

Cassandra estaba a punto de perder el sentido. Por su mente pasó la imagen de Beatrice y eso le dio la fuerza necesaria para no desmayarse. No dejaría que aquel cabrón se saliera con la suya y a continuación fuera a por Beatrice. Ella ya había sufrido bastante; ahora le tocaba vivir. Así pues, Cassandra resistió y consiguió permanecer consciente.

Sin embargo, a continuación el hombre la empujó con violencia y ella cayó al suelo y se golpeó la cabeza con el suelo, produciendo un ruido sordo. Viéndose libre, enseguida intentó levantarse, pero antes de que pudiera hacerlo, él cubrió el cuerpo de Cassandra con el suyo y la dejó inmóvil. Apenas podía respirar debajo de esa mole. Notaba sus sienes latiendo tan fuerte que le parecía que iban a estallar. Se dio cuenta de que había tenido los ojos cerrados y cuando los abrió vio los de él mirándola fijamente, disfrutando. Ella notó su cara muy caliente y empezaron a pitarle los oídos. Entonces notó que una de aquellas manos enormes le aprisionaba el cuello y tuvo más dificultades aún para respirar. Sin embargo, aún podía tomar algo de oxígeno. Si lo hacía lentamente, si no se ponía nerviosa, podía aguantar un buen rato y tal vez en aquel tiempo se le ocurriese algo para salir de aquella.

La otra mano del hombre se abrió paso por debajo de su camiseta y le cubrió un pecho, lo que hizo que ella se apresurara a respirar demasiado rápido. «*No cometas ese error*», pensó, «*eso es lo que él quiere. No permitas que lo logre. Por favor*». Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para ignorar aquella mano que la manoseaba y consiguió retomar el ritmo lento de su respiración.

Pero entonces la mano apretó un poco más su cuello y Cassandra tuvo que volver a encontrar el ritmo adecuado que le

permitía tomar un mínimo de oxígeno sin dejar que el terror que la atenazaba la hiciera hiperventilar. «*Puedes hacerlo, Cassandra, puedes hacerlo*», se repetía, a pesar de saber que todo estaba perdido.

Cuando el hombre le rozó los labios con la lengua y soltó una risita, ella, en un acto reflejo, intentó atrapar aquella lengua con sus dientes, pero ese fue el error que le costó perder el ritmo de su respiración. Entonces fue cuando empezó a sentir que de verdad se ahogaba, que por mucho esfuerzo que hacía sus pulmones no recibían el oxígeno que demandaban, y supo que iba a morir.

Miró por última vez los ojos de aquel hombre y le pareció que eran demasiado bonitos para pertenecer a alguien tan cruel.

Luego pensó en Beatrice y rogó porque ella estuviera a salvo. Y, por último, pensó en su madre y en que, a pesar de todo, la quería. La quería mucho.

Día 11

—Por nosotros, lo he hecho por nosotros —repitió Alina, en vista de que Roberto no respondía.

Tenía mucho miedo. Miedo por ella y por el niño que llevaba en su vientre, pero absurdamente también tenía miedo por su matrimonio. El hombre que tenía delante era aquel que se lo había dado todo y que la había hecho inmensamente feliz.

Y ahora la amenazaba con un cuchillo.

No entendía cómo su marido había cruzado ese límite. *Cuándo*.

«Vamos, Alina», pensó, «las señales estaban ahí, tan claras que lo que no se puede entender es que no las vieras antes».

Sollozó, buscando con la mirada a su marido. Quería encontrar en sus ojos un atisbo de esperanza, algo a lo que agarrarse, algo que le dijera: «es él, el Roberto de siempre, Alina, míralo; está aquí mismo». Pero él la miraba como si no entendiera lo que había dicho.

—¡¿Sabes lo que has hecho?! —gritó en cambio, con la voz un poco temblorosa—. ¡¿Lo sabes?!

Alina tragó saliva. Quería echar a correr, pero no se atrevía a moverse. De pronto, Roberto miró el cuchillo con cara de confusión, como si no supiera muy bien cómo había ido a parar a su mano. Ella aprovechó el instante para tratar de incorporarse, pero de nuevo Roberto blandió el cuchillo peligrosamente cerca de ella. Alina soltó un grito sin querer y a continuación exclamó:

—¡Estoy embarazada! ¡No me hagas daño!

Escrutó el rostro de su marido y casi pudo ver cómo la información llegaba a su cerebro. Frunció ligeramente el ceño, sorprendido. A Alina no le hubiera extrañado que le hubiera preguntado: «¿y eso qué significa?».

Roberto bajó el cuchillo y apretó los dientes mientras sacudía con la cabeza. Ella no supo si abrazarlo o echar a correr, pero antes de poder tomar una decisión, él la miró y le preguntó:

—¿Por qué no me lo dijiste?

Alina estuvo a punto de soltar una carcajada. «¿Que por qué? ¿Porque te pasas los días encerrado en tu despacho obsesionado con esa novela?». Aquella hubiera sido la respuesta que le hubiera gustado darle, pero en cambio permaneció en silencio mientras él la miraba.

De pronto, había desaparecido de él todo su lenguaje amenazante; tan solo era un hombre al que acababan de darle una información inesperada. Alina no podía adivinar si para él era una noticia buena o mala. Por un momento se preguntó si era consciente de la gravedad del acto que había cometido. Quizá podría convencerse a sí misma de que aquello no había ocurrido, que lo había interpretado todo mal.

Pero el cuchillo seguía ahí, en la mano de su marido, y aunque ya no la amenazaba con él, se mirase por donde se mirase aquella no era una situación normal.

No, estaba claro que Roberto necesitaba ayuda. Por supuesto, ella haría todo cuanto estuviera en su mano para apoyarlo, pero no podía seguir por aquel camino; si no, las cosas acabarían muy mal.

Se dio cuenta de que su respiración empezaba a normalizarse y se frotó con suavidad el vientre. Deseaba y no deseaba que Roberto lo hiciera también, pero por lo visto a él ni se le había pasado por la cabeza. Se sentó a su lado sin soltar el cuchillo y le preguntó de nuevo, esta vez con suavidad:

—¿Por qué le has hecho eso a Cassandra?

A ella le pareció absurdo que se preocupase por aquella cuestión en ese preciso momento pero decidió seguirle la corriente, a pesar de que lo que más deseaba era poder cambiarse aquellos pantalones mojados de orina por otros limpios y secos.

—Lo hice porque te había perdido —dijo con sinceridad.

Él sacudió la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

Ella se pasó la lengua por los labios; se le había quedado la boca seca después de aquellos momentos de terror. Estuvo a punto de reírse al darse cuenta de lo extraño de la situación: hacía escasos minutos, él la estaba amenazando con un cuchillo, por el amor de Dios. ¿Y si volvía a darle el ramalazo y lo hacía de nuevo? ¿Por qué se

sentía de pronto a salvo si él seguía teniendo el arma en su poder? Se dio cuenta de que Roberto se había convertido en una persona imprevisible, por lo que decidió que lo más adecuado era seguirle la corriente hasta poder deshacerse de él.

—Porque nunca salías de tu despacho. Ya casi nunca hablábamos y apenas te veía.

Él suspiró.

—Te dije que tenía cosas importantes entre manos.

Ella se mordió la lengua y asintió con la cabeza. De pronto, tenía mucha urgencia por alejarse de él. En aquel momento, no solo veía a Roberto -su marido- sino a Roberto -el imprevisible-. Una cosa es que se hubiera obsesionado un poco más de la cuenta con una maldita novela y otra muy distinta es que persiguiera a su mujer por toda la casa cuchillo en mano.

No, eso no era normal, decididamente.

—Pero tú eres siempre tan insistente, Alina… —susurró él; ella pudo ver cómo sus dedos apretaban el mango del cuchillo y volvió a aterrorizarse—. Y tan metomentodo… ¿por qué tuviste que hacerlo, dime?

—Pensé —contestó ella con suavidad; creyó que si hablaba con voz suave, tal vez él no perdería el control de nuevo— que con ese capítulo se podría terminar la novela. No tendrías que preocuparte por ella de nuevo.

Él la miró como si le hubiera pegado una bofetada.

—¿Cómo? ¿Dejando que maten a Cassandra? ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Cassandra era inocente! ¡Y tú la has matado!

Alina no supo qué responder a eso, puesto que la única respuesta que se le ocurría -«¡Cassandra no existe!»- no parecía adecuada para templar a Roberto. Así que optó por permanecer en silencio mientras se mordía los labios con inquietud.

—¡Tenía que ayudarla! Ella dependía de mí, ¿no lo entiendes? Aún no confiaba en mí, pero lo estaba intentando… —De repente, Roberto se levantó y anduvo y desanduvo pequeños pasos unas cuantas veces. Alina no se atrevía a moverse y no perdía de vista el cuchillo que él aún tenía empuñado, pero que parecía haber olvidado

—. ¡Tú lo has arruinado todo, maldita sea! ¡Ahora Cassandra está muerta y ya no voy a poder demostrarle que puede confiar en mí! ¡Que puedo protegerla!

Se llevó las manos a la cabeza, desesperado, y empezó a farfullar consigo mismo palabras que Alina no consiguió entender. Parecía que se le había olvidado que ella estaba allí.

—Joder, joder, joder —mascullaba mientras caminaba de un lado a otro con nerviosismo. Sus desplazamientos eran cada vez más largos, por lo que cada vez estaba más lejos de Alina—. Esto no puede ser, no puede ser, no puede ser.

Ella lo miró con incredulidad durante unos segundos, pero luego fue consciente de que tenía una oportunidad para escapar de allí ilesa. Ella y su bebé. Solo tenía que aprovechar cuando Roberto estuviera más alejado de ella y entonces…

—¡Ya sé! —exclamó él, de repente rebosante de entusiasmo—. ¡Ya sé, ya sé, ya sé! ¡Lo puedo arreglar!

Alina enarcó las cejas, pero él ni siquiera la miró. Pasó de largo y salió por la puerta en dirección a su despacho prácticamente corriendo.

Tras un breve momento de estupor inicial en el que escuchó el ruido de la puerta del despacho al cerrarse, Alina se incorporó y, olvidando su deseo de cambiarse de ropa, se dirigió a la entrada, salió al exterior y echó a correr.

* * *

Al abrir el portátil, se dio cuenta de que tenía un cuchillo en la mano y lo miró con incredulidad. «¿Qué demonios…?», pensó, pero su pregunta quedó enmudecida cuando la palabra «LOGIN» empezó a parpadear en la pantalla. Distraído, dejó el cuchillo sobre el escritorio y escribió su contraseña. Con rapidez, abrió el archivo que contenía su novela y borró el último capítulo, el que había escrito Alina.

Inmediatamente, sintió que se le quitaba un gran peso de encima.

—Dios, cómo te he echado de menos, Cassandra —dijo, y sonrió mientras apoyaba, una vez más, los dedos en el teclado.

Capítulo 11

Desde que recibió aquellos mensajes de Gerard por Facebook, Cassandra procuraba estar con Beatrice todo el tiempo que le permitían; la aterraba que aquel tipo decidiera cumplir las palabras que rezaban en aquel mensaje: «*Ya sabes, si quieres que vaya a hacerle compañía o algo así*». Como cubría todas las horas de visita, no podía evitar encontrarse con Robert, al que procuraba ignorar a pesar de los esfuerzos de su hermana por hacer que conversaran, y con su madre, que, muy en su línea, seguía sin decir gran cosa, aunque la miraba más que de costumbre. Cassandra se avergonzaba de haber estado a punto de abofetearla aquel día en su casa, pero no encontraba la forma de pedir disculpas. ¿Cómo reaccionaría ella si lo hiciera? ¿La miraría con los ojos muy abiertos y haría un apenas perceptible gesto con la cabeza? No, quizá eso fuera peor que no disculparse.

De vez en cuando también coincidía con John, como en aquella ocasión. No le gustaba que estuviera allí, así que permanecía callada mientras su hermana y él charlaban animadamente. No faltaba mucho para que a Beatrice le dieran el alta y eso la hacía feliz, pero también la llenaba de miedo. ¿Cumpliría Gerard su amenaza? En algunos momentos, había pensado que tal vez debería poner al corriente a Robert, para que se diese cuenta de que su torpeza había puesto en peligro a Beatrice, pero no lo había hecho. No quería que de nuevo tomase las medidas que le diera la gana sin consultar con nadie y que empeorase la situación.

El sonido de su móvil interrumpió sus pensamientos y la conversación de Beatrice y John. Disculpándose, lo sacó del bolso y reconoció el número de teléfono de su lugar de trabajo. Ignoró la llamada. Llevaban búscandola unos días porque desde la amenaza de Gerard no había vuelto a ir y no había avisado. Tampoco había vuelto a sus clases. No era propio de ella, pero se encontraba muy perdida y no le apetecía hacer otra cosa que no fuera proteger a su hermana. Por supuesto, notaba el peso de la culpabilidad cayendo sobre ella al

abandonar de aquella forma tan cobarde sus obligaciones, pero sentía que no podía más. Era como si hubiera cavado un hoyo cada vez más profundo, y no veía el momento de tocar fondo para salir de nuevo a la superficie.

Se mordió el labio inferior, intentando controlar sus lágrimas. Últimamente le ocurría mucho, eso de tener ganas de llorar, y se avergonzaba de ello. Ahora era una de esas personas que huyen de los problemas y que pierden el tiempo llorando, una de esas personas a las que siempre había odiado e infravalorado. Uno de aquellos títeres que se dejan manejar por las cuerdas de sus emociones.

Tragó saliva y se levantó con dificultad, lo que hizo que John la mirase con preocupación.

—¿Te encuentras bien, Cassandra?

Ella asintió con la cabeza y, sin mirar a ninguno de los dos, musitó:

—Voy al baño. Vengo ahora.

Beatrice no pareció darse cuenta de nada, pero John sí le dirigió una mirada de extrañeza. Ella salió de aquel salón lo más rápido que pudo y se dirigió a grandes zancadas al cuarto de baño. Pensó que no lograría llegar antes de que aquellas estúpidas lágrimas le cayeran por las mejillas, pero lo hizo. En cuanto entró y se aseguró de que no había nadie, se dejó caer al suelo y se echó a llorar. Apenas tuvo tiempo de pensar que debería meterse en uno de los compartimentos y no quedarse en la zona de los lavabos por si entraba alguien, pero estaba demasiado agotada como para arrastrarse hasta uno de ellos. Empezó a temblar descontroladamente y se abrazó a sí misma, odiándose y compadeciéndose a un tiempo por ser una persona tan débil y estúpida. Vale, tenía algunos problemas, ¿y qué? ¿No había lidiado con ellos siempre? ¿Por qué esta vez era diferente? Sentía ganas de darse cabezazos contra la pared hasta quedarse sin consciencia, para no tener que pensar más, para no tener que seguir luchando consigo misma cada minuto del día. Para descansar.

De pronto, una mano le rozó la rodilla y ella se sobresaltó. Alzó la cabeza y vio a John, que la miraba con amabilidad. No le hizo preguntas, simplemente se sentó a su lado en silencio.

—No quiero compañía —dijo entre hipidos. La avergonzaba que alguien la viera de esa guisa, y más John.

—Me quedaré igualmente —dijo él mientras le tendía un pañuelo.

Ella quiso cogerlo y devolvérselo tirándoselo a la cara, pero su mano lo aceptó. Otro gesto de debilidad. Aquello no era un simple pañuelo, era un ofrecimiento de ayuda, y ella lo había aceptado. ¿Qué coño le pasaba? Eso le hizo recuperar el control y dejó de llorar. Miró a John con fastidio.

—¿Qué haces aquí?

—Te hago compañía.

—Te he dicho que no la quiero.

Él se encogió de hombros.

—No siempre tiene uno lo que quiere.

Ella lo miró cabreada. ¿Quién se creía que era para meterse en sus asuntos, joder?

De pronto, dejó de pensar. Totalmente. Tal y como deseaba. Su mente se quedó libre por unos segundos, y de repente se descubrió besando a John con brusquedad, agarrándole la cara como si se le fuera a escapar. No pensaba en nada, tan solo se dejaba llevar. Se puso a horcajadas sobre él y apretó su cuerpo contra el suyo. De repente lo necesitaba. Lo necesitaba ya. Él intentó apartarla con suavidad, y cuando por unos segundos sus labios se despegaron, alcanzó a decir:

—Cassandra, no creo que sea una buena idea…

Pero ella le tapó la boca con la suya de nuevo y sintió sus manos abriéndose paso por debajo de su camiseta. Llevaba muchísimo tiempo deseándola, desde la primera vez que la vio. Sabía que esto no era lo correcto; no así, no ahora; pero aquella mujer le tenía prendado. Había intentado acercarse a ella en infinidad de ocasiones, pero ella siempre lo había rechazado. Beatrice siempre le decía que no era nada personal, que Cassandra era así: no le gustaba que nadie se acercara a ella. Y ahora la tenía sentada encima de él, con sus manos en todas partes. Intentó separarla de nuevo, pero ella se apretujó más contra él, de forma que pudo sentir sus pechos aplastados contra su torso, lo que le hizo suspirar de placer. Con brusquedad, Cassandra se separó lo

justo para desabrocharle el botón de sus vaqueros. Entonces, él se levantó con ella encima y Cassandra abrazó sus caderas con las piernas. Sin dejar de besarse, la llevó hasta uno de los compartimentos y cerró la puerta a sus espaldas con el pie.

Día 12

Despertó bañada en sudor y se incorporó de golpe, protegiéndose el vientre con las manos.

—¡No, Roberto, no! —gritó asustada, antes de darse cuenta de que estaba sola en la habitación.

Por un momento, pensó que todo había sido una pesadilla. El cuchillo, Roberto persiguiéndola, la absurda conversación. Respiró hondo, confusa, y sintió cómo el corazón le golpeaba en el pecho.

Ni siquiera había tenido tiempo para preguntarse qué habitación era aquella cuando Ana entró como una exhalación.

—¿Estás bien? Te he oído gritar —preguntó mientras se sentaba en la cama, a su lado.

Alina frunció el ceño, sorprendida durante unos segundos. Luego recordó que después de salir huyendo de su casa había acudido a la de su hermana. Apenas podía recordar nada más.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las diez. Has dormido… —Ana hizo un rápido cálculo mental—… casi todo un día.

—Oh, Dios —dijo, sintiendo de repente una sensación de abotargamiento. ¿De verdad había dormido un día entero? Suspiró y de pronto muchas preguntas acudieron a su cabeza—. ¿Ha llamado Roberto? ¿Qué pasó? ¿Qué te conté?

Su hermana le acarició la mano.

—Despacio, Alina, por partes. Primero cuéntame tú qué ocurrió ayer, por favor.

—¿No te lo dije? —se sorprendió.

—A medias. Hablabas tan atropelladamente que no me enteré de todo. Dios, Alina, me tenías muy preocupada. Estuve a punto de llevarte al hospital. ¿Qué pasó? ¿Por qué saliste huyendo de Roberto? Me dijiste que no te había hecho nada, pero…

—Bueno, en realidad no me tocó. —Se estremeció al recordar cómo él la había perseguido por toda la casa con aquella parsimonia.

Y cómo la había mirado con esos ojos de chiflado, cómo había hablado de Cassandra como si fuera una persona real—. Perdió la cabeza, Ana.

—¿Roberto?

Ella asintió con la cabeza mientras tragaba saliva.

—¿Recuerdas cuando te dije que no había encontrado nada en su ordenador?

Su hermana asintió y dijo:

—Nunca te creí.

—Lo sé. Y tenías razón. Pero lo que encontré no era lo que nosotras nos temíamos.

Entonces procedió a describirle todos aquellos apuntes que parecían obra de un demente y le contó también cómo Roberto parecía pensar que aquel personaje era real.

—Ha perdido la cabeza por completo —concluyó, mirando asustada a su hermana, y entonces repitió su anterior pregunta—: ¿Ha llamado?

Ana negó con la cabeza.

—No, lo siento. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Y qué más pasó, Alina?

—Entonces se me ocurrió que si terminaba el libro por él, todo acabaría. Que por fin podría contarle lo del embarazo y que podríamos ser una familia normal de nuevo…

Su hermana guardó silencio mientras ella buscaba las palabras, pero en su cabeza bullían mil pensamientos: ¿Cómo podía una persona perder la cabeza hasta el punto de creer que uno de sus personajes es real?

—Así que la maté.

Ana abrió mucho los ojos, antes de darse cuenta de que su hermana se refería al personaje de Roberto.

—Vale, ¿y entonces?

—Entonces, al día siguiente, él me sorprendió en la cocina. Estaba muy cabreado. Cogió un cuchillo del cajón y… —se estremeció al recordarlo— y yo salí corriendo, Ana, tenía mucho miedo.

Su hermana tardó unos momentos en procesar aquella

información.

—¿Te amenazó con un cuchillo? —repitió, alarmada.

Alina tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Me escondí. Tendría que haber salido de casa, no sé por qué me escondí… —su voz se fue apagando hasta convertirse en un susurro—: me quedé quieta, escuchando sus pasos acercarse… Estaba muerta de miedo.

Ana la abrazó con fuerza.

—Ahora estás a salvo, Alina, no te preocupes. Estás a salvo.

Pasaron así unos minutos hasta que la respiración de Alina por fin se calmó. Le resumió el resto de los acontecimientos en voz baja, hasta llegar a la parte en la que él parecía haberse olvidado por completo del cuchillo que tenía en su mano y de la propia Alina y había regresado a su despacho casi corriendo.

—Y entonces llegué aquí —concluyó—, aunque no recuerdo muy bien el resto.

—¿Entonces no te tocó? —se quiso asegurar Ana.

—Ni un pelo.

—Vale. Mejor. De todas formas, te he concertado una cita para mañana con tu obstetra, ya sabes, para asegurarnos de que todo vaya bien —dijo, mirando la barriga de su hermana, aunque aún no dejaba intuir su embarazo.

—Gracias.

Ana le dirigió una sonrisa cariñosa y le acarició la frente.

—Aquí estás a salvo, Alina, no tienes que preocuparte por nada.

—Gracias —repitió ella. Se notaba extrañamente calmada. La presencia de su hermana la aliviaba, se sentía de veras protegida. Aún así, se preguntó qué coño estaría haciendo Roberto.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Ana le dijo muy seria:

—Deberías denunciarlo.

Ella se encogió de hombros. No lo sabía. No sabía qué sentía al respecto en esos momentos. Era evidente que su marido necesitaba la ayuda de un profesional, pero ese profesional no era precisamente la policía. Sin embargo, en aquel momento no quería pensar. A pesar de haber estado durmiendo prácticamente todo un día, volvía a sentirse

cansada. Solo quería descansar algo más. Aquí estaba segura. Su bebé y ella estaban seguros; eso era lo importante.

Unos suaves toques en la puerta la distrajeron de sus pensamientos, y de inmediato apareció Carlos con una taza en las manos, que le ofreció cuando se acercó a ellas.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó con suavidad.

Ella aceptó la taza, agradecida. Tenía mucha sed y la bebida caliente se le antojó muy apetecible.

—Estoy bien, gracias —dijo con una sonrisa débil.

Vio cómo Carlos le daba un apretón en la mano a su hermana y de pronto, por primera vez en mucho tiempo, pensó que quizá sí que podría hacer feliz a Ana. Vale, había cometido errores, pero ¿y quién no? ¿No merecían todas las personas una segunda oportunidad?

«¿Como Roberto?», se dijo a sí misma, «¿también él se merece una segunda oportunidad después de haberte perseguido por toda la casa cuchillo en mano?». Desechó ese pensamiento con rapidez y se centró en la pareja que tenía delante. Casi se podía respirar el amor que sentían el uno por el otro. Entonces, ¿por qué Carlos había engañado a su hermana con otra mujer? ¿Lo había hecho más veces? Pero si luego era capaz de querer tanto a su hermana y hacerla tan feliz como Alina la había visto la mayoría del tiempo que habían estado juntos, ¿quién era ella para juzgar que su hermana quisiese hacer la vista gorda con algunos temas? ¿Quién era nadie para juzgarla a ella si decidiera no denunciar a Roberto? ¿Quién era nadie para juzgar otra relación? Tal vez Carlos también tuviera que pasar por alto algunas cosas que no le gustaban de Ana, ¿no?

Sacudió la cabeza. En realidad, lo único que podía tener en cuenta en aquel momento era la sensación que estaba experimentando al verlos juntos a los dos, la mano de él ahora sobre el hombro de Ana, un apoyo sin palabras; la expresión de ella, que durante los días que había pasado en su casa se había vuelto dura y amargada, mucho más dulce y relajada. Era evidente que, en líneas generales, se hacían felices mutuamente.

Finalmente, Carlos dijo:

—Os dejo solas. Estaré abajo si me necesitáis. —Le dirigió una

sonrisa cálida a Alina y otra más intensa a Ana, mientras le apretaba el hombro con ternura.

Ya estaba casi en la puerta cuando Alina le dijo:

—Carlos.

Él se dio la vuelta.

—Muchas gracias. —Él sonrió y cerró la puerta tras de sí.

Cuando volvió a mirar a Ana, los ojos de su hermana brillaban. Vio en ellos una felicidad absoluta, solo empañada por la preocupación que sentía por ella.

Asintió con la cabeza y le dio un sorbo a la tila que le había traído Carlos: Estaba dulce y le resultó muy reconfortante sentir cómo el calor bajaba hasta su estómago e inundaba todo su cuerpo. En ese momento supo qué era lo que la hacía estar tan en paz consigo misma, a pesar de la terrible situación por la que había pasado: era la calma que desprendía su hermana.

Capítulo 12

—Me alegro de verte, Cassandra —dijo Robert, pero ella lo ignoró, como siempre. Siempre que se encontraban en la clínica, él la saludaba de aquella manera, y ella siempre guardaba silencio.

Beatrice tenía pintada una sonrisa de oreja a oreja. No era para menos: le acababan de dar el alta y podía empezar una nueva vida. Habían ido todos a recogerla, aunque cada uno por su lado, y ahora se encontraban en la puerta de la clínica, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Cassandra le había sugerido a su hermana que se quedase unos días a vivir en su piso. Quería tenerla siempre vigilada; por un lado, a causa de la amenaza de Gerard; por otro, por miedo a que recayese en la soledad de su piso. Pero ella había rechazado educadamente su propuesta. «Tengo que coger las riendas de mi vida de una vez por todas, Cassandra», le había dicho, y ella sabía que en el fondo tenía razón, pero Beatrice no sabía nada de Gerard. Tampoco ella había tenido más noticias de él desde que le envió aquellos mensajes a través de Facebook, pero eso no le había hecho olvidar sus palabras.

Estaba observando con horror cómo Robert abrazaba a Beatrice cuando notó que alguien le tocaba en el hombro. Sabía que era John antes de volverse para mirarlo. Desde aquel día en el cuarto de baño ella lo había ignorado por completo, a pesar de las veces que habían coincidido visitando a Beatrice; siempre había encontrado un modo de esquivarlo. Pero ahora no podría zafarse tan fácilmente.

—Hola —dijo él, aunque ya se habían saludado hacía un rato, cuando todos habían estado en la habitación de Beatrice mientras ella recogía sus últimas pertenencias.

—Hola —respondió con un tono que dejaba claro que no tenía la intención de mantener una conversación con él.

Pero él sí estaba dispuesto a mantenerla.

—Te he llamado —susurró.

—Ya lo sé.

Él la tomó de la muñeca para alejarse un poco de los demás. Cassandra no opuso resistencia. Bien, si aquel tipo no se daba por enterado a base de indirectas, tendría que decirle las cosas con claridad.

—Creo que deberíamos hablar de lo que pasó el otro día —dijo John sin preámbulos.

—No creo que haya mucho que decir.

—¿No? Vamos, Cassandra, tú y yo… —empezó a decir, pero se quedó a mitad de las palabras. Ella casi pudo ver cómo se sonrojaba. ¡Por Dios! ¿Qué era, un crío?

—¿Tú y yo qué? ¿Echamos un polvo? ¿Y?

John no se esperaba aquella respuesta. Para él no había sido tan solo eso.

—¿Y ya está?

Ella arqueó las cejas, aburrida.

—Sí, ya está. Sexo entre adultos. Punto. No hay que darle muchas más vueltas, ¿no te parece?

Él se mordió el labio, dolido. Para él había significado mucho más.

—¿Siempre te cierras así a todo el mundo? —preguntó finalmente.

Cassandra arqueó las cejas de nuevo, esta vez sorprendida.

—¿Cerrarme? ¿Por tener sexo sin compromiso? ¿Qué esperabas, que nos casáramos o algo así? —preguntó con crueldad, lo que hizo que él tragase saliva, un poco avergonzado.

—No, por supuesto que no. Pero siempre te cierras a todo el mundo.

—Mira, no me estoy cerrando. Es mi forma amable de decirte que no me interesa tener nada más contigo —dijo con tono de advertencia.

—No es solo conmigo. Es… con todo el mundo, excepto con Beatrice. Con tu madre, con tu padre…

—No te metas en mis asuntos —le interrumpió ella con sequedad—. Ni se te ocurra meter de nuevo las narices en mis cosas, ¿te queda claro?

Y se alejó de él tras lanzarle una mirada de advertencia. John se dio cuenta del rictus nervioso de sus labios, de sus profundas ojeras y de que sus ojos habían perdido todo el brillo. Aquella mujer estaba pidiendo ayuda a gritos, pero se negaba a aceptarlo.

Al regresar junto a su hermana, Robert se estaba despidiendo de ella diciéndole:

—Puedes llamarme a cualquier hora del día o de la noche, ya lo sabes, cariño.

Cassandra reprimió un comentario mordaz. ¿En serio? ¿De día o de noche? ¿Qué había de todos aquellos años durante los que Beatrice lloraba su pérdida y le hablaba cada noche como si pudiera escucharla? ¿Dónde estaba él entonces? ¿Abrazado a una botella intentando olvidar que tenía una familia? ¿Y ahora estaba disponible veinticuatro horas? ¿Pensaba limpiar su conciencia con eso?

Apartó la vista de él y la dirigió a su madre. «Otra parecida», pensó con amargura, aunque enseguida se sintió avergonzada al recordar que había estado a punto de levantarle la mano. «Sin embargo, eso no ocurrió solo por mi culpa», pensó, aunque aquello no logró acallar su conciencia.

Pronto le tocó el turno de despedirse de Beatrice y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¿No quieres que te acompañe a casa?

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias. Necesito hacer esto por mí misma.

Cassandra asintió con la cabeza.

—Te quiero mucho, lo sabes, ¿verdad?

Su hermana sonrió y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Claro que lo sé. Eres la mejor hermana del mundo.

Ella notó que se emocionaba. Maldita sea, ¿por qué últimamente estaba tan sensible? Logró controlar las lágrimas que amenazaban con escaparse de sus ojos justo a tiempo, cuando Beatrice ya se estaba separando de ella.

Cassandra observó cómo se despedía de John y de su madre. John recibió un breve abrazo al que correspondió con cariño y con un «estamos en contacto». Su madre recibió otro abrazo, este más largo,

al que correspondió sin gran efusividad. Sin embargo, eso no pareció importarle a Beatrice, que la besó en la mejilla con cariño. Finalmente, se dispuso a bajar las escaleras, no sin antes volverse y dedicarles a todos un saludo con la mano y una gran sonrisa que iluminaba toda su cara.

—Gracias por todo —les dijo, mirándolos uno por uno. Y cuando sus ojos se posaron en Robert, lo miró más rato que a los demás y añadió—: Gracias de verdad.

Cassandra se mordió el carrillo, intentando contener su furia. «¿Gracias de verdad?». ¿Por qué su hermana había olvidado todo lo que aquel hombre la había hecho sufrir? ¿Por qué simplemente con aparecer y contarle cuatro historias de lo mucho que tenían en común Beatrice bajaba tanto la guardia?

Cuando su hermana se alejó, ella también bajó las escaleras y se marchó de allí sin despedirse de nadie. De alguna manera, esperaba que John la persiguiera, pero no fue así. Puso rumbo a casa.

* * *

Al llegar al piso vacío, una sensación de desasosiego la invadió. Se preguntó si Beatrice habría llegado bien a casa y estuvo tentada de llamarla, pero decidió que no era buena idea. Su hermana quería demostrarse a sí misma que era capaz de empezar una nueva vida; si ella la llamaba sin cesar, Beatrice pensaría que no creía que fuera capaz. Sin embargo, no era eso lo que la atormentaba. Era Gerard. Aquellas palabras de Gerard.

Cogió el móvil y abrió la conversación que había mantenido con Gerard a través de Facebook. Lo último que él había escrito había sido: «*Por cierto, dale recuerdos a tu padre de mi parte*», y ella, antes de tirar el móvil, había tecleado una pregunta que él no había contestado: «*¿Cómo sabes lo de mi padre?*». Ahora, aterrorizada por la seguridad de Beatrice, querría hacerle un millón de preguntas: *¿Estás pensando en hacerle daño? ¿Cuándo pretendes hacerlo? ¿Qué puedo hacer para detenerte?*

Notó que empezaba a hiperventilar. Echaba de menos la seguridad que siempre había tenido y odiaba con todo su ser a aquella

débil criatura en la que se había convertido. Se pellizcó los gemelos hasta que gritó de dolor, lo que la ayudó a aliviar en parte el infierno interior por el que estaba pasando. Finalmente, tecleó con furia en su móvil: «*¿Dónde estás, cabrón?*».

Sintió cómo la ansiedad se abría paso en sus entrañas y le dibujaba sendos nudos en el estómago y la garganta. Pensó en salir a correr, pero hacía tiempo que se había dado cuenta de que aquello ya no le servía para mantener a flote la cordura. Podía correr durante horas, maltratar sus músculos y no conseguía ni un ápice de tranquilidad. La segunda idea que se le ocurrió era darse una larga ducha; quizá el agua caliente desentumecería sus agarrotados músculos. Pero finalmente se convenció de que la tercera idea era la mejor.

Alcanzó su móvil y marcó un número. En cuanto John respondió, dijo sin más:

—Necesito verte. Ven a mi casa.

Día 13

Alina salió de la consulta del obstetra con una gran sonrisa. La acompañaba Ana, con una expresión idéntica. El especialista les había dicho que el embarazo se estaba desarrollando con normalidad y que todo iba estupendamente. Era la mejor noticia que podía recibir en esos momentos.

Se dirigieron a una pequeña cafetería situada en la misma manzana donde estaba la consulta del médico y se sentaron a una de las mesas con vistas a la calle.

—Es estupendo, ¿verdad? —dijo Alina mientras se acariciaba la barriga con una sonrisa. Dios, no podía parar de sonreír.

—Lo es —corroboró Ana.

Se miraron por un instante, encantadas, antes de que el camarero las interrumpiera para preguntarles qué deseaban tomar.

—Pero me hubiera encantado que Roberto estuviera aquí —confesó Alina cuando estuvieron solas de nuevo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza y miró por la cristalera. Vio pasar a una pareja cogida de la mano, tan enamorados que se miraban el uno al otro como si no existiera nada más en el mundo, tan concentrados que estuvieron a punto de chocar con un adolescente que venía de frente y que tenía toda su atención fijada en el teléfono que llevaba en la mano. Una vez Roberto y ella habían sido esa pareja que se chocaba con la gente por ir mirándose el uno al otro de aquella manera. Suspiró con tristeza y miró a su hermana—. ¿Qué crees que debería hacer?

—Creo que deberías denunciarlo —contestó Ana sin dilación.

—¿Tú crees? Quiero decir, en realidad no me hizo nada…

—¿Te parece poco perseguirte con un cuchillo por toda la casa, Alina? —exclamó, y al darse cuenta de que había hablado demasiado alto, miró alrededor y bajó la voz—: Podría haberte matado, por favor.

—¿Pero tú crees que denunciarlo es la solución? ¿No crees que lo que necesita es que lo vea un psiquiatra o algo así?

En ese momento se acercó el camarero para servirles las consumiciones: una copa de vino para Ana, una infusión para Alina. Cuando se alejó, Ana contestó:

—Por supuesto que necesita que lo vea un loquero, pero eso no tiene por qué ser incompatible con una denuncia.

Alina se mordió el labio, indecisa.

—No lo sé —dijo finalmente—. No es tan fácil.

Su hermana la miró con simpatía. Entendía lo que Alina quería decir. Tal vez no pudiera ponerse en su lugar -¿quién podría ponerse en el lugar de alguien al que le ha ocurrido algo así?-, pero entendía lo que quería decir.

—Ya sé que no es fácil. Tómate tu tiempo. No tienes por qué decidirlo ahora, ¿vale?

—¿Qué estará haciendo? —preguntó Alina, más a sí misma que a su hermana—. Quiero decir, ¿cómo es que no me ha llamado?

—No lo sé —respondió Ana sacudiendo la cabeza, y a continuación dio un sorbo a su vino.

Alina sacó su móvil del bolso y lo comprobó por enésima vez. En realidad no sabía muy bien qué es lo que esperaba. *Quería* que Roberto la llamase, pero al mismo tiempo tenía miedo de que lo hiciera. Porque eso haría que tuviera que tomar una decisión. Desde luego, lo que tenía claro era que no podía regresar a aquella casa, no con Roberto en aquel estado, cuando en cualquier momento se le podía nublar el juicio de nuevo. ¿Pero qué haría ella? ¿Lo denunciaría? ¿Accedería él a ir voluntariamente a que lo viera un psiquiatra? ¿Tendría que ingresar en una clínica o algo así? Todas aquellas preguntas hicieron que se pusiera nerviosa y dio un sorbo a su infusión.

—¿Va a crecer este niño sin un padre? —preguntó finalmente. Tenía miedo de que eso ocurriese. Acababa de ser consciente de que, quizá, eso era lo que más la asustaba de todo.

—Aunque eso ocurriese, siempre te tendría a ti —le dijo Ana—. Y a mí.

Alina sonrió.

—Gracias.

—Estará bien, ya lo verás, entre las dos lo haremos muy bien. No vas a estar sola, yo siempre voy a estar ahí para ti, ¿lo entiendes? —le acarició la mano—. Y Carlos… —añadió, pero se calló antes de empezar la frase, como si hubiera dicho algo que no debía.

—¿Carlos…? —la animó Alina a continuar, y ante el silencio de su hermana, prosiguió—: Se portó muy bien conmigo. Y os vi muy felices juntos.

Su hermana la miró con un brillo en los ojos.

—Sí, es… Alina, no puedo evitar quererlo.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo sé. Cuando os vi ayer pensé…. Que tal vez estuviera equivocada, ¿sabes? Tal vez estéis hechos el uno para el otro. Quizá sea el hombre que realmente pueda hacerte feliz.

Ana dio otro sorbo a su vino y se mostró de acuerdo con Alina:

—Es lo que yo creo. Tal vez me equivoque, pero mi corazón me dice que debo intentarlo.

Alina sonrió ante el comentario de su hermana.

—Quizá tu corazón sea sabio.

—Debo intentarlo —concluyó Ana, más para sí misma que para su hermana.

Alina estuvo de acuerdo.

* * *

«*—Creo que prefiero pasear —dijo ella mientras lo tomaba de la mano.*

Y, por primera vez en su vida, sintió que no había nada de lo que tuviera que preocuparse por controlar en aquel preciso instante, nada tan urgente que exigiera su atención las veinticuatro horas del día, nada que le robase cada minuto y le privase de vivir cada instante de su vida».

Siempre que ponía el punto final a una de sus novelas, Roberto solía concederse un pequeño homenaje para celebrarlo: una comida poco saludable, una pequeña escapada de fin de semana, un vino increíblemente caro y delicado…

Pero esta vez no se sentía con ganas de celebrarlo. Al final había conseguido ayudar a Cassandra, eso era verdad. Y, si se ceñía literalmente a su propósito, lo había cumplido. Había conseguido dar la vuelta a la historia y poner el mundo de Cassandra al derecho.

Sin embargo, no estaba satisfecho. Pensaba que podía haber un final mejor, un final bueno para todos, un final en el que ella supiera todo lo que él había hecho; un final donde ella por fin le aceptara.

Sí, casi podía saborear ese final.

Tal vez por aquel camino las cosas no habían salido tan bien como él deseaba, pero aún tenía otra opción. Otra oportunidad para que Cassandra por fin le aceptara en su vida. De pronto, se sintió nervioso porque aquella era su última oportunidad y no podía desaprovecharla.

Capítulo 13

Cassandra despertó encogida en un rincón de su cama. Con lentitud, se giró y vio el cuerpo de John tendido a su lado. «Mierda», pensó. Se había quedado dormida sin querer; desde luego, no pretendía que aquel hombre se quedase a pasar la noche. Pero después del fogoso encuentro, se había quedado tan relajada que se había dormido antes de poder sugerirle que se marchara a su casa.

Intentó incorporarse con cuidado para no despertarlo; lo que menos le apetecía en aquel momento era tener que hablar con él. Cuando había conseguido poner los pies en el suelo frío, él se removió y abrió los ojos. Sonrió cuando la vio.

—Buenos días —dijo con voz dulce, y alargó la mano para acariciarle la espalda.

En ese momento, Cassandra se dio cuenta de que estaba desnuda y se apartó a la vez que tiraba de la colcha para cubrirse con ella. John se dio cuenta de que no era un gesto de timidez, sino de rechazo.

La noche anterior, cuando lo había llamado, había estado a punto de no acudir. Lo que menos esperaba es que ella lo invitara a ir a su casa, pero decidió que tal vez al final Cassandra había recapacitado y se había dado cuenta de que él no merecía ese trato por su parte. Pero cuando había llegado, apenas le había dejado pronunciar palabra: al instante lo besó agresivamente y lo dirigió al dormitorio.

«Joder», pensó ahora, «he vuelto a hacerlo». Se reiría de sí mismo si no estuviera tan avergonzado de cumplir con el cliché masculino más antiguo del mundo.

Cuando Cassandra se sintió satisfecha, se quedó dormida al momento. Él pasó un rato observándola y, por primera vez, vio en su rostro una expresión relajada, casi dulce: los rasgos distendidos, sin esa crispación que siempre parecía ensombrecerlos. Finalmente, se había quedado dormido a su lado, aunque no se había atrevido a

abrazarla.

Ahora, la expresión de ella distaba mucho de que la que había mostrado anoche. Casi podía sentir cómo lo traspasaba el odio que emanaba de sus ojos. Se sintió culpable, aunque sabía que no tenía ningún motivo.

—Debes irte —murmuró ella mientras se levantaba, bien cubierta con la colcha.

John ansió poder tocar de nuevo su piel suave, lechosa, y poder besar otra vez aquellos labios que tan loco lo volvían. «Joder, eres imbécil», se reprendió furioso, «esta tía te está echando de su casa después de pasar la noche juntos, ¿y aún deseas acercarte a ella?». Le avergonzaba admitir que sí, que seguía queriendo tenerla cerca, y quería volver a verla entregándose a él sin reservas, sin miedos, sin esa barrera que se empeñaba en alzar una y otra vez para que nadie pudiera llegar a ella.

Como no se movió de la cama, ella se giró hacia él y preguntó:

—¿Me has oído?

—¿Me vas a echar así sin más? ¿Sin un desayuno o algo?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Bastante es que te hayas quedado a pasar la noche.

Él se levantó y, desnudo, empezó a recoger su ropa, que estaba esparcida por el suelo. Notó cómo Cassandra apartaba la vista. Dispuesto a derribar aquella fachada, se acercó a ella de un salto y le preguntó:

—¿Qué pretendes?

Ella apartó la mirada de aquellos ojos que la miraban con intensidad. Dirigió su vista hacia la puerta de la habitación; cualquier cosa antes que mirar a John a los ojos.

—No sé qué quieres decir —mintió.

—Sí que lo sabes —dijo él, moviéndose para quedar enfrente de los ojos de ella, para obligarla a mirarlo. Ella lo rehuyó varias veces, hasta que se cansó y se encaró con él.

—¿Qué coño quieres? —espetó.

—Quiero saber de qué tienes miedo.

Ella soltó el aire con exasperación.

—No tengo miedo de nada.

—Mientes.

John observó un casi imperceptible tic en su labio, que se apresuró a corregir mordiéndoselo ligeramente.

—Quiero que te marches de mi casa —dijo, y empezó a recoger su ropa del suelo para luego tirársela con rabia—. Vístete y márchate, por favor.

—Genial —mascculló él cabreado.

Ella salió de la habitación en silencio, aún arropada con la colcha. Localizó su móvil y vio que tenía un aviso. Lo revisó y vio que era un mensaje del perfil nuevo que se había abierto Gerard en Facebook: «*Nuestra cuenta está saldada. No volverás a saber nada de mí*».

—¿Qué coño…? —comenzó a decir, confusa.

—¿Qué ocurre? —preguntó John, que ya había salido de la habitación a medio vestir y se había percatado de la expresión de la cara de Cassandra: había auténtico terror pintada en ella.

—Nada —contestó con sequedad ella—. Márchate ya, por favor.

—Déjame ayudarte. ¿Qué te pasa?

Cassandra cerró los dedos con fuerza alrededor del teléfono móvil.

—No me pasa nada. Déjame en paz, John.

—¿Qué coño pasa contigo, Cassandra? ¿Cuál es tu problema? ¿Por qué echas de tu lado a la gente que te quiere ayudar?

Ella sintió deseos de tirarle el móvil a la cabeza. Y, a la vez, también deseó arrastrarlo de nuevo al dormitorio. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Necesitaba deshacerse de él para saber qué había querido decir Gerard. Necesitaba llamar a Beatrice, comprobar que estaba a salvo. ¿Qué quería decir Gerard con aquello? ¿Cómo había saldado la cuenta?

—¡No tengo ningún problema! —gritó, en contestación a las preguntas de John— ¡Eres tú el que confunde un par de polvos con una relación!

John tragó saliva, furioso. Cassandra abrió la puerta y le hizo un gesto para que se marchara.

—Vete ya, por favor —dijo, dominando su voz.

Él asintió con la cabeza y obedeció, no sin antes dirigirle una mirada rencorosa cuando pasó por su lado para salir. Cassandra cerró con un portazo y se dispuso a marcar el número de su hermana, pero justo empezó a sonar la melodía que anunciaba una llamada entrante. No supo si aliviarse o aterrarse aún más cuando vio que el número desde el que la estaban llamando era el de su hermana.

Día 14

12 a.m

Cassandra era la viva imagen de Carla, con su pelo rojo y alborotado cayéndole con gracia sobre los hombros y aquella piel lechosa y de apariencia muy suave. Roberto se contuvo para no extender su mano y acariciarle la mejilla.

Lo miraba con curiosidad desde la puerta que había abierto casi inmediatamente después de que Roberto llamase al timbre. Tenía la típica expresión de quien está a punto de decir: «no me interesa, gracias» y abrió la boca, pero la cerró de pronto mientras fruncía el ceño. Él casi pudo sentir cómo su cerebro hacía un *clic* al reconocerlo.

—¡Oh! —exclamó, muy sorprendida.

—Buenos días, Cassandra —saludó él con cortesía—. Supongo que te extrañará verme por aquí, pero pasaba cerca y pensé en hacerte una visita.

—Oh, vaya… —Parecía no encontrar las palabras—. Oh, vaya… es un detalle. ¿Tiene alguna presentación por aquí y no me he enterado?

Le extrañaba que no lo hubiera hecho. Al fin y al cabo, él era uno de sus escritores favoritos y procuraba mantenerse al tanto de todas sus novedades.

—Tutéame, por favor, somos amigos, ¿no?

Ella pareció dudar. No, en realidad solo lo había visto una vez en la presentación de su último libro y no pensaba que se fuera a acordar de ella, pero por lo visto sí lo hacía. «Hasta sabe dónde vivo», pensó alarmada. Aquello no podía ser muy normal, ¿no? Se quedó parada mirándolo, sin contestar a su pregunta, hasta que él respondió a la que ella le había hecho antes.

—No, si fuera una presentación seguramente te habrías enterado —. Le dedicó su sonrisa más hechizante mientras inhalaba el suave perfume afrutado que tan bien recordaba—. Asuntos personales.

—Ah —respondió Cassandra. No sabía muy bien qué debía hacer. Dios mío, allí, delante de ella, a la puerta de su casa, se encontraba una persona a la que admiraba muchísimo, el escritor al que había plagiado durante años mientras intentaba encontrar su propio estilo.

«¿Qué demonios hace aquí?», se preguntó, lo que le llevó a interpelar al hombre:

—¿Cómo sabe dónde vivo?

Roberto se quedó callado, confuso.

—Bueno, es normal que sepa dónde vives, ¿no crees?

Aquella respuesta no tranquilizó precisamente a Cassandra, que se descubrió deseando cerrarle la puerta en las narices a aquel hombre al que tanto admiraba. Estaba a punto de poner alguna excusa cuando él añadió:

—Siento muchísimo todo lo que ha pasado.

Ella frunció el ceño, confusa. ¿Qué había ocurrido exactamente? ¿Y por qué le pedía disculpas?

—Perdone, creo… creo que no entiendo a qué se refiere.

—Por el amor de Dios, Cassandra, tutéame. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que solo pretendo ayudarte?

Al escuchar aquella contestación, ella empujó la puerta con la intención de cerrarla, pero él se lo impidió.

—¿Qué quiere? —preguntó con voz seca.

Roberto se sintió dolido. ¿Por qué era tan terca? ¿Por qué no podía simplemente dejarle hablar, sin cerrarse a todo lo que tenía que decir desde el primer momento?

De pronto, se dio cuenta de que la chica estaba oteando el exterior, como si estuviera buscando a alguien.

Alguien a quien le pudiera pedir ayuda, razonó Roberto enseguida. ¿Por qué siempre tenía que malinterpretarlo todo? ¿Por qué no se daba cuenta de que él era una buena persona que lo único que deseaba era que ella estuviera bien? Maldita sea, ¿por qué era tan cabezota aquella hija suya?

—Siento muchísimo haberte abandonado, pero ahora estoy aquí. —Roberto se fijó en los ojos que le taladraban los suyos—.

Juntos vamos a lograr que todo salga bien. Tú estarás bien, Cassandra, y yo también. Lo haremos juntos.

—Creo que se equivoca de persona —musitó ella, y por segunda vez intentó cerrar la puerta, pero de nuevo él lo impidió.

—¿Por qué siempre te cierras a todo el mundo? En eso John tiene razón, ¿sabes?

Ella se quedó con la boca abierta, a mitad de una pregunta no formulada. ¿Con quién la estaba confundiendo aquel hombre? En realidad, no parecía peligroso, solo confundido. Pero, ¿por qué la estaba confundiendo con otra persona?

—No conozco a ningún John —dijo, finalmente. No sabía si sentía miedo o si más bien sentía curiosidad.

Él sonrió.

—No hace falta que me lo ocultes, ya eres mayorcita, no me voy a asustar. Pero creo que no estás forjando una relación sana con él. Además, es un poco mayor para ti, te mereces algo mejor.

—Mire, no sé de qué me está hablando. De verdad creo que se confunde.

—Es lógico que un padre se preocupe por su hija, ¿no crees? No me quiero meter en tu vida, cariño, pero quiero ayudarte. Te mereces ser feliz. Y con todo lo que estás pasando últimamente… —continuó Roberto, ignorando el comentario de Cassandra, que lo miraba alucinada y que miraba hacia fuera, buscando a algún vecino al que pudiera pedir ayuda, pero a esas horas aquel barrio solía estar desierto: casi todo el mundo trabajaba.

—No sé de qué me está hablando. Está diciendo estupideces.

—Esa no es forma de hablarle a un padre. Aunque sea uno que se ha ausentado durante tanto tiempo. Ya sé que es difícil de perdonar, pero si buscas en tu interior… sé que me has echado de menos tanto como yo a ti. —Roberto extendió una mano con la intención de acariciar a Cassandra, pero ella se retiró instintivamente.

—Escuche, será mejor que se marche antes de que llame a la policía —dijo con un ligero temblor en la voz.

Sentía ganas de gritar, pero no se atrevía a hacerlo. Estaba como paralizada. Enseguida pensó en su teléfono móvil, que había

dejado encima de la mesa de la cocina. Imposible alcanzarlo ahora. Debía cerrar la puerta lo antes posible, pero aquel hombre siempre se lo impedía.

Sopesó sus opciones. Sabía que correr al interior de la casa era lo peor que podría hacer. Antes o después tendría que pasar alguien por la calle; era más seguro esperar ese momento que intentar huir y que él la alcanzara.

—Y ya sé que todo el asunto de tu hermana te tiene muy estresada. Lo que necesitas son unas vacaciones… ¡Podríamos ir juntos! Tú y yo, Cassandra, como siempre hemos querido.

Ella se abstuvo de decir que a su hermana no le ocurría nada; en cambio sopesó la opción de echar a correr hacia la cocina para alcanzar el móvil y llamar a la policía. Pero, ¿le daría tiempo? Por otro lado, aquel tipo no parecía querer hacerle daño, solo parecía confuso.

—Podríamos recorrer el mundo entero si tú quieres, Cassandra; ya sabes, un año sabático. Solo padre e hija recuperando el tiempo atrasado. ¿Tú sabes cuánto te he echado de menos, mi niña?

Bueno, algo más que confuso.

Loco. Completamente chiflado.

Y, sin embargo, parecía inofensivo. En cierto modo, hasta le dio un poco de pena.

Tal vez debería seguirle la corriente. En la mayoría de los libros que había leído, los personajes que se habían enfrentado a situaciones similares, siempre habían fingido que les seguían la corriente al loco de turno.

«En realidad ni siquiera hace falta», pensó mientras escuchaba el monólogo que estaba recitando el hombre. No en vano, era escritor.

—No ha pasado un día en el que no me arrepintiera. Pero éramos tan jóvenes… tan jóvenes, Cassandra… Yo tenía una carrera prometedora por delante, y además estaba la cuestión de Alina. ¿Cómo iba a decirle que iba a tener un hijo con otra mujer? Porque yo la amo de veras. Lo de Carla fue otra cosa. —Miró a Cassandra y, temiendo haberla ofendido, se apresuró a añadir—: No vayas a pensar que tu madre no me importaba, ¿eh? Me importaba. Bueno, qué

demonios, no voy a mentirte. Me he prometido no mentirte, he venido aquí a poner todas las cartas sobre la mesa, y eso es lo que voy a hacer. Sí, señor, es lo que voy a hacer.

»Tu madre me gustaba, pero yo estaba enamorado de Alina. Pero supongo que un embarazo a esa edad me quedaba grande. Fui muy egoísta, lo reconozco, antepuse mi carrera a tu bienestar, pero… ¡era tan joven! ¡Ojala pudiera volver atrás y hacer las cosas de otro modo! ¡Lo haría sin dudar, Cassandra! Apoyaría a Carla durante su embarazo, y rezaría porque Alina aceptara todo aquello… Y seríamos una gran familia. Una gran y feliz familia.

Roberto farfullaba aquellas palabras que no tenían ningún sentido para ella, y mientras tanto iba dando pequeños pasos nerviosos que lo alejaban cada vez más de la puerta. En el fondo, sintió lástima por aquel hombre que parecía estar perdiendo la cabeza y estuvo tentada de invitarlo a pasar, pero enseguida se reprendió a sí misma por pensar una estupidez tan grande.

—Ya sé que lo has pasado muy mal últimamente, y no creo que te hayas dado cuenta, pero he estado a tu lado siempre, en silencio, pero tú siempre te escapabas. Cada vez que intentaba acercarme, tú huías… Y no te culpo, cariño, no te culpo para nada, pero necesito que sepas que, aunque durante años no estuve a tu lado como era mi obligación, me arrepiento de cada uno de ellos. —Llegados a este punto, Cassandra se dio cuenta de que Roberto ya ni siquiera hablaba en realidad con ella, sino más bien consigo mismo, mientras se daba pequeños golpecitos en la cabeza con nerviosismo y bajaba la vista al suelo, como si estuviera muy avergonzado—. Necesito que me perdones, cielo, necesito… necesito tu perdón para poder seguir adelante, porque si no no podré hacerlo. Yo solo no podré…

Entonces alzó la vista hacia ella y, con lágrimas corriéndole por la cara, aulló:

—¡Perdóname, Cassandra, perdóname! ¡Perdóname, perdóname, PERDÓNAME!

Al mismo tiempo, los pequeños golpecitos que había comenzado a darse antes en la cabeza se convirtieron en palmadas en la frente cada vez más fuertes y despiadadas, que se fueron

desplazando al resto de su cabeza al ritmo que chillaba con voz rota que la perdonara.

Cassandra cerró la puerta de golpe y respiró hondo, aún sin creerse lo que acababa de presenciar. ¿Había ocurrido de verdad? ¿Qué le pasaba a ese hombre?

Entonces él empezó a aporrear la puerta y a gritar:

—¡No! ¡Cassandra, no me dejes! ¡Sólo quiero estar contigo, quiero que seamos una familia, por favor! ¡No quería asustarte! ¡Perdóname, Cassandra!

Ella se alejó de la puerta. Tenía miedo de que los golpes lograran desencajarla y que él consiguiera entrar. Tenía bastante claro que su pretensión no era dañarla, pero era evidente que a aquel hombre le faltaba un tornillo.

Se dirigió con rapidez a la cocina y cogió el móvil, dispuesta a marcar el número de la policía, pero de pronto se dio cuenta de que los golpes eran cada vez más tenues, hasta el punto de sonar como si alguien *acariciara* la puerta más que aporrearla. Se acercó con precaución a una ventana que le permitía contemplar la puerta y vio al hombre derrumbado sobre el felpudo, casi hecho un ovillo tembloroso. Sintió una gran lástima por él y dudó. ¿Qué debía hacer? Si llamaba a la policía, posiblemente lo detendrían y tal vez no era eso lo que necesitaba el escritor. Por supuesto, prestarle su ayuda quedaba descartado. Se mordió el labio con el móvil en alto, a punto de llamar a su madre para que la aconsejara, cuando vio que el hombre se ponía trabajosamente en pie y, con la cabeza hundida entre los hombros, se acercaba una última vez a la puerta para acariciarla con suavidad. Cassandra frunció el ceño y tragó saliva, a punto de llorar, no sabía muy bien si de lástima o de alivio.

Finalmente, Roberto se dio la vuelta y, con mucha parsimonia, bajó las escaleras del porche, giró la cabeza para echar un último vistazo a la casa y, de pronto, se quedó parado. Fue como si una nueva energía se apodarse de aquel cuerpo que segundos antes parecía totalmente abatido. De repente, el hombre levantó la cabeza como si olisqueara el ambiente, irguió los hombros, levantó la barbilla y echó a andar con premura.

Ella parpadeó varias veces, solo para asegurarse de que todo lo que había visto era real.

* * *

Aquello dolía más que nada que pudiera recordar: Cassandra le había cerrado la puerta en las narices. Desesperado, comenzó a golpear la puerta y a suplicar:

—¡No! ¡Cassandra, no me dejes! ¡Sólo quiero estar contigo, quiero que seamos una familia, por favor! ¡No quería asustarte! ¡Perdóname, Cassandra!

Aquello no podía estar pasando. Otra vez no. Esta era su última oportunidad, había quemado el último cartucho, había utilizado la información que le brindaba Facebook para averiguar dónde vivía –no había sido difícil deducirlo- y había madrugado mucho y conducido unos cuantos cientos de kilómetros para conseguir que ella lo aceptase. Y tampoco había dado resultado.

Aquello era lo peor que podía pasarle.

Lo peor.

Lo peor de lo peor.

La había asustado y Cassandra jamás lo aceptaría.

La certeza de aquella revelación hizo que las fuerzas lo abandonaran y cayó al suelo, exhausto, mientras arañaba con suavidad la puerta que su propia hija le había cerrado en las narices.

Lo entendía. De verdad que sí. No la molestaría más. Nada más lejos de su intención que importunarla. Lo que más deseaba era que fuese feliz. Si tenía que ser así, sin él, no le quedaba más remedio que aceptarlo.

Pero cómo dolía.

Dolía de cojones.

Sabía que tenía que marcharse de allí, porque era probable que Cassandra hubiera decidido llamar a la policía.

«Chica lista, esta hija mía», pensó, mitad orgullo mitad autocompasión. «Ella no puede saber que soy inofensivo, no puede saber que todo lo que hago lo hago por ella. Seguramente me ha visto como un loco, aporreando su puerta y gritando… y se ha asustado. Es

lógico. Soy un imbécil. Lo he fastidiado todo de nuevo. Pero tal vez… tal vez pueda ponerme en contacto con ella y explicárselo todo, ¿no? Sí, le explicaré que… No te engañes. No hay nada que explicar. Levántate y márchate antes de que venga la poli y te haga unas cuantas preguntas incómodas».

Se obedeció a sí mismo y consiguió levantarse a duras penas. Se giró, bajó con un considerable esfuerzo las escaleras del porche y se volvió para echar un último vistazo a la casa. La casa donde vivía su hija. Su hija, que ya no lo aceptaría nunca. Su hija, a la que Meg le había prohibido acercarse mientras se recuperaba de su adicción… su hija, a la que había renunciado por su carrera y por Alina. Cassandra, Cassandra, Cassandra…

De pronto, recordó algo.

Algo importante.

Alina estaba embarazada. Lo cual significaba que tenía una oportunidad de redimirse. Levantó la cabeza con orgullo e irguió los hombros.

Esta vez iba a hacer lo correcto.

Echó a andar, repentinamente animado.

Esta vez iba a criar a su hija.

Capítulo 14

La sala de espera estaba vacía, a excepción de su madre y su hermana. Cassandra se acercó con rapidez a Beatrice y la abrazó con fuerza.

—Dicen que está muy mal, Cassandra —sollozó Beatrice con la voz mitigada por tener la boca apretada contra el hombro de su hermana.

En realidad, a Cassandra no le preocupaba lo que le hubiera ocurrido a Robert, pero sí le preocupaba, y mucho, cómo pudiera reaccionar Beatrice ante la noticia. Sabía que para su hermana Robert se había convertido en una figura importante en su vida, por mucho que ella no lo entendiera. Por eso, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Beatrice se separó de ella y se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Lo han encontrado tirado en la calle, insconsciente y… —sorbió por la nariz— y lleno de golpes, completamente magullado.

Cassandra se apartó el pelo de la cara y esperó a que Beatrice continuase.

—Por lo visto le han dado una paliza tremenda —prosiguió, al tiempo que perdía la voz. Cuando la recuperó, añadió—: La policía dice que parece un ajuste de cuentas.

Cassandra abrió mucho los ojos.

«*Nuestra cuenta está saldada. No volverás a saber nada de mí*». ¿A esto se había referido Gerard con aquel mensaje?

Sacudió la cabeza, intentando pensar con claridad, y de pronto sintió una gran calma. Sí, se refería a eso, sin duda. Había descubierto quién había ordenado que le diesen aquella paliza y le había correspondido con la misma moneda. Pero eso significaba que no le haría nada a Beatrice, ¿verdad? La cuenta estaba de verdad saldada.

—A lo mejor ha sido alguien del pasado, ya sabes, de cuando era… —Beatrice tragó saliva antes de poder pronunciar la siguiente

palabra—. Alcohólico. Quizá debía dinero a alguien, ¿no?

Cassandra se encogió de hombros y respondió:

—No lo sé, cielo, pero tienes que estar tranquila, ¿vale?

Desde luego, no pensaba contarle a Beatrice todo el asunto de Gerard; sabía que solo serviría para volver a desestabilizarla. De hecho, durante estos días tendría que estar muy pendiente de ella para evitar que hiciera alguna tontería.

Su hermana se echó a llorar de nuevo. Cassandra pensó que parecía muy vulnerable, allí de pie, encogida y abrazándose a sí misma, con las piernas temblándole. La cogió de la mano y la acercó a una silla para que se sentara, y ella tomó el asiento de al lado.

—¡No es justo! —sollozó, y ella le acarició el pelo para tranquilizarla.

Echó un vistazo rápido a su madre y la sorprendió mirándolas por el rabillo del ojo. Tenía la boca abierta, como si fuera a decir algo pero se hubiera quedado detenida en mitad de la intención. Típico en ella.

—Los médicos nos han dicho que ha ingresado muy mal —continuó Beatrice, con una voz que recordaba a la de una niña asustada—, que tenía traumatismos muy severos. Y yo… ¡acabamos de recuperarle, Cassandra! No es justo que venga ahora para que se marche otra vez, no es justo…

Cassandra sonrió con tristeza ante la infantil afirmación de su hermana. Siguió acariciándole el pelo y dejó que se desahogara todo lo que quisiera mientras se mordía la lengua para no gritar que aquel hombre las había abandonado durante toda su infancia y que no se merecía ni una sola de sus lágrimas. Se contuvo para no asustar a Beatrice, pero en su interior bullía de furia. Ese hombre era un extraño para ellas; su hermana no se merecía pasar todo aquel calvario por su culpa. Y, en última instancia, el que había provocado aquella situación en particular, había sido Gerard. Gerard, que no había tenido bastante con violar a su hermana y empujarla al alcohol, sino que ahora amenazaba con volver a poner su vida patas arriba.

Cerró el puño y al clavarse las uñas en la palma sintió un alivio momentáneo. Apretó los dientes y, como pudo, aguantó la compostura

y siguió acariciando a su hermana, que parecía haber dejado de llorar por el momento.

Entonces un movimiento a su derecha le llamó la atención y cuando giró la cabeza en esa dirección, vio que su madre se levantaba de su asiento y se acercaba a ellas. Notó que había algo distinto en la expresión de su rostro, pero no sabía qué. La observó despacio y cuando estuvo enfrente de ellas y se agachó para estar a su altura, lo supo: había *algo,* simplemente. Su rostro tenía una *expresión*. Cassandra frunció el ceño, sorprendida, y cuando su madre susurró: “lo siento”, la mano con la que acariciaba a su hermana se paró, como si estuviera tan alucinada como ella.

No le dio tiempo a decir nada, porque enseguida su madre las abrazó a las dos. Aquello era nuevo. No recordaba un abrazo de su madre desde… no podría ni decirlo. ¿La había abrazado alguna vez, en realidad? ¿La había visto mostrar alguna emoción antes de aquel momento?

Su primer instinto fue separarse y rechazarla, pero había algo que se lo impedía: de pronto sintió como si su cuerpo flotase, como si hubiera soltado todo el peso que lo mantenía amarrado y ahora volase libre, relajado. Notó que con cada respiración sus músculos se desagarrotaban más y más, y que no sentía aquella presión en el pecho que casi siempre la acompañaba.

—Lo siento, lo siento mucho —sollozó su madre, sin dejar de abrazarlas. Cassandra sentía el aliento de las dos en su cara, las lágrimas de ambas que se juntaban y mojaban todas las mejillas, y se dio cuenta de que también ella estaba llorando—, lo siento tanto, Cassandra… Dios mío, te miro y siento que te has perdido tantas cosas… por mi culpa…

Por primera vez en su vida, Cassandra no sintió ganas de separarse de su madre. Por primera vez, pensó que estaba en el lugar donde no solo le correspondía estar, sino donde además *quería* estar.

—Y por la mía —añadió Beatrice—. A partir de ahora vamos a ser una familia normal, ¿vale? Cassandra, tú no tienes por qué cargar con todo… no es justo para ti…

Aquello era nuevo para ella y no sabía cómo manejar la

emoción, la sensación de no tener que arreglar nada, de no estar sola frente a las circunstancias, sino ser parte de un todo, de un equipo en el que todos luchan y cooperan entre ellos, donde nadie tiene todo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, sino que está repartida entre todos.

Sin embargo, por un instante pensó que todo aquello no era más que palabrería, que era fruto de toda la tensión que habían acumulado durante las últimas semanas y que en cuanto todo volviera a la normalidad, su madre seguiría siendo la misma y que Beatrice volvería a ser aquella persona débil a la que debía proteger.

«Pero se siente tan bien esto», pensó, rebatiendo su razonamiento.

«Pero parece tan bonito para ser verdad…»

«A veces las cosas son más fáciles de lo que parecen».

«Nunca lo han sido para ti».

«¿Y por qué no podrían serlo a partir de ahora?».

«¿Y por qué iba a cambiar nada? La gente no cambia de un día para otro, Cassandra, lo sabes».

Pero, por primera vez en su vida -y aquel día estaba habiendo muchos `por primera vez en su vida´- dejó pasar aquellos pensamientos y decidió simplemente esperar a ver qué ocurría. Controlar todas las posibles variables que surgían a raíz de las distintas respuestas a aquellas preguntas le parecía ahora demasiado agotador; acababa de experimentar la nueva sensación de sentirse liberada y apoyada por los demás y quería aferrarse a ella. Aquello era lo más maravilloso que le había ocurrido en la vida: era una sensación de paz interior que no podía ni siquiera imaginarse que existiera. ¿De verdad se podía vivir así? ¿Sin estar pendiente cada minuto de arreglar un problema o evitarlo? ¿Sin sentir que era responsable de todo lo que ocurriese por no haber sido capaz de prever todas las variables? Si la vida podía ser así, no le cabía duda de que así es como quería experimentarla, así que obligó a aquella vocecilla que le taladraba los oídos a esconderse detrás de las voces que le decían que sí, que era posible vivir de aquella manera.

—Yo también necesito que me cuiden —susurró, sin haber

querido hacerlo; tan solo era un pensamiento en voz alta, una conclusión a la que llegó tras ganarle la lucha a aquella voz.

—Ya lo sé, ya lo sé —susurró su madre, aún llorando.

Beatrice, en respuesta, le acarició la espalda.

El ruido de una puerta al abrirse hizo que se separaran para ver quién había entrado. Cuando vieron al médico vestido con aquella inmaculada bata blanca, se limpiaron las lágrimas y se prepararon para lo que les tenía que decir.

Día 14

18:05 p.m.

Carlos había abierto la puerta sin pensar. Ana siempre le decía que debía mirar quién estaba en el rellano antes de abrir, pero él siempre pasaba por alto aquel consejo.

Esta vez se arrepintió.

Jamás había visto a Roberto de aquella guisa. Tenía la cara roja y le faltaba el aliento, como si hubiera venido corriendo desde quién sabía dónde. La ropa se le pegaba al cuerpo y su pelo alborotado le daba una apariencia de desequilibrado, lo cual concordaba con lo que Ana le había contado que ocurrió con Alina. Tenía los brazos apoyados a ambos lados de la puerta, y lo miraba con una expresión urgente mientras intentaba recuperar el aliento. El olor a sudor era apreciable a metros de distancia. Carlos arrugó la nariz.

—¿Está Alina con vosotros? —preguntó con la voz entrecortada.

Carlos sacudió la cabeza.

—No está aquí —contestó, y se dispuso a cerrar la puerta, pero Roberto lo evitó con las manos.

—Mientes.

—Oye, lárgate de aquí, Roberto, no eres bienvenido en esta casa.

—¡Alina! —gritó Roberto, dirigiendo su voz al interior—. ¡Alina, ¿estás ahí?!

Dentro, las dos hermanas se refugiaban en la cocina. Alina susurró:

—Tengo que salir, Ana, debo hacerlo.

—Ni se te ocurra —siseó la otra—. Deja que Carlos lo convenza para que se vaya.

—¡Alina! —oyeron que exclamaba Roberto de nuevo y, a continuación—: ¡Joder, no me toques, no pienso marcharme sin ella!

Alina se cubrió la cara con las manos para reprimir un sollozo. ¿Cómo podía haber salido todo tan rematadamente mal? ¿Cómo una gran noticia como aquella había quedado convertida en aquel manto gris de desesperación?

—¡Es mi hija también, Alina!

Las dos mujeres se miraron extrañadas. ¿*Hija*? ¡Si el sexo del bebé era aún desconocido! Antes de que pudieran hacer ningún comentario, oyeron a Carlos diciendo:

—Vete de aquí, Roberto, lo que hiciste es un delito. No se maltrata a una mujer.

A continuación se produjo un corto silencio que quedó interrumpido por la voz llena de sorpresa de Roberto:

—¿Maltratar? ¡Yo no he maltratado a nadie, maldita sea!

—Lárgate.

—¡Aparta de una vez, joder! ¡Alina! ¡Alina!

Carlos miró a su cuñado, un poco desubicado. No sabía muy bien qué hacer. Era evidente que aquel hombre había perdido la cabeza, pero no sabía cómo convencerlo de que se marchara.

Entonces Roberto se vino abajo y comenzó a sollozar. Hablaba más para sí que para Carlos.

—Sólo quiero poder criar esta vez a Cassandra, sólo eso, no es mucho pedir, ¿no? Lo daré todo por ella… Alina, esta vez lo haré bien; seré un buen padre. Sólo déjame verla, por favor, déjame ver a nuestra pequeña Cassandra…

Alina había salido de la cocida al oír los gimoteos de Roberto, y al escuchar aquellas palabras se quedó pálida. Intercambió miradas confusas con Carlos y con Ana y a ésta le susurró:

—Cassandra es el nombre de… —no le hizo falta continuar, puesto que su hermana asintió con la cabeza en señal de que lo había entendido.

En aquel momento, Roberto se dio cuenta de la presencia de Alina y extendió los brazos hacia ella.

—¡Alina! ¡Ven conmigo, por favor!

Pero ella negó con la cabeza.

—Márchate, Roberto —le dijo con suavidad—. Ahora mismo no

me apetece verte.

—¡Pero también es mi hija! —protestó él—. No puedes negarme el derecho a estar con Cassandra. Debe criarse con su padre, Alina… Tú no lo entiendes, no entiendes lo que puede ocurrir si no estoy a su lado esta vez.

—¿Te estás escuchando, Roberto? ¿No ves que lo que dices son incoherencias? Necesitas ayuda…

Él la miró con extrañeza.

—¿De qué estás hablando? ¡Te has marchado de casa con mi hija y ahora me niegas mi derecho a verla!

Su tono de voz pasó de ser suplicante a ser agresivo de un momento para otro. Alina sintió miedo; no tanto como el que había pasado cuando él la había perseguido por toda la casa, pero aún así era evidente que no podría vivir tranquila con él en aquellas circunstancias.

—¡No tienes derecho a llevártela! ¿Me has oído? ¡Soy su padre! ¡Así que ven aquí de una vez y criemos a Cassandra juntos! —Su voz era tan elevada que Alina tuvo que taparse los oídos con las manos.

—¡Alina, ven aquí! —chilló de nuevo, y esta vez hizo intención de cruzar el umbral de la puerta, apartando a Carlos de un empujón que le pilló por sorpresa.

Alina gritó al ver que Roberto avanzaba hacia ella, y Ana la cogió de la mano y tiró de ella hacia la cocina.

—Por la puerta de atrás —le susurró, pero antes de que pudieran salir corriendo, Carlos reaccionó y le dio un puñetazo en la cara a Roberto, lo que hizo que éste se desmoronase y se golpeara la cabeza contra la esquina del mueble del recibidor.

Se hizo un silencio sepulcral durante el que todos observaron al hombre tendido en el suelo, con un hilo de sangre que le bajaba por el cuello.

Entonces Alina comenzó a gritar.

Capítulo 15

Beatrice miró con una gran sonrisa los tres rostros que la observaban, también sonriendo.

—No sé cómo empezar a daros las gracias. Todos habéis sido un gran apoyo para mí durante este año. —Hizo una pausa para tragar saliva, emocionada—. Nunca pensé que sería capaz de no beber durante más de un día seguido, y ahora ha pasado un año entero y aún no me lo puedo creer.

Cassandra dio un par de palmadas, emocionada, y su hermana la miró con un brillo en los ojos. Después dirigió su mirada a John y, finalmente, a su madre, que también la observaba con una sonrisa en los labios. Cassandra aún no terminaba de acostumbrarse a ver a su madre sonreír.

—No puedo dejar de mencionar a papá, que en paz descanse —prosiguió Beatrice, en un tono más triste—. Él también hizo mucho por mí y no me dio tiempo a darle las gracias.

Había sido una época en la que Cassandra tuvo mucho miedo de que su hermana recayese, pero ésta se mostró fuerte en todo momento y, aunque lloró la nueva pérdida de su padre, Cassandra nunca tuvo la sensación de que estaba obligada a protegerla; por primera vez en la vida, sintió que su hermana podría valerse por sí misma, y lo hizo. Todas lo hicieron, apoyándose las unas en las otras como hacían todas las familias normales.

Familias normales.

Sí, se podía decir que ahora eran una de esas familias aburridas, nada originales y que pasan desapercibidas allá donde vayan.

Desde aquel día en que se abrazaron las tres en la fría sala de espera del hospital, todo había ido mejor. No perfecto, pero sí mejor. Su madre había cambiado mucho y había tomado parte de las riendas de aquella nueva familia. Tampoco es que del día a la noche se hubiera convertido en una persona nueva, pensó Cassandra con una

sonrisa, porque seguía sin gustarle demasiado expresar sus sentimientos, aunque de vez en cuando lo hacía. Escuchaba a la gente cuando la hablaban y reaccionaba acorde con la conversación. Se interesaba por sus hijas, las llamaba por teléfono y las invitaba a comer. Y, a cambio, ellas se esforzaban por sacarle alguna que otra sonrisa más, y de vez en cuando la abrazaban y besaban sin venir a cuento, hasta conseguir que ella lo aceptara como algo natural.

Por su parte, Beatrice había encontrado un trabajo estable y tenía un grupo de nuevos amigos interesados por temas muy variados. Quizá aún no había encontrado una pasión que dominara su vida, pero tenía mucho tiempo por delante. Mucho tiempo sobria, además.

Cassandra las miró con cariño. No podía creerse que hacía tan solo un año ella viviese de aquella manera. Ya casi había olvidado la sensación permanente que tenía de estar constantemente presionada, constantemente alerta, atenta a que llegase lo próximo con lo que tendría que lidiar. Y también esa sensación de frustración cada vez que intentaba acercarse a su madre y descubría que, una vez más, estaba sin estar, lo que era mucho peor que el que simplemente no estuviera. En cuanto a la muerte de su padre, no se vio demasiado afectada. Como en el caso de su madre, tampoco había cambiado radicalmente del día a la noche, y tal vez le quedaba esa frialdad con la que trataba algunas cuestiones.

En ocasiones, había pensado en relatarle a la policía aquellos mensajes que intercambió con Gerard y sus sospechas de quién había sido el causante de la muerte de su padre, pero al final llegó a la conclusión de que remover todo aquello no sería beneficioso para nadie. Ahora que sus vidas marchaban tan bien, que Beatrice estaba en el buen camino, que había recuperado a su madre y que ella misma parecía una persona distinta, no estaba dispuesta a tirarlo por la borda por aquella cuestión. Además, cabía la posibilidad de que *de verdad* hubiese sido un ajuste de cuentas con el que Gerard no tuviese nada que ver, ¿no? Cassandra resopló mientras pensaba esto. No se lo creía ni ella, pero era el pensamiento que la había ayudado a tomar esa decisión.

Descubrió a John mirándola con curiosidad por su resoplido y



le guiñó el ojo mientras le obsequiaba con una sonrisa.

Día 16

Cuando Cassandra vio en Facebook que el escritor había quedado en coma después de lo que parecía haber sido una pelea con su cuñado, había llamado inmediatamente a su madre. Ahora, mientras tomaba con cuidado un sorbo del café muy caliente que ella le había preparado, la miró con curiosidad.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con cautela, sin asomo de rencor.

Al principio, Cassandra había pensado que a aquel hombre simplemente se le había ido la cabeza. Al fin y al cabo, en la firma de libros se había mostrado perfectamente coherente. Pero luego empezó a darle vueltas al asunto. ¿Y si aquel talento que ella siempre había demostrado por la escritura le venía de él? Al fin y al cabo, nunca había sabido quién era su padre. La única vez que se lo había preguntado a su madre, ella había sido sincera, pero a esa sinceridad la acompañó una amargura que hizo que Cassandra jamás quisiera volver a sacar el tema. Si ese hombre las había abandonado, tampoco ella querría saber nada sobre él.

Sabía que su madre había tenido una vida dura para poder sacarla a ella adelante. Se había quedado embarazada muy joven y tuvo que dejar sus estudios para trabajar y así poder darle todo cuanto necesitaba. Cassandra había sido una niña muy feliz, nunca le había faltado de nada, y su madre era la mejor del mundo. Era cierto que en algunos momentos había acusado la ausencia de su padre y había sentido curiosidad por él, pero nunca había ahondado en el tema con su madre; ella había conseguido pasar página con mucho esfuerzo y no se merecía tener que recordar lo que le hizo.

Cuando su madre se casó, Cassandra supo en parte lo que era tener un padre. Lo quería con locura, pero en el fondo nunca se sintió tan unida a él como lo estaba con su madre. No le ocurrió lo mismo con su hermana, con la que enseguida notó esos lazos irrompibles. Los lazos de sangre, supuso. Aunque era muy feliz con su familia, en el

fondo tenía clavada la pequeña espina de la envidia al darse cuenta de que ella no podría compartir con su padrastro lo mismo que tenían su hermana y él.

Pese a todo, Cassandra siempre había tenido una vida muy feliz y no podía quejarse por nada: estaba muy unida a cada miembro de la familia, si bien era cierto que el vínculo con su padrastro era el más débil de los tres, por mucho que ambos se esforzasen en intentar demostrarse mutuamente que no importaba que no estuvieran unidos por la sangre.

—No lo sé —respondió su madre finalmente.

—No es un reproche —se apresuró a matizar Cassandra—. Es sólo que… me parece tan irónico que, de todos los escritores que hay en el mundo, precisamente uno de mis preferidos resulte ser mi propio padre... ¿te das cuenta?

Su madre asintió con la cabeza.

—Estuve a punto de decírtelo en un par de ocasiones, cuando empezaste a comprar sus libros —dijo con pesadumbre—. Siento no haberlo hecho.

Cassandra le cogió la mano con cariño.

—No pasa nada, mamá, lo entiendo.

Se levantó y abrazó a su madre, y cuando regresó a su sitio, añadió:

—Pobre hombre. Deberías haberlo visto, mamá, estaba completamente ido.

—Te llevarías un susto de muerte, pobrecilla.

—La verdad es que creo que estaba más sorprendida que asustada —confesó la joven con una sonrisa—. No todos los días llama a la puerta un hombre diciendo que es tu padre.

—Siento tantísimo que hayas que tenido que enterarte de esa manera…

—Eh, te he dicho que no pasa nada —repitió Cassandra, fingiendo una voz de enfado—. Deja de pensar en eso, ¿vale?

Su madre sonrió.

—Eres un cielo, Cassandra.

—Lo sé —respondió ella, sacándole la lengua—. Oye, ¿sabes si

él conoce la existencia de Vanesa? —preguntó, refiriéndose a su hermana.

—No lo sé, que yo sepa no supo nada más de mí desde que se enteró de que estaba embarazada. ¿Por qué?

—Es que me dijo algo sobre lo que le estaba ocurriendo a mi hermana, que me tenía muy estresada —dijo, arqueando las cejas—. Vete a saber, también mencionó el nombre de un tío al que no conozco, y la relación insana que yo tenía con él.

Su madre se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Pobre hombre —comentó con tristeza. Parecía sinceramente apenada.

—Ya, y al final se marchó casi corriendo, parecía hasta contento. Y ahora está en coma… no entiendo qué ha ocurrido.

—¿Dices que tuvo una pelea con su cuñado?

—Eso es lo que he leído, pero no sé mucho más.

Cassandra tomó otro sorbo de café y dijo:

—Había pensado en ir a verle, pero… ya sabes, no me voy a plantar allí y presentarme a su familia como la hija bastarda. —Se rió de su propia ocurrencia—. Tal vez cuando salga del coma… *si* sale… tal vez si pasa el tiempo y él vuelve a ser una persona normal… si es que alguna vez lo fue…

Su madre se levantó y se acercó a ella. Le acarició la cara con ternura.

—Ya sabes, solo son ideas —dijo Cassandra con una sonrisa, y aceptó el abrazo que le ofrecía la mujer.

Capítulo 16

Habían ido a comprar algo de picar, puesto que la celebración se había alargado más de lo esperado y todos tenían hambre. Caminaban muy juntos, sus brazos rozándose y sus pies acompasados.

—He pensado —dijo Cassandra— que nunca te he pedido disculpas por cómo te traté en aquella época.

John la miró sorprendido.

—¡Venga! ¡Que ya hace mucho de eso!

Ella se paró de golpe y él hizo lo propio. Lo miró fijamente mientras decía:

—Es el día más adecuado para decirlo. Lo siento, John, lo siento muchísimo, fui una arpía, una borde, una gilipollas, una hija de…

Él la interrumpió poniéndole un dedo sobre sus labios.

—Vale, vale, creo que me hago una idea —dijo, riéndose—. Estás perdonada.

Ella sonrió, agradecida, y respiró hondo.

—Me gusta que poco a poco te vayas abriendo a la gente; te hace mucho bien —dijo John muy serio.

Cassandra sonrió.

—Lo sé, aún… aún se me hace raro, ¿sabes?

Él asintió con la cabeza.

—Qué, ¿quieres echar una carrera? —preguntó John y, echando un vistazo a los tacones que llevaba ella, añadió con guasa—: ¿Nos quitamos los zapatos?

Ella le dio un puñetazo de broma.

—Creo que prefiero pasear —dijo ella mientras lo tomaba de la mano.

Y, por primera vez en su vida, sintió que no había nada de lo que tuviera que preocuparse por controlar en aquel preciso instante, nada tan urgente que exigiera su atención las veinticuatro horas del día, nada que le robase cada minuto y le privase de vivir cada instante



de su vida.

Día 80

Alina salió de la habitación con un suspiro. Visitaba todos los días, sin faltar uno solo, a Roberto. Al principio charlaba con él, como en los viejos tiempos, olvidándose de todo lo que había ocurrido en los últimos días. Prefería recordarle como era antes, cuando los dos formaban un matrimonio unido y sólido.

No sabía si algún día saldría de aquel estado, pero tenía miedo de que lo hiciera, y también de que no lo hiciera. No sabía con qué Roberto se encontraría en caso de que lo hiciera, si sería el Roberto que ella tanto había amado, o si sería el Roberto que había perdido la cabeza y había arruinado sus vidas.

Vio a Ana, que había ido a comprarle una botella de agua.

—¿Ya nos marchamos? —preguntó.

Alina asintió con la cabeza.

—Estoy cansada.

—Vale, vamos a casa. Seguro que Carlos nos ha preparado algo rico para cenar —respondió su hermana con una sonrisa.

Habían insistido en que Alina se quedase en su casa una temporada. A ella le resultaba demasiado duro volver a la suya, tan vacía y con tantos recuerdos que preferiría no tener. Tenía que reconocer que su cuñado se estaba portando como un auténtico ángel; pese a los problemas que tuvo con la justicia tras lo que le había ocurrido a Roberto, se había preocupado por ella tanto como Ana. Por suerte, con dos testigos, aunque fueran familiares, había quedado bastante claro que Carlos había actuado en defensa propia.

Comenzaron a caminar hacia el aparcamiento mientras Alina le daba vueltas a la pregunta de cómo iba a criar a su hijo, tanto si Roberto salía del coma como si no. Aquél era un pensamiento que muchas veces le hacía imposible dormir.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Ana la abrazó de repente y le susurró:

—No vas a estar sola, Alina, yo siempre voy a estar a vuestro

lado, ¿vale?

Alina tragó saliva y asintió, con lágrimas en los ojos.

—Gracias —respondió con sinceridad, la tomó de la mano y añadió—: ¿Te importaría que pasáramos por mi casa antes de ir a la tuya?

* * *

Alina se dirigió directamente al despacho de Roberto; apenas prestó atención al resto de la casa. Una vez allí, encendió el ordenador y al ver de nuevo la palabra «LOGIN» parpadeando frente a sus ojos la atacaron miles de sensaciones. Así había comenzado todo. Cada vez que Roberto había tecleado la contraseña en aquella pantalla había sido un paso más hacia el fin.

Tragó saliva y tecleó la contraseña de Roberto una vez más.

Abrió el archivo «Venganza» y vio que su marido había borrado el capítulo que ella había añadido, el que pensaba que podía poner fin a la novela y a aquella obsesión que se había apoderado de Roberto. Leyó el resto de lo que había escrito y arqueó las cejas al llegar a la parte donde Robert moría. «Qué irónico», pensó. Siguió leyendo hasta ver la palabra «FIN» al final del documento.

«Sólo que eso no fue el final, ¿verdad?», se preguntó con amargura.

Cerró el documento y, acto seguido, seleccionó todos los archivos relacionados con «Venganza», pulsó el botón derecho del ratón y seleccionó la opción: «*Borrar todos los archivos*».

Sonrió. Aquél sí que era un buen final.

Epílogo

Cassandra se acercó a la lápida, sobre la que rezaba el nombre de su padre. Era la primera vez que iba allí. Respiró hondo mientras observaba aquel trozo de piedra que simbolizaba el comienzo y el fin de una vida.

El comienzo y el fin de una vida que ella apenas había tenido la oportunidad de conocer, pero de la que ahora sabía alguna cosa más, gracias a los recuerdos que su madre había compartido con ella.

Allí, delante de aquella lápida, se sintió extrañamente tranquila, en paz consigo misma. Su padre siempre había sido una pieza desaparecida de su vida, una incógnita que ahora había quedado resuelta. Era como si se hubiese cerrado un ciclo, como si hubiese completado un puzzle y ahora pudiese encargarse del siguiente.

Volvió a respirar hondo, disfrutando de la sensación que le brindaban sus pulmones al hincharse, y cerró los ojos durante un rato, centrándose en los olores y sonidos de aquel lugar.

Cuando volvió a abrir los ojos, miró su reloj y arqueó las cejas, sorprendida. No sabía cuánto tiempo había permanecido allí de pie, pero había sido más de lo que pretendía.

—Adiós, papá —dijo en voz baja dirigiéndose a la lápida, y tras girar sobre sus talones, echó a correr para no llegar tarde a la cita que tenía con su hermana.

NOTA DEL AUTOR

Querido/a lector/a:

Sé que el tiempo es una de las cosas más valiosas que tenemos, así que quiero agradecerte el haberle dedicado el tuyo a LOGIN. Espero haber logrado mi objetivo de hacerte pasar unos momentos entretenidos y que la novela haya cumplido tus expectativas.

Me gustaría pedirte un favor, y esta vez te robaré solo unos minutos: me sería de gran ayuda que comentases en la página del producto qué te ha parecido la novela. Eso ayudará a otros posibles lectores a decidirse (o no) a adquirirla y a mí me servirá para aprender. No te pido valoraciones de cinco estrellas si no es eso lo que sientes (aunque ojalá sea así); te pido tu opinión sincera y constructiva para ayudarme a continuar este agridulce camino que es la autopublicación. También puedes hacerme llegar tus comentarios al correo elenagarralon@gmail.com.

Gracias de corazón.

Nos vemos en la próxima.

Un abrazo,

Elena